



Fernando Cassol

CIENTO POR UNO



CELIBATO CRISTIANO
Y MADUREZ AFECTIVA


COBEL EDICIONES



Fernando Cassol

CIENTO POR UNO



CELIBATO CRISTIANO
Y MADUREZ AFECTIVA

C^e
COBEL EDICIONES

CIENTO POR UNO

Celibato cristiano y madurez afectiva

Primera edición: mayo de 2024

© Fernando Cassol, 2024

© Cobel ediciones, 2024

ISBN: 978-84-126723-5-0

cobel@cobel.es

web: <http://www.cobelediciones.com/>

PRESENTACIÓN

«*Ciento por uno*» en esta vida, y luego la felicidad eterna. Es la promesa que Jesús hace a quien supo dejarlo todo y seguirlo, entregándole todo el corazón. «*Ciento por uno*»: es la respuesta de Jesús a tantos que recibieron el don del celibato apostólico, cuando le preguntaron: *¿qué será de nosotros?*

Pero no es menos luminosa el resto de la respuesta de Jesús a sus discípulos. A quienes hayan dejado *padre, madre, hermanos, hermanas, esposa, esposo o hijos...* Jesús sabe que las relaciones afectivas son muy importantes para un corazón pleno. Y su respuesta es comprensiva y esperanzadora: recibirán el *ciento por uno* precisamente en esos afectos: *padre, madre, hermanos, hermanas, esposa, esposo o hijos...* El Señor quiere decirnos que Él colmará ampliamente el espacio de las relaciones afectivas del corazón que se le entregan, no de un modo espiritualista y angelical, sino con un cariño real y genuino. Esa es la ilusión de Dios: llenar plenamente el corazón del que corresponde a su llamada.

Para vivir el celibato con esta perspectiva es necesario crecer en una fe *realista*, es decir, convencida de lo divino transforma lo humano, para darle plenitud. A su vez, lo humano -la afectividad- necesita disponerse para ser plenificado por el don de Dios. Por eso la madurez afectiva es una dimensión necesaria para que el *ciento* prometido, se reciba, se valore y sea propio de la riqueza del camino vocacional.

En este escrito se proponen algunas reflexiones que intentan iluminar ese mutuo crecimiento: lo divino y lo humano, para que el celibato lleve a quien lo vive a la plenitud que Dios sueña regalarle.

Fernando Cassol

- - - - -

-Jesús, ¿no eres Tú una ilusión?

Jesús me contestó:

-Mi amor no desilusiona a nadie.

Santa Faustina Kowalska, *Diario*, n. 29

DEDICATORIA

A mis padres, Carmen y Ricardo,
que con su amor de esposos y de padres
me regalaron poder recibir de Dios
el ciento por uno.

INDICE

Tabla de contenido

Presentación

Indice

1. El celibato en el contexto cultural actual

La despersonalización del sexo

El narcisismo postmoderno

El proyecto de no tener proyecto

Una generación necesitada de modelos genuinos

2. Vocación al amor. Vocación al celibato

Ser persona, es decir, vivir *invitados* a amar

¿Para qué necesitamos la vocación?

Dios me elige y yo elijo a Dios

La vocación al celibato, un mismo sendero con diversos caminantes

El celibato: un modo de ser libres para amar a Dios con exclusividad

Vocación al amor y al celibato: camino propuesto por Dios para ser felices

3. Vivir el celibato enamorado: ¿verdad o utopía?

El verdadero rostro del amor

«¡Tú me has seducido, Señor, y yo me dejé seducir!»

La dinámica divina del Amor

El amor sobrenatural enciende proyectos, ilusiones: da esperanza

Amor y fidelidad

4. Celibato: Un corazón *apasionado* por Dios

«Un hombre vale lo que vale su corazón»

El termómetro no da la hora

Una armonía sin tiranos

Afectos especiales sin efectos especiales

5. Celibato: Coordenadas para el corazón

¿Ser feliz es lo mismo que sentirte bien?

El corazón de un caminante

Una buena libertad de lo inmediato

El sagrado espacio del diálogo interior

Parte de la escuela de los sentimientos es el diálogo interior

Educar el deseo

Querer y desear...

Querer... con buen gusto

Manos a la obra...

6. Celibato: Pilotos del propio viaje

Un piloto que conoce el barco como a sí mismo

Una navegación que dura toda la vida

La importancia de la propia selfie

Una golondrina no hace verano

La raíz más profunda de mi yo

No sorprendernos: ¡somos sorprendentes!

Conquistar la transparencia

La serena madurez que da la verdad

7. Sentido de la sexualidad en el celibato

La plenitud de la sexualidad

Grandes expectativas de la sexualidad

No pedirle peras al olmo

Impulso y deseos: ¿plenitud o frustración?

Integración, equilibrio y libertad

Hiperinflación sexual

Complementariedad, afecto y corazón en el celibato

8. El Corazón de Jesús, sentido y vida del celibato

La plenitud afectiva de Jesús

Jesús, inspirador del celibato cristiano

Una fecundidad totalmente nueva

La armonía de la sexualidad en la persona de Jesús

«Tengan los mismos sentimientos de Cristo Jesús»

«Corazón, corazón en la Cruz»

9. La Palabra de Dios sobre el celibato

Por el Reino de los Cielos (Mt 19, 12)

«En el principio»: el proyecto de Dios

Sólo la exclusividad con Dios llena el corazón humano (Mt 22, 23-33)

Invitados a reconocer y gustar una exclusividad

Recibirán cien veces más (Mc 10, 29-30)

Una relación única y personal (1 Cor 7, 8)

10. Crisis: la oportunidad de un nuevo nacimiento

Las crisis: ventanas por las que la vida se abre paso

Encontrarse con el Amor: la crisis de la primera madurez

Clave #1: «me dejé seducir»

El momento de la entrega: la crisis de la mitad de la vida

Clave #2: «reconocer»

El balance de la vida: la oportunidad de reconocer la fecundidad

Clave #3: «revalorar»

Dinámica de la crisis y la oportunidad para la fe

11. Celibato: un proyecto de vida atractivo

¿Es un proyecto de vida atractivo?

El celibato como proyecto afectivo

Aventura, no limitación

Algunos ingredientes del proyecto

Leyendas negras del celibato

Rostros y vidas, más que teorías

Respuestas genuinas e inspiradoras

12. Intimidad y afectos de la persona célibe

La intimidad

Dimensiones de la intimidad

¿Amar a un Dios *invisible*?: la exclusividad con Jesús

El secreto de un celibato *saludable*

Un corazón lleno de *rostros y de nombres*

«*Amare in Deum*»

La *misión con pasión*

Institución e intimidad

13. La misión en el celibato: motivación que enciende la pasión

Soy una misión: identidad y propósito

Vocación y misión: un binomio inseparable

Misión: *pentagrama* de la motivación

El taller de las ilusiones

Disfrutar de la *pasión por lo bueno*

La *materia prima* de los proyectos

Los demás: un *altavoz* de Dios para ser fecundos

San Pablo: vocación que lleva a vivir la misión con pasión

San Pablo: proyectos e iniciativa

Curar la desilusión

«Yo hago nuevas todas las cosas»

1. EL CELIBATO EN EL CONTEXTO CULTURAL ACTUAL

La cultura contemporánea influye en la percepción del celibato de modo muy diverso. En este primer artículo daremos un pantallazo de algunos enfoques. Aunque algunos elementos contribuyen a que esta vocación encuentre hoy cierta *incomprensión* cultural, esto es a la vez una oportunidad para llegar más profundamente a sus raíces, tanto en la *comprensión* teórica -teológica y antropológica- como en la *experiencia* vital.

La despersonalización del sexo

La segunda mitad del XX fue testigo de muchas revoluciones culturales y antropológicas. Una de ellas afectó radicalmente la comprensión de la relación, en el hombre, del eros con el amor y, en definitiva, con su felicidad. Las tendencias corporales y la sexualidad se absolutizaron, de modo que se perdió la visión del hombre en su globalidad. La motivación profunda por el bien trascendente de la persona se reemplazó por la satisfacción de sus impulsos sensibles.

Freud fue uno de los autores que ha dejado una fuerte impronta en este sentido. El psiquiatra vienés proponía que «el hombre no es dueño de sí mismo, sino que depende de los impulsos que provienen del inconsciente. En particular, el obrar humano está determinado por la libido o instinto sexual. Las instituciones sociales ponen un freno al pleno desenvolvimiento de la libido, generando neurosis»¹. Según Freud, «el impulso erótico se sublima en leyes, en la moral, en las costumbres, en la religión»². Desde este punto de vista, el celibato sería también una regla represiva de la fuerza de la libido y, según el psicoanálisis, represora de una fuerza radical de la persona.

Luego también Wilhelm Reich, psicoanalista austríaco y discípulo de Freud, intentó una síntesis entre el psicoanálisis y el marxismo. Fue uno de los promotores intelectuales de la *Revolución sexual*. Sostenía que la sexualidad es una realidad material y energética, una función que forma parte de la realización de la persona. Sostiene que el ejercicio de la

sexualidad debe estar libre de toda inhibición, prohibición o norma. Así, la misma institución familiar constituye una limitación normativa que la sociedad impone a la libre realización sexual.

Según Reich, renunciar a la actividad sexual equivale a mutilar a la persona. Por tanto, celibato sería una *mutilación funcional* que lleva a la frustración existencial. Esta forma de vida sería fuente de desequilibrios psíquicos, y se lo debería considerar un factor patógeno, asimilable a una neurosis.

Aunque la postura de Reich ha sido ya refutada ampliamente por otras corrientes de la misma psicología, tuvo una notable difusión especialmente en las décadas de 1970 y 1980 y ha penetrado en una visión de la sexualidad que hoy todavía tiene cierta vigencia.

La «revolución sexual» tuvo una fuerza muy potente que todavía hoy influye en la cultura. Impregnó la idea de hombre, de familia y del amor humano y, de modo derivado, la del celibato. Parecería que sin el ejercicio de la capacidad sexual no se puede vivir. La tendencia a absolutizar el sexo es una vieja tentación del género humano que esta revolución cultural potenció.

El narcisismo postmoderno

Otra característica de nuestra época es el narcisismo. Se trata de una relación afectiva patológica con uno mismo. Es una disfunción –muchas veces llega a ser un trastorno de la personalidad– que la psicología señala como característica en nuestra época.

Con frecuencia late en las personas una pregunta: *¿realmente merezco ser amado y admirado?* Esa inquietud puede activar una búsqueda exigente de metas y logros que descentran de lo que da libertad.

Hay un *sano* narcisismo y otro, patológico y disolvente. El *sano* narcisismo podemos resumirlo como la búsqueda de una adecuada autoestima: un juicio realista, sereno, que valore justamente las propias cualidades. El *recto amor de sí* es una virtud necesaria, expresión de madurez. De esa auto-apreciación depende la solidez necesaria para la vida social y afectiva, la capacidad de ser flexibles y fuertes cuando corresponde, saber disfrutar de lo bueno y vivir con alegría y paz, etc.

El narcisismo patológico, por el contrario, lleva a un obsesivo apego a la propia persona y al estado emocional. Conduce a replegarse de modo egoísta y, por tanto, hace difícil la donación personal. Genera una necesidad continua de recibir afecto, aprobación, elogio y admiración. Sus lazos son fácilmente posesivos y angustian con el miedo a perder afectos.

En definitiva, el narcisismo es una actitud ante la vida que hace dificultosa cualquier entrega por amor y, por tanto, también el celibato. Alguna vez una persona célibe definía su vocación diciendo que consistía en *brillar un poco menos, para que los demás brillen mucho más*. Es una imagen magnánima y llena de fecundidad. El celibato necesita la libertad que da la sana autoestima, para darse personalmente con libertad y siendo así plenos.

El proyecto de no tener proyecto

En la cultura postmoderna encontramos también un giro en la comprensión de la libertad. Se ha difundido un modo de entenderla con la mera *posibilidad de elegir*. Ser libre sería, entonces, no tener limitaciones ni coerciones para elegir lo que se desea. De esa perspectiva surge la idea de que un proyecto que supone un compromiso de por vida es contrario a la libertad. Se puede comprender así que se haya difundido una desvalorización de los proyectos vocacionales y los compromisos que abarcan toda la vida.

Cuando la libertad se entiende como *posibilidad de elegir*, ser libre significa no elegir nada que me determine, que impida conservar opciones. Desde esta perspectiva se persigue una libertad paradójica, que se *autobloquea*, es decir, para conservar la libertad no se toman decisiones definitivas. La libertad, entonces, no sirve nada más que para *poder elegir*, aquí y ahora, pero no para construir un proyecto global, para hacer algo valioso con la propia vida.

Es claro que la libertad *de elección* es necesaria y deseable. Pero es importante considerar que *no es la única* condición de la libertad, ni tampoco la más decisiva. La libertad del hombre *trasciende* el límite de las circunstancias porque puede llegar a vivir esas mismas condiciones

sin resignar lo más importante en su vida: ser feliz. Es la ventana a una libertad más profunda y fundamental: la *libertad de adhesión*.

Identificar la libertad con la capacidad de elegir lleva a pensar que una vida libre no podría ser un proyecto a largo plazo, sino una experiencia instantánea, siempre nueva y errática. Así, tanto el celibato como el matrimonio serían compromisos vitales que *limitarían* la libertad.

Por otra parte, cuando las *opciones vitales* se entienden bajo esta perspectiva, fácilmente se tornan muy frágiles. Cuando esta idea determina el actuar de una persona, la *vivencia* vocacional se torna débil o meramente exterior. Por ese camino se cae fácilmente en un círculo paradójico: se espera *sentirse enamorado* para luego dar un sí definitivo, sin advertir que, justamente para encontrarse enamorado, la condición previa es entregarse por completo.

Es importante comprender que nuestro ser personal está pensado por Dios para lo *infinito*, y con Su ayuda, el camino personal es posible. El plan de Dios para uno requiere integrar todas nuestras dimensiones en ese camino: espiritualidad, racionalidad, afectividad y corporalidad³. ¡Y ello, por Amor! «Prometer un amor para siempre –enseña también el Papa Francisco- es posible cuando se descubre un plan que sobrepasa los propios proyectos, que nos sostiene y nos permite entregar totalmente nuestro futuro a la persona amada»⁴.

Una generación necesitada de modelos genuinos

«El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan», decía el Papa San Pablo VI. Y por eso, concluía, «si escuchan a los que enseñan, es porque dan testimonio»⁵. El poder y la elocuencia del testimonio genuino es hoy un valor muy necesario. Eso mismo puede ser un punto fuerte para revitalizar el celibato.

Quienes recibieron el don del celibato y lo viven con la actitud adecuada, muestran un santo orgullo por el regalo que los define. Intentan sinceramente mostrar a los demás un estilo de vida positivo, que vale la pena y no ha pasado de moda, que se busca compartir como

una perla de gran valor. Así, esa satisfacción y gozo natural fomentan la salud, la iniciativa y la perseverancia⁶.

Es un desafío y una gran oportunidad para la gente total por el Reino de los Cielos. Hoy los jóvenes están menos condicionados por lo *políticamente correcto* cuando la causa que los convoca es vivida y encarnada por testigos que arrastran, porque la viven con convicción y pasión. Como en la época de los primeros cristianos, también ahora están dadas las condiciones para que muchos se abran y descubran el valor generoso del celibato a través del testimonio encendido de los que hoy lo viven, incluso en medio de un mundo con dificultades y que tantas veces rechaza a Dios. La ilusión y convicción que transmiten las *vidas de los testigos* pasa por encima de cualquier dato sociológico adverso, dejando que brille la luminosa verdad de la aventura vocacional.

[Volver al índice](#)

2. VOCACIÓN AL AMOR. VOCACIÓN AL CELIBATO

Ser persona, es decir, vivir *invitados* a amar

La respuesta de Jesús va más allá. No le contesta sólo cómo ha de comportarse alguien que, después de la muerte, resucitará y vivirá eternamente. El Señor contesta mirando más al fondo del corazón. Le muestra cómo vivir -aquí y ahora, en este mundo- un tipo de vida tan plena que no desee otra. Un estilo de vida definitivo. Eso es lo que Dios quiere cuando propone la vocación. Toda vocación -por supuesto también el celibato- es una invitación a existir amando.

Fuimos creados para ser felices. Ser feliz es posible para el hombre si recibe amor y corresponde a ese amor. Ser persona es esencialmente estar llamado a desplegar la propia *vocación al amor*. Decía San Juan Pablo II que «el hombre no puede vivir sin amor. Permanece para sí mismo un ser incomprensible; su vida carece de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente»⁷.

Este *proyecto divino* se hace posible con nuestra libertad. Si la vocación de cada persona es al amor, también comprendemos que no puede existir amor sin que sea libre. Sin libertad no hay amor; sin amor no hay felicidad. Por eso también podemos decir que se llega a ser feliz *libremente*.

Cada persona puede ser feliz *libremente*, pero siendo seres limitados, *por sí solo* ninguna criatura puede alcanzar la felicidad. Esto último no es tan evidente y está aún más difuso por la cultura actual. Quizás esta respuesta puede dejar a alguno perplejo o desencantado. Pero es la verdad troncal de nuestra existencia cuando es iluminada por la fe.

Somos criaturas y no somos capaces de *autoabastecernos* de la plena felicidad a la que aspiramos. Es algo que se advierte cuando nacen dentro del corazón deseos grandes y ambiciosos de realización, de bien, de belleza, de transcendencia. Aspiraciones a las que no podría llegar por sus propios medios. El corazón del hombre tiene deseos que son, de

algún modo, infinitos. Y es imposible que él solo, siendo una criatura limitada, pueda satisfacerlos.

Nuestro Padre Dios *conoce* perfectamente esos deseos infinitos: no sólo los *conoce*, sino que los *puso* en nuestro corazón como una fuerza esencial que nos impulsa. Tenemos, por ser hombres, un llamado a lo infinito. El único Infinito es Dios, que nos ama sin condiciones. A Él abrimos las puertas de nuestra pequeñez cuando lo amamos libremente. Recibimos, entonces, la plenitud infinita de su intimidad. Eso será definitivo en el Cielo, aunque con un buen anticipo ya en esta tierra.

¿Para qué necesitamos la vocación?

¿Por qué Dios tiene que darme una vocación? ¿Para qué la necesito? Estas inquietudes tienen todo que ver con la vocación a la felicidad que se realiza en el amor. La vocación -cualquiera sea- es el *modo* de vivir esta vida que Dios nos propone y que realizará más plenamente esos deseos sin límites que tenemos en el corazón.

Aceptar que *necesitamos* una vocación dada por Dios nace de la fe y nos da libertad. Una fe que lleva a la confianza, porque descubre en Dios y en sus planes a Alguien Bueno, Todopoderoso y Padre. Esa misma fe nos hace capaces de esperar hasta el Cielo para ver la realización plena de nuestra felicidad.

Eso mismo nos permite asumir que esta vida terrena está para preparar la definitiva, y no para instalarnos aquí buscando sentirnos bien a cualquier precio. Nos hace libres porque ser libres es ser capaz de escribir la propia biografía: dueños de nuestra vida y con un sentido.

No debemos asustarnos si nos cuesta asumir y aceptar esta verdad. Culturalmente no nos resulta fácil admitir que la mejor opción para nuestra vida es *dejarla* en manos de *otro* y esperar recibir de ese *otro* la felicidad. Cualquiera sea el otro, inclusive si es Dios. Nos parece contrario a nuestro ser el depender de otro, inclusive cuando ese otro es un Padre, fuente de toda Bondad y de un Amor absolutamente desinteresado.

Cuesta reconocer que somos esencialmente hijos: dependemos en nuestro origen de alguien distinto a nosotros mismos. Por eso también

nos cuesta tanto entender la felicidad como *algo que nos ha de ser regalado*. Llevamos en el ADN la idea de que si no hacemos nuestra vida *lo que queremos*, de un modo totalmente autónomo estamos *saboteando* nuestra felicidad.

Ser libre es justamente no dejarse limitar por la propia finitud. Por eso la misma libertad que se añora como esclavo es la que se disfruta como hijo. Es libre quien supera su condición de esclavo.

La libertad se *refuerza* y se amplía cuando se vive como hijo. Ser amados por Dios y amarlo libremente son los dos remos que nos llevan a la felicidad. La vocación es el camino por el que, para cada uno, se realiza del mejor modo ese don de sí, que articula el sentido de la propia vida.

Dios me elige y yo elijo a Dios

A medida que profundizamos en la realidad sobrenatural de la vocación podemos preguntarnos: ¿entonces, qué es lo más importante: la llamada de Dios o la elección libre de la persona? No son dos dimensiones opuestas, no se excluyen sino que se reclaman: la propuesta de Dios que nace de su Amor de Padre y la respuesta libre de la persona, que se entrega como hijo.

La *pasividad* en percibir y aceptar el amor de Dios es una actitud disgregadora: no se puede sentir enamorado quien no presta una *atención proactiva, interesada*, no intelectual sino con el corazón. No se puede vivir de amor si se va por la vida como mirando las ofertas detrás de las vidrieras, a ver si algo me atrae o solo esperando que Dios me haga vivir cosas que me atraigan.

La madurez afectiva que permite vivir enamorados nos lleva a estar atentos y deseosos de *descubrir* el amor de Dios presente en nuestra vida, que se manifiesta de mil maneras y en las cosas cotidianas. Abrir el corazón a Dios y mantenerlo *sensible* a su cariño es una parte fundamental para la vitalidad del celibato. La intimidad de la piedad, la contemplación de la mirada de Jesús en la oración, el regalo de hacernos participar de su fecundidad en otras almas a través de nuestra vida, la *historia* de nuestra existencia en la que Dios ha estado discretamente derrochando su amor... Todo eso puede *verse con gran*

luminosidad como también *puede ignorarse en plena oscuridad*: ver, reconocer el amor de Dios no depende sólo de Dios. Depende en buena medida de que *nos dejemos seducir*.

¿Es posible vivir el celibato *enamorado*? Después de todo lo considerado, reconocemos –como lo dice Nietzsche- que «siempre hay algo de demencia en el amor. Pero siempre hay también algo de razón en la demencia». Sobre todo, en la *locura* de Dios que se ha *entusiasmado* con la exclusividad del amor de un pobre corazón humano.

«Hay un plan de Dios para cada uno; pero no estamos «programados»: sería rebajar a Dios a nuestra pobre altura. Nosotros solo podemos programar cosas sin albedrío, y no siempre nos sale bien; Dios, en cambio, es capaz de impulsar nuestra libertad sin violentarla. Dios gobierna la historia humana hasta en los menores detalles; pero la historia depende también de la libertad humana. (...) También la vocación personal, el plan de Dios para cada uno cuenta con nuestra libertad. Cada uno tiene que descubrirlo poniendo en juego sus recursos propios. *Dios no se impone: da unas pistas, insinúa un camino, hace una invitación*.

«La respuesta humana a la vocación no se reduce a la simple aceptación de un designio divino, que se presente de modo siempre inequívoco y evidente; pienso que la libre respuesta a la vocación es en cierto modo constitutiva de la vocación misma»⁸.

Por eso se puede concluir: «Existe una complementariedad y armonía entre la elección del Señor –“No son ustedes los que me han elegido, soy yo quien los ha elegido” (Jn 15, 16)- y la libre elección de la persona, a la que Dios le ha dado la libertad precisamente para que la utilice, eligiendo el mayor bien que le sea posible. Por ello, cabe decir que Dios de alguna manera *subordina* su elección y su llamada a la elección que la persona hace de Él. Como si dijéramos que *Dios elige a quien lo elige*»⁹.

Lo que Dios desea con la vocación está en el polo opuesto de la *imposición*. Es una *propuesta* que, como buena semilla, espera caer en la tierra buena de un corazón de hijo de Dios, confiado y libremente deseoso de unirse a la *ilusión* de su Padre. «Dios quiere que el hombre

participe activamente en su propia vocación, sin reducirse a esperar pasivamente que Dios se la haga “ver”»¹⁰.

Ese es el proyecto que Jesús le propuso al joven que, arrodillado frente a Él, no llegó a captar. Dice el Evangelio que era *muy rico* (cfr. Lc 18, 23). Sin embargo, si no se vive con un *amor grande* ninguna riqueza satisface. El Señor quería proponerle el camino para que se hiciera realidad en su vida ese deseo de un *amor grande*.

La vocación al celibato, un mismo sendero con diversos caminantes

El Señor concede el don del celibato por el Reino de los Cielos a personas con distinta condición dentro de su Iglesia. Es un mismo *regalo* que se vive de un modo común en su esencia, aunque las funciones o servicios que Dios pide a cada uno sean bien diversas. El celibato puede vivirse en el estado laical, en el ministerio sacerdotal, y en el estado religioso.

Durante muchos siglos se entendió como algo reservado a sacerdotes y religiosos, pero por tratarse de un don de Dios y no un requisito anexo a un estado de vida en particular, los laicos también pueden gozar de él¹¹.

El modo más manifiesto del celibato en la Iglesia¹² se presenta en los ministros ordenados: el celibato sacerdotal que viven los obispos, sacerdotes y laicos (que están en preparación al presbiterado).

Otro modo de vivir el celibato se da en los religiosos, cuya vocación los llama a *profesar* públicamente los consejos evangélicos (obediencia, castidad y pobreza) dando *testimonio* público del destino definitivo del hombre: vivir exclusivamente unido a Dios por la eternidad. El celibato tiene en este camino un carácter testimonial y escatológico.

El laico, en cambio, vive su celibato por el Reino de los Cielos como una relación personal de amor exclusivo a Jesucristo, como respuesta a un don recibido de Dios. No tiene un sentido público como en el caso de los religiosos. El laico es quien esencialmente se santifica ocupándose de los asuntos temporales uniéndolos a Dios, de igual a igual con las demás personas corrientes, de las que nada lo distingue ni separa¹³.

Se trata de un mismo sendero con diversos modos de caminarlo. Lo que es común en este camino recorrido por laicos, sacerdotes y religiosos, es que se lo transita como respuesta a una iniciativa divina – *no son ustedes los que me eligieron a mí sino yo quien los elegí a ustedes*¹⁴–, destinada a hacer realidad la vocación personal al amor y que trae consigo una fuerza particular de fecundidad espiritual, constituyendo un modo de encargar y satisfacer los deseos humanos de maternidad o paternidad.

El celibato: un modo de ser libres para amar a Dios con exclusividad

La Encarnación marcó una gran novedad en los modos de vivir el camino vocacional. Se podría decir que Jesucristo *inauguró* el celibato «por el Reino de los Cielos». Antes de su venida, la *virginidad* era considerada como una desgracia o, al menos, era una situación indeseable.

Se esperaba el nacimiento del Mesías y, por tanto, cada matrimonio fecundo abría una *posibilidad* para que esa llegada se realizara¹⁵. Existían algunas otras formas de vida célibe. Fuera de la tradición judía, éstas se basaban principalmente en principios estoicos, como un modo de vida que otorgara mayor *independencia* al influjo de las pasiones.

En los mismos judíos existían formas de celibato como es el caso de los esenios¹⁶ y una forma de consagración particular llamada *nazareato*¹⁷. Los sacerdotes, por otra parte, debían guardar la abstinencia de las relaciones antes de ofrecer sacrificios¹⁸. Sin embargo, estas modalidades de celibato tenían un fundamento distinto al inaugurado en la Nueva Alianza por el mismo Jesús.

La novedad del anuncio del Ángel Gabriel a María es grande. Abre también un sentido distinto a la virginidad y al celibato. Jesús inicia un nuevo *modo* de vivir en la tierra, divino y humano a la vez, precisamente porque Él es Dios-Hombre. Y a partir de la novedad que trae Jesús, primero los Apóstoles y después muchos cristianos desde los primeros tiempos, vivirán el celibato como un *don* pleno de sentido.

El celibato de Jesús no está definido por ningún motivo *funcional*, como por ejemplo contar con más disponibilidad de tiempo para recorrer ciudades predicando, o no tener el compromiso de atender un hogar. Tampoco se debe a una exigencia ministerial, ya que Él es *anterior* a todo ministerio de la Nueva Alianza y el mismo origen del nuevo sacerdocio.

De igual modo, su celibato no se basa en el apartamiento del mundo, ya que Jesús vino al mundo para salvarlo *desde dentro*, siendo uno más entre los hombres, asumiendo todo lo humano noble para recapitularlo llevándolo de nuevo al Corazón de Dios.

Se apoya, entonces, en un modo *particular* de vivir esa relación filial: la imagen de Hijo que Jesús reveló al encarnarse es el *ideal* al que todo hombre está llamado, fundamento por el que fue creado, y el modelo de la *relación definitiva* que tendremos con Dios en el Cielo. Por eso, el celibato, en cualquiera de sus formas (laical, ministerial o consagrado), encuentra su profunda razón en la de ser elegidos para una *relación particular* de hijos que amen a su Padre Dios con una especial libertad, sin pasar por otros amores exclusivos.

Célibe viene de *ceibe*, es decir, *libre*. No significa que el matrimonio sea una esclavitud, ni tampoco que el celibato sea sinónimo de *ausencia de compromiso*. Diríamos que *célibe* es aquel al que Dios le dio el don de *amarlo directamente, libre de intermediarios*.

Desde la Encarnación, Dios ama y quiere ser amado también *al modo humano*, con su Corazón de Hombre y con nuestro corazón humano. Por ese motivo, desde que Dios se ha hecho Hombre, uno de los caminos humanos de la vocación al amor es el de amarlo *directamente* y recibir *directamente* su Amor.

«La virginidad –dice el Papa Francisco- tiene el valor simbólico del amor que no necesita poseer al otro, y refleja así la libertad del Reino de los Cielos»¹⁹. El celibato da la libertad para poder brindar las energías propias con un sentido universal, primero a Dios y después a *todas* las personas que, de algún modo, la Providencia pone nuestro camino.

Este modo de ver el celibato como una peculiar imitación de la filiación de Jesús es el que asumió la Iglesia desde los primeros siglos.

En los primeros seguidores de Cristo el celibato «por el Reino de los Cielos» era habitual, también entre los fieles corrientes²⁰. Se lo consideraba uno de los principales testimonios de amor a Dios, después del martirio²¹.

Vocación al amor y al celibato: camino propuesto por Dios para ser felices

Concluyendo ahora las consideraciones que fuimos haciendo anteriormente, podemos decir que la vocación es un camino pensado por Dios *para ser felices* y portadores de una real y maravillosa *fecundidad*. Este es el marco en que se explica toda vocación sobrenatural, tanto al celibato como al matrimonio.

No puede entenderse la vocación si no se la descubre como un verdadero *don*, como un *regalo*. No es una imposición de la Voluntad divina, un querer al que nadie que quiera ser *bueno* se debe resistir. Tampoco es una honrosa elección personal marcada por una heroica resignación.

Las expectativas del camino vocacional tienen mucho que ver con *qué idea de felicidad* orienta la propia vida. Es también importante no olvidar que la felicidad del Cielo, siendo una felicidad *sobrenatural* – vivir *en Dios*– no sería *verdadera* si no fuese *también* una verdadera *felicidad humana*.

No es raro encontrar tantos cristianos que desean ser fieles pareciendo *resignarse* a lo que toca. Quizás no lo afirman así en el plano teórico, pero parece que viven resignados a eso. Dice con fuerza San Josemaría: «*cada vez estoy más persuadido: la felicidad del Cielo es para los que saben ser felices en la tierra*»²². Y esa felicidad divina, que es *también* humana, debe poder *vivirse*, gustarse con los afectos y desplegarse en la propia vocación, también al amor y al celibato.

[Volver al índice](#)

3. VIVIR EL CELIBATO ENAMORADO: ¿VERDAD O UTOPIA?

Recibirán el «*ciento por uno*» en esta vida, y luego la felicidad eterna²³ es la promesa de Jesús a quienes lo han seguido de cerca con una vocación de exclusividad. No recibirán ese *ciento por uno* de cualquier modo, sino que lo recibirán también en sus afectos, precisamente, en *padre, madre, hermanos, hermanas, esposa, esposo o hijos...*

Jesús quiere que la capacidad afectiva de cada persona llegue a su plenitud como respuesta a su Amor. Él sabe que todo hombre está llamado a vivir *por amor, hacia el Amor y recibiendo amor aquí en esta vida*. Por eso, para quien vive el celibato, una pregunta fundamental es si ¿puede vivir *realmente* enamorado quien sigue este camino? ¿Puede sentirse sinceramente *enamorado* de Dios? ¿O es más bien un *modo de decir* pero que, en el fondo, supone un deseo que hay que resignar? En este artículo proponemos algunas ideas que ayuden a la respuesta.

El verdadero rostro del amor

¿Qué quiere decir «*estar enamorados*»? ¿Qué entendemos por *amar*? Hay muchos tratados que explican qué es el amor. Nosotros queremos abordar el tema desde el punto de vista de la experiencia, de lo que vivimos. Podemos, por eso, preguntarnos: ¿qué tienen en común una pareja de novios, una madre al pie de la cama de su hijo enfermo, un matrimonio con muchos años de fidelidad, un sacerdote que cuida con cariño la Santa Misa cada día, una persona célibe que sale cada día con ilusión a compartir con Jesús su vida cotidiana? Lo que tienen en común es el *amor*. El amor es lo que los identifica.

No hay en estos *amores* una *regla* uniforme sobre los sentimientos. Algunos de ellos pueden considerarse más románticos. Otros hablan de una donación sincera que se abre paso en el dolor y en la entrega. Hay en esos pocos ejemplos quizás arrebatos de felicidad junto con momentos de sufrimiento, cansancio o desgana. Hay rutina y momentos emocionantes, lo normal se entrelaza con lo irrepetible. Pero en todos

ellos se ve que hay amor. Así comprendemos que se puede vivir *enamorado*s el camino del celibato, como el del matrimonio.

En el amor verdadero la *sensación* de bienestar, entusiasmo y *chifladura* es sólo una de las etapas. O mejor, una sensación que acompaña algunas etapas puntuales del amor. Podríamos pensar en un amor que fuera siempre gratificante, casi automáticamente apasionante, que arrastrara a la entrega sólo por atracción. Sin embargo, sería ésta una expectativa muy pobre sobre el amor. Con una perspectiva así no se podría vivir un celibato enamorado ni se sostendría un amor perpetuo en el matrimonio...

El *enamoramiento* es un fenómeno propio del amor humano, entre varón y mujer, que tiene un fuerte componente sensible y afectivo. Hay en él una gran fuerza que surge de captar de modo bastante espontáneo e irreflexivo lo agradable y valioso de la otra persona. Es una experiencia que, con gran fuerza, *invita* a unirse a ella para toda la vida. Es el tipo de amor que suele estar en el origen del noviazgo. Tiene una fuerza tan grande porque trae un mensaje implícito: infunde sensiblemente una *promesa de felicidad* que *embriaga* a toda la persona. Este modo de sentir el amor está sostenido sobre todo por el impulso de los sentimientos. Por eso tiene mucha fuerza aunque también una frágil estabilidad. Suele ser más *eros* que *ágape*, más *atracción sensible* que *decisión de entrega*. Hay más fuerza impulsiva que libertad. Ésta no es la forma del amor por excelencia, ni da prueba necesaria de que exista el amor verdadero. El enamoramiento no es el verdadero *rostro* del amor.

Vivir enamorados tiene que ver más con nuestra *libertad* que con nuestra *sensibilidad*. La libertad del hombre es como *las manos* que tejen el amor, al usar como *hilos* las circunstancias cotidianas en el *telar* de la realidad que se le presenta. «El amor debe ser esencialmente un acto de la voluntad –dice Erich Fromm-, la decisión de dedicar toda nuestra vida a la otra persona. Eso es, sin duda, el razonamiento que sustenta la idea de indisolubilidad del matrimonio (...). En la cultura occidental contemporánea, tal idea parece totalmente falsa. Se supone que el amor es el resultado de una reacción espontánea y emocional, de la súbita aparición de un sentimiento irresistible (...). Se pasa así por alto un importante factor del amor erótico, el de la voluntad. Amar a

alguien no es meramente un sentimiento poderoso: es una decisión, un juicio, es una promesa. Si el amor no fuera más que un sentimiento, no existirían bases para la promesa de amarse eternamente. Un sentimiento comienza y puede desaparecer. ¿Cómo puedo yo juzgar que durará eternamente, si mi acto no implica juicio y decisión?»²⁴. El amor es, entonces, fuerza que lleva al deseo y la entrega. De hecho, la revolución que causa en nosotros la atracción del amor, conduce a la entrega de sí²⁵.

La experiencia de los santos y muchos que viven el celibato nos da también una respuesta. Nos muestra que han sido personas plenas, con un corazón humano y afectuoso, que con normalidad han pasado por este mundo *amando* a Dios y a los demás. Tampoco se han sentido frustradas por no haber contraído matrimonio; menos aún se trata de personas que ahogaron sus afectos. Si hubiese sido así, no hubiesen sido felices. Sin embargo, su corazón y su sensibilidad no muestran nada *especial*. Se han sentido amados y han amado en esa escala diversa que propone el celibato.

«¡Tú me has seducido, Señor, y yo me dejé seducir! »

Estas palabras del profeta Jeremías (20, 7) reflejan con profundidad la *relación de amor* que Dios quiere establecer cuando nos elige y, por otra parte, la *plena libertad* que es la única puerta al amor de Dios. *Dejarse seducir* por el Señor es una decisión que nos pone en una actitud proactiva para percibir el amor de Dios, la ternura detrás de su elección.

Dejarse seducir significa *querer ver, observar, contemplar, dejar que Dios pueda mostrarme* cómo nos ama de un modo exquisito, sobreabundante y misterioso. Por el contrario, no se *deja seducir* por el Señor quien vive la vocación *comparando* otras ofertas *seductoras*, lo atractivo de otros modos de vivir. No se *deja seducir* por el amor quien vive haciendo cálculos de beneficio, satisfacción y utilidad. No es que Dios *prohíba* una actitud así, sino que es algo que desarma la conexión que pide el amor, socava la esperanza. Nadie se enamora hasta que no se *concentra* en el otro y en su atractivo. Nadie se enamora si vive calculando los *beneficios* que los distintos *candidatos* le ofrecen. Es lo

que le faltó al joven rico del Evangelio: calculando y pensando en todo lo que dejaba *no se dejó seducir* por el amor de Jesús y, por eso, no se sintió capaz de entregarse plenamente, de dar su libertad y su vida, porque el Señor le estaba ofreciendo la suya.

La *pasividad* en percibir y aceptar el amor de Dios es una actitud disgregadora: no se puede sentir enamorado quien no presta una *atención proactiva, interesada*, no intelectual sino con el corazón. No se puede vivir de amor si se va por la vida como mirando las ofertas detrás de las vidrieras, a ver si algo me atrae o solo esperando que Dios me haga vivir cosas que me atraigan.

La madurez afectiva que permite vivir enamorados nos lleva a estar atentos y deseosos de *descubrir* el amor de Dios presente en nuestra vida, que se manifiesta de mil maneras y en las cosas cotidianas. Abrir el corazón a Dios y mantenerlo *sensible* a su cariño es una parte fundamental para la vitalidad del celibato. La intimidad de la piedad, la contemplación de la mirada de Jesús en la oración, el regalo de hacernos participar de su fecundidad en otras almas a través de nuestra vida, la *historia* de nuestra existencia en la que Dios ha estado discretamente derrochando su amor... Todo eso puede *verse con gran luminosidad* como también *puede ignorarse en plena oscuridad*: ver, reconocer el amor de Dios no depende sólo de Dios. Depende en buena medida de que *nos dejemos seducir*.

¿Es posible vivir el celibato *enamorado*? Después de todo lo considerado, reconocemos –como lo dice Nietzsche– que «siempre hay algo de demencia en el amor. Pero siempre hay también algo de razón en la demencia». Sobre todo, en la *locura* de Dios que se ha *entusiasmado* con la exclusividad del amor de un pobre corazón humano.

La dinámica divina del Amor

Vivir realmente enamorados de Dios no es una tarea *solamente* humana. Es *sobre todo una acción divina* un don del Corazón de Dios. No se trata de un particular *entrenamiento afectivo* para lograr *sentir* a Dios. La vida de Dios *actúa* en el interior del hombre que le brinda su

corazón y, de alguna manera, *rebalsa* también en los afectos. Es la tarea del Espíritu Santo –el Amor Personal de Dios- en el corazón.

La fuerza de Dios en el alma nos confiere ciertas *capacidades* sobrenaturales para que nuestras potencias humanas puedan relacionarse con Dios y con lo divino, con una cierta *connaturalidad*. Conocemos esa fuerza divina con el nombre de *virtudes teologales*: fe, esperanza y caridad. Son *capacidades* que Dios regala cuando ponemos lo necesario de nuestra parte. Se llaman teologales porque nos llevan a *alcanzar a Dios*, lo que es posible sólo con Su ayuda.

Las virtudes teologales son una verdadera *fuerza*, un dinamismo que es necesario convertir en el motor de toda la vida espiritual. La madurez del cristiano consiste en llegar a creer en Dios, esperarlo todo de Él y amarlo a Él y al prójimo de todo corazón. Los demás aspectos de la vida cristiana persiguen sólo ese fin: aumentar en nosotros esa *fuerza de Dios*²⁶.

Esta *fuerza divina* necesita de nuestra libre colaboración para crecer y desplegarse. La fuerza de Dios se *adecúa* al modo de obrar y de sentir humano, dándole vida e impulso desde dentro. Así le da la capacidad de llegar a lo que sólo no alcanza, la gracia es como una *segunda naturaleza*. Esa colaboración entre gracia y libertad se necesita también para percibir el amor de Dios.

A veces tenemos una visión excesivamente *espiritualista* de la fe, la esperanza y la caridad. Y así contamos poco con ellas para la transformación de nuestra vida cotidiana e incluso para nuestros afectos. Para quien vive el celibato es esencial buscar esa fuerza, conocerla mejor y ayudarla a desplegarse. La acción del Espíritu Santo está destinada a modelar la afectividad, ayudándonos a sintonizar con el Amor de Dios. El dinamismo de las virtudes teologales se apoya también –aunque no sólo- en la estructura psicológica del hombre. Esta capacidad está particularmente relacionada con la madurez y la plenitud afectiva del cristiano y, en particular, de quien vive el celibato.

Podemos ver, por ejemplo, la acción del Paráclito que transforma a San Pedro. Pentecostés transmite a él y a los Apóstoles la valentía para amar a Dios sobre todas las cosas. Es evidente la *influencia afectiva* en Pedro de esta acción del Espíritu. Sin quedarse en algo meramente

sentimental, la acción de Dios que encuentra en él la libre acogida, transforma toda su persona, no sólo su inteligencia y su voluntad. Impregna también el corazón. La dinámica sobrenatural de la gracia, como puede apreciarse, tiene mucho que ver con la madurez afectiva, ya que fomenta la disposición del corazón para *recibir* una realidad que nos supera, pero completamente real. El don de *sabiduría* está íntimamente unido a la caridad, y por él Dios da un especial conocimiento de las realidades sobrenaturales y de las personas que dispone al alma para poseer "*una cierta experiencia de la dulzura de Dios*", en Sí mismo y en las cosas creadas, en cuanto se relacionan con Él²⁷.

El amor sobrenatural enciende proyectos, ilusiones: da esperanza

No puede existir caridad sin esperanza. «El amor necesita espacio para expandirse y crecer; es una realidad maravillosa, pero en cierto sentido también frágil pues sin su *espacio vital* acaba fácilmente ahogada, comprimida e infecunda. Y el *medio* concreto que precisa para desplegarse se halla constituido por la esperanza. Si estamos atentos a lo que ocurre en nosotros, nos daremos cuenta de que, cuando el amor se enfría o deja de crecer, a menudo se debe a que *nuestros anhelos, nuestros miedos, nuestras inquietudes y nuestro desánimo lo están ahogando*. En un diálogo con Santa Faustina, Jesús afirma que "los mayores obstáculos para la santidad son el desaliento y la inquietud"²⁸. La mayoría de las veces no crecemos en amor de Dios porque *no creemos* que Él pueda hacernos realmente felices. Nos falta fe, no le *acabamos de creer* a Dios. Y eso mismo nos lleva a *sentirnos lejos de Él*.

La esperanza mantiene con vida las ilusiones, los proyectos. A la vez, ella misma necesita una verdad sólida en la que apoyarse. *El cimiento de la esperanza es la fe*. Por la fe *creo* en la realidad que me permite esperar: Dios es mi Padre omnipotente y bondadoso, que me ama con un amor incondicional. «La fe es la madre del amor y de la esperanza, así como de la confianza y de la certeza»²⁹.

El *desamor*, cuando se presenta en el matrimonio o en el celibato, tiene mucho de desencanto, de pérdida de ilusión, de dejar decaer las

encendidas expectativas en quien se ama. Y cuando se ama exclusivamente a Dios ese decaimiento no puede culparse más que a nosotros mismos. Así, mantenernos enamorados de Dios tiene mucho que ver con *purificar el corazón de desencantos*.

Vivir *enamorados* de Dios es una gracia, un regalo, que se puede cultivar, enriquecer y hacer crecer. Hay una conexión íntima y profunda entre la ilusión humana y la fuerza de Dios que debemos dejar expandir y crecer: la transformación que realizan en nosotros la fe, la esperanza y la caridad. El cristiano «capta el amor de un Dios personal, que lo conduce a controlar sus estados de ánimo y le guía por medio de valores objetivos hacia la madurez afectiva»³⁰.

Amor y fidelidad

En las personas, seres temporales y siempre *en construcción*, la fidelidad es el proceso de edificación constante del amor. Un amor que tiene como *materia prima* las circunstancias, agradables o adversas, que nos presenta la realidad. Aspirar a un amor *real* supone asumir que no buscamos algo estático, como cuando estamos delante de una fotografía o el plano de una casa. El amor surge de una voluntad *dinámica y constructiva*. La *fidelidad* es el amor visto *en movimiento*. Dice Benedicto XVI: «la fidelidad a lo largo del tiempo es el nombre del amor»³¹.

Muchas veces se experimenta afecto y sentimientos en la vocación: es el momento de aprovecharlos como el viento a favor que empuja el velero. Pero cuando éstos disminuyen o desaparecen, no hay que perder la oportunidad de avanzar *remando*, con la fuerza de nuestra voluntad libre. Lo muestra de modo gráfico Stephen Covey, en su conocido libro *Los 7 hábitos de la gente eficaz*. Reproduce un diálogo con una persona que va a pedirle consejo:

«-Stephen, a mi esposa y a mí ya no nos unen los antiguos sentimientos. Supongo que ya no la amo, y que ella ya no me ama a mí.

-¿Ya no sienten nada uno por el otro?

-Así es. Y tenemos tres hijos, que realmente nos preocupan.

-*Ámela*, -le respondí.

-Pero le digo que ese sentimiento ya no existe entre nosotros.

-Ámela.

-No me entiende. El amor ha desaparecido.

-Entonces ámela. Si el sentimiento ha desaparecido, ésa es una buena razón para amarla.

-Pero, ¿cómo amar cuando uno no ama?

-El amor, como sentimiento, es el *fruto* de amar. De modo que *ámela*. Sírvala. Sacrifíquese por ella. Escúchela. Comparta sus sentimientos. Apréciela. Apóyela. ¿Está dispuesto a hacerlo?»³².

La fidelidad es la capacidad de mantener un *proceso*: como el proceso de *construir* una casa o de *volar*. El amor es lo que el proceso *va haciendo*: la casa, para el que construye, o acercamiento a la cima, para el águila que vuela.

La fidelidad se mantiene en proceso no sólo con esfuerzo y decisión, sino sobre todo con *esperanza*. Una esperanza que –como antes hemos visto- es el *combustible del amor*. Nadie puede ser fiel *si se conforma* con la felicidad que tiene aquí y ahora. Tampoco nadie puede ser fiel si pierde de vista su destino definitivo y se centra sólo en el *esfuerzo* que supone –aquí y ahora- seguir construyendo.

La voluntad con la que decimos *sí!* a la vocación ha de ser sin condiciones, ya que «quien no se decide a querer para siempre –decía Juan Pablo II-, es difícil que pueda amar de veras un solo día»³³. Gustave Thibon muestra la *decisión* que sostiene el amor entre dos personas, y que podemos aplicar a la fidelidad a Dios. «Cito muy a menudo –dice el pensador francés- una frase de Bismark (...), al escribir a su joven esposa, ya que ella, tímida criatura, no le había acompañado en todas las vicisitudes de su brillante carrera. Ella había escrito: “Me olvidarás a mí que soy una provincianita, entre tus princesas y tus embajadoras”. Él respondió: “¿Olvidas que te he desposado *para amarte?*”. Esta frase me parece definitiva –sigue diciendo Thibon-. No simplemente “porque te amaba”, sino “*para amarte*”. Lo que significa echar un ancla en el porvenir. Separar una realidad eterna de las emociones fugaces de los sentidos y de la imaginación»³⁴.

La fidelidad nos da la capacidad de no absolutizar el *eros* que solemos esperar del amor. Y, cuando llega el momento, nos hace conscientes de que «debemos realizar los trabajos de *eros* cuando *eros* ya no está presente. Esto lo saben todos los buenos enamorados», dice C S Lewis en *Los Cuatro amores*.

[Volver al índice](#)

4. CELIBATO: UN CORAZÓN APASIONADO POR DIOS

¿Cómo vivir la vocación *sintiendo* la cercanía de Dios y la alegría de darnos? ¿Cómo transitar este camino *apasionadamente*? ¿Cómo hacer para que lo que *debemos hacer*, también nos *haga sentir plenos*? ¿Cómo hacer que los afectos ayuden a enamorarnos de Dios y no desear otros *amores* que nos distraen? Nos proponemos ahora afrontar de modo práctico algunos interrogantes sobre la dinámica de los sentimientos que llevan a una buena *relación con Dios*.

«Un hombre vale lo que vale su corazón»

Valemos lo que vale nuestro corazón, *no sólo nuestros sentimientos*. Éstos son *una parte* de nuestro yo. El corazón es «ese centro del hombre en el que se unen el intelecto, la voluntad y el sentimiento, el cuerpo y el alma. Ese centro en el que el espíritu se hace cuerpo y el cuerpo se hace espíritu; en el que voluntad, sentimiento e intelecto se unen en el conocimiento de Dios y en el amor por Él»³⁵. Por eso valemos y somos mucho más que lo que sentimos. No nos define sólo lo que surge en nuestras emociones o estados de ánimo: somos muy especialmente lo que queremos y lo que elegimos.

En el corazón anida la verdad más esencial de nuestra identidad. Allí se hace real el amor. Es importante tener en cuenta que amar no es sólo sentir³⁶. Amar es una tarea de *todo el corazón*, de *toda la persona*, no sólo de los sentimientos, aunque los afectos tienen una misión muy importante.

Amar es una tarea de la persona, es fruto de la libertad y no sólo de la sensibilidad. Somos lo que vamos construyendo con las decisiones y no sólo nuestras emociones. Somos libres porque contamos con inteligencia y voluntad. Esas capacidades nos permiten descubrir la verdad y decidirnos por lo que nos hace mejores. Allí está la grandeza de cada persona.

No significa esto que los sentimientos deban relegarse o ignorarse. No debemos interpretarlos como la única ni la principal medida de lo que somos y valemos. Hemos de aspirar a amar a Dios con todo nuestro

ser, con todo nuestro corazón. «El principio del amor es doble –explica Tomás de Aquino-, pues se puede amar tanto por el sentimiento como por el dictado de la razón. *Por el sentimiento, cuando el hombre no sabe vivir sin aquello que ama.* Por el dictado de la razón, cuando ama lo que el entendimiento le dice... Y nosotros debemos amar a Dios de los dos modos, también sentimentalmente, para que el corazón de carne se sienta movido por Dios, conforme a lo que expresa el Salmo (83, 3): *mi corazón y mi carne se regocijan en el Dios vivo*»³⁷.

El termómetro no da la hora

Nadie busca un termómetro para saber la hora, ni mira el reloj para averiguar la temperatura. Lo mismo pasa con la cabeza y los sentimientos. Si buscamos en uno lo que sólo puede decirnos el otro, estamos en problemas o vivimos constantemente problematizados. Lo que nos da alegría, lo que realmente nos satisface *el corazón* es aquello que nos hace bien: *nos hace mejores, nos ayuda a amar.*

Los sentimientos aportan las *impresiones* de lo exterior y, secundariamente, de lo que pasa en nuestro interior. Son impresiones que *nos impulsan* hacia las cosas o nos alejan de ellas. Son las *primeras impresiones* que necesitan ser *verificadas* en una segunda instancia por la inteligencia, para ver si corresponden con la realidad.

Podemos decir que «un sentimiento verdadero lo es en la medida en que se produce por una conexión íntima con la realidad. (...) Un sentimiento es auténtico en la medida en que es adecuado, fiel a la realidad que lo despierta. Por tanto, ante realidades distintas, ante personas distintas, ante situaciones distintas hay –y es lógico– sentimientos distintos»³⁸.

De los sentimientos hemos de esperar que nos digan si lo que percibimos aquí y ahora nos agrada o no, pero no nos pueden decir lo que debemos hacer, qué es lo que nos *hace bien* elegir. Los sentimientos son los *sensores* de *una parte* de la realidad. Pero hay también una parte *no sensible* muy importante. Es la parte de la realidad que trasciende lo que siento y nos abre a nuestra dimensión más espiritual: proyectos, ideales, motivos, elecciones, identidad, historia.

Por eso, decidir y juzgar sólo por lo que sentimos, cuando se trata de realidades grandes que están más allá de lo sensible, puede ser un gran error y fuente de sufrimientos. Pongamos un ejemplo: un padre de familia que llega cansado y triste a su casa al final de la jornada, quizás porque el trabajo fue ingrato y no se siente con fuerzas para lo que resta del día. Los sentimientos lo impulsan a huir, pero seguramente *comprende* que *lo mejor* es entrar en casa, brindarse a su familia con generosidad, aunque su ánimo no sea ideal. Seguramente –quizás al día siguiente- sentirá también alegría por haber logrado sobreponerse y *darse* a su familia, que es el proyecto importante en su vida.

¿Se equivocaron los sentimientos? ¡No! ¿Se equivocó al decidir con la *cabeza*, en contra de lo que sentía? ¡No! Una persona madura no le pide a sus sentimientos que le digan cuál es la mejor decisión que debo tomar. Tampoco los ignora o los desprecia, sino que cuenta con esa lectura de la realidad, sin sorprenderse de que no siempre sintonicen con la realidad de fondo, que tantas veces es no sensible. Del mismo modo que un termómetro no es un reloj, los sentimientos no miden hacia dónde debemos ir: sólo informan si la *temperatura* de lo que estamos viviendo aquí y ahora es agradable o no.

Una armonía sin tiranos

La alegría profunda proviene del amor: ser amado y amar. El amor nace de la libertad. Por eso somos lo que elegimos y no sólo lo que sentimos. Vivir *por amor*, elegir lo que hacemos para *darnos* a Dios es lo que permite que en nuestro interior no haya una constante *fractura* entre cabeza y sentimientos: es lo que hace que el corazón no esté dividido.

Por eso, para construir nuestra armonía interior *no debemos admitir tiranos*. Ya hablamos de la tiranía de los sentimientos: del sentimentalismo. Ahora debemos estar atentos a excluir otras posibles tiranías que resultan de una imposición inadecuada de la inteligencia o de la voluntad.

Por una parte debemos evitar que nuestra actuación esté monopólicamente motivada por el “deber ser”, la ley que se debe cumplir. El deber ser es un buen mapa, pero un mal combustible para

nuestro actuar libre. No basta hacer las cosas porque hay que hacerlas. A ello hemos de sumarle nuestra elección libre que, en bastantes ocasiones, podemos hacerla, aunque sí lo haremos por amor. Pretender solamente entender qué tenemos que hacer para actuar nos llevaría al intelectualismo, a la dictadura de la inteligencia por encima de las demás capacidades.

Igualmente debemos huir del voluntarismo que consiste en poner una fuerza ciega en el hacer, sin descubrir y considerar los motivos buenos que están detrás. Una forma frecuente del voluntarismo es el perfeccionismo. Este modo de obrar supone que valemos en la medida que hacemos todo sin error. Se confunde así la perfección del amor que lleva a la libertad, con una perfección técnica que acaba asfixiándola.

La vocación y la santidad -que es su fin- no consisten en una carrera *del hacer* sino en transformarse en hijos de Dios, por amor, y con Su gracia.

Afectos especiales sin efectos especiales

Los afectos sintonizan con la cabeza cuando sabemos ayudarlos a encontrar *motivos* para *apasionarse* en la normalidad de la vida diaria, en lo cotidiano. La madurez afectiva que ayuda a vivir alegremente la vocación consiste en la capacidad de *involucrar* los sentimientos en lo de todos los días, en las luces y sombras de *lo normal* que tenemos, somos y vivimos.

Para que esto sea una realidad, en primer lugar, debemos huir de una actitud engañosa: buscar *que lleguen* momentos especiales, ocasiones excepcionales, situaciones fuera de lo normal para *sentir* algo conmovedor y revolucionario. Habría allí un problema de expectativas que nos haría mirar siempre hacia otra situación, anhelando salirnos en cuanto sea posible de la normalidad para *sentirnos bien*. Es una actitud que nos hace estar interiormente *distraídos* porque estamos *atraídos* por algo *distinto* a lo real, en un estado en el que creemos que *estaremos bien*.

Apasionarnos con la grandeza de nuestra vida normal y concreta exige, en primer lugar, valorarla y *buscar amar* precisamente *allí*. Saber ilusionarse con lo concreto de la vocación es una tarea de auto-

pedagogía. La *cabeza* ayuda –mediante el diálogo interior y los espacios de reflexión- a que también los afectos lleguen a sintonizar con lo bueno que podemos encontrar en lo cotidiano.

Así como un buen artista lleva a su hijo a una exposición de pinturas y le va explicando con cariño y paciencia lo que puede disfrutar de lo que está viendo, de un modo análogo nosotros mismos – la cabeza- somos los que nos hemos de ayudar a descubrir sensiblemente lo atractivo.

Para eso hace falta tiempo interior de diálogo con Dios y de silencio fecundo. Debemos defendernos de la avalancha de información y de imágenes, cuyo volumen es tal que supone como un constante *tsunami* para la afectividad. No hay tiempo y capacidad de procesar tantos estímulos para saber qué queremos, qué sentimos y por qué. Es curioso, pero hay muchas personas informadas de lo que sucede en el mundo, pero ignoran quiénes son, qué les pasa y qué quieren. Esa *exterioridad frenética* vacía también los afectos y los hace frágiles y volubles, manejables por cualquier impresión y situación.

La madurez afectiva necesita del recogimiento interior³⁹. El *diálogo* interior con Jesús –no sólo en tiempos exclusivos para rezar sino con ocasión de todo lo que vivimos-, la *escucha* serena de lo que nos sucede –de parte de Dios y de los que tienen la gracia de acompañarnos en el camino espiritual-... en definitiva, la contemplación del Amor de Dios es la gran puerta de acceso para *apasionarnos* con Él y con el camino que nos lleva a su Corazón.

[Volver al índice](#)

5. CELIBATO: COORDENADAS PARA EL CORAZÓN

La vida y, por tanto, la vocación es como un viaje. Partimos de lo que somos y hemos recibido y *viajamos* hacia el amor que nos hace plenos. Toda persona hace ese viaje, incluso sin darse cuenta... El viaje de la vida vocacional requiere conocer las coordenadas, para poder decir, para saber dónde vamos y estar orientados. En el presente artículo y en el siguiente daremos algunas de esas *coordenadas* que necesita el corazón, cuando navega su aventura vocacional y, concretamente, la del celibato.

¿Ser feliz es lo mismo que sentirte bien?

Un corazón maduro necesita haber hecho un descubrimiento fundamental: *ser feliz no es lo mismo que sentirse bien*. Para entenderlo con más facilidad pensemos -como lo decíamos antes- en un camino, como metáfora de nuestra vida. Vivir es caminar, transitar distintos paisajes, climas, situaciones, es dirigirse a un destino. Esperamos encontrar en esa meta todo lo que deseamos. La fe nos ayuda a *descubrir* anticipadamente que en esa meta nos espera «lo que nadie vio ni oyó y ni siquiera pudo pensar, aquello que Dios preparó para los que lo aman»⁴⁰, es decir, la satisfacción nunca imaginada de nuestros deseos de felicidad. Allí esperamos llegar. Por eso caminamos. Por eso vivimos.

Mientras caminamos hay momentos de buen clima y buen ánimo, y otros de viento o tormenta, pocas ganas o sentimientos que no estimulan. Hay partes del camino amables y suaves, hay otros empinados y pedregosos. Nos acompañarán a veces paisajes deslumbrantes y en otras ocasiones un suelo seco y polvoriento, sin especial relieve. Todo caminante sabrá que no siempre se siente impulsado y alegre. Lo que buscamos es algo que está al final del camino. No tendría sentido *instalar*nos en el sendero, dejar de caminar, tanto porque *no me siento bien*, como porque aquí *me siento muy bien*. Lo importante es no dejar de caminar.

El corazón de un *caminante*

Esta imagen -aparentemente simple, ingenua- puede ayudar a algo muy importante: poner las *expectativas* de los sentimientos en su verdadero lugar, sin despreciarlos pero sin absolutizarlos. Si trabajamos para nuestra madurez afectiva, los afectos *aprenderán* a acompañarnos más armónicamente y también aprenderemos a avanzar cuando ellos momentáneamente no estén en *un buen día*. Ser feliz y sentirse bien sólo confluyen plena y establemente en el Cielo. Allí las dificultades y luchas de esta vida habrán pasado y los dolores no estarán. Esos *cielos nuevos y tierra nueva* nos ofrecerán el gozar de Dios sin sufrimientos.

Mientras tanto -mientras caminamos-, en esta vida las cosas son distintas. El dolor y el esfuerzo están siempre presentes. Muchas veces no sólo son algo inevitable a lo que debemos resignarnos. A veces, hay que pasar por ese no *sentirse bien* para mantener nuestro compromiso de amor, ser fieles, seguir ayudando a una persona que nos necesita, etc. ¡Cuántos sueños de fidelidad se han roto por pensar que una época de *no sentirse bien* significaba inequívocamente que ese camino no era el propio!

Las dificultades y el esfuerzo son necesarios para construir una vida con grandes proyectos y, por supuesto, con el proyecto de la santidad. *Medir* la felicidad sólo por los sentimientos es un error, consecuencia del sentimentalismo: es juzgar la vida con un parámetro muy reducido, equivocado. Si sería poco sensato medir la velocidad con un termómetro, es también un error dirigir las acciones de nuestra vida *exclusivamente* por los sentimientos. El sentimentalismo es dar a los sentimientos la *suma del poder público*, la capacidad de tomar las decisiones, y hacer que la voluntad y la inteligencia sólo deban seguirlos sumisamente.

Una buena *libertad* de lo inmediato

Lo que nos hace felices muchas veces está *más adelante* en el camino de nuestra vida, tal vez después de pasar una curva o una lomada que se sortea con esfuerzo. La felicidad es el estado definitivo que alcanzaremos construyéndola con paciencia y cierto *desprendimiento de*

lo inmediato. Es una tarea que compromete la fe y la esperanza. Ese proyecto y las decisiones que nos ayudan a realizarlo no están al alcance de las emociones, sino de la inteligencia que impulsa a la voluntad, iluminadas por la Verdad que Dios me revela.

Elegir según lo que *sentimos* aquí y ahora tiene un atractivo aroma a genuina libertad, a ser *nosotros mismos* y no dejarnos condicionar por estructuras o formalismos. Esas *sentencias* de los sentimientos tienen un fuerte perfume de autenticidad. Hay que saberlo y no asustarse, pero no olvidar que la libertad en el hombre es una fuerza *integrada* por su inteligencia y su voluntad. Es un buen aprendizaje necesario para el corazón del caminante. Si caminamos conscientes conociendo cómo *interpretar* lo que nuestras capacidades nos sugieren, descubriremos que lo importante es seguir caminando, también cuando el *clima* afectivo no esté en su mejor día, conscientes de que si somos fieles llegaremos al puerto de la felicidad que deseamos.

El sagrado espacio del diálogo interior

Los afectos *se orientan* y se moldean en el «*diálogo interior*». Ésta es una de las pautas de aprendizaje más importantes. Como ya dijimos, podemos comparar la armonía del corazón con la intimidad de un hogar familiar. Así como el padre, la madre y la hija o el hijo – supongamos, para el ejemplo, que sean adolescentes-, deben aprender a dialogar y enriquecerse mutuamente, también la inteligencia, la voluntad y los sentimientos deben crecer e integrarse *dialogando*. Todos necesitan aprender de los demás, es necesario saber escuchar a los otros y ocupar el rol adecuado a cada uno. El *diálogo* interior es el vehículo principal donde se tejen la armonía y el entendimiento mutuo de nuestras tendencias internas. Tanto sucede en una familia como en el interior de nuestra persona. Ese diálogo interior es algo *constante*, que se produce con frecuencia sin advertirlo, de modo espontáneo, juzgando, considerando, experimentando sentimientos, observando cosas que deseamos, imaginando lo que podría suceder, creando situaciones con la fantasía, etc.

En ese diálogo interior, inteligencia, voluntad y sentimientos van dando su *apreciación* acerca de un suceso, de una situación, de una idea, de un pensamiento... Así aportan al resto de los interlocutores una

visión que completa la de los demás. Por ejemplo, un estudiante puede ver en su reloj que son las 8.30 de la mañana. Tiene 30 minutos para llegar a la facultad porque tiene clases. Allí pueden aparecer *sentimientos* de falta de ganas y poco entusiasmo; a la vez la *inteligencia* juzga que es importante la clase para el examen que se acerca y la *voluntad* duda si quiere realmente ir o quedarse a dormir un poco más. Cada uno da su punto de vista, podemos decir. Ninguno de los tres debería *imponer* duramente su mandato. Sin embargo, en este caso, si la afectividad está educada podrá reconocer que es más *sabio* seguir a la inteligencia, porque tiene razón ya que guía a algo importante, que realmente se desea: avanzar en la carrera. La voluntad entonces podrá decidirse a movilizarnos hacia la universidad para recibir clases.

Todas nuestras infinitas decisiones diarias están *dialogadas* interiormente, aunque no siempre lo podamos advertir. Este diálogo constante muchas veces toca temas *importantes* en las ocasiones más sencillas: vamos pensando en si nos sentimos cómodos con nuestra vocación mientras viajamos en colectivo a la facultad. Vemos una publicidad de turismo donde aparece un pareja en un lugar paradisíaco y miramos casi instantáneamente al corazón; o le damos vueltas a si *vale la pena* nuestro esfuerzo apostólico, quizás después de un intento que no salió como pensábamos. De todos esos *diálogos* sacamos conclusiones, impresiones y se nos van fijando *visiones* especialmente impregnadas de una apreciación afectiva.

Siguiendo con nuestro ejemplo, diríamos que si la o el adolescente de la familia es inteligente -y nosotros queremos desarrollar *sentimientos inteligentes*- sabrá escuchar y ponderar lo que le muestran sus padres -la inteligencia y hacia lo que le empuja la voluntad-, con los cuales dialogará. Hay siempre un margen de *rebeldía* y de una cierta *imposibilidad* de transmitir a las otras potencias *exactamente* lo que cada una de ellas percibe. Pero, *en conjunto*, forman una unidad, con una gran capacidad para dirigirse apasionadamente hacia lo bueno o rechazar lo malo.

Parte de la *escuela* de los sentimientos es el diálogo interior

La educación de los sentimientos se realiza, en buena parte, en ese espacio interior y durante ese *diálogo*. Son *momentos decisivos* donde

somos *nosotros* quien en definitiva tomamos la decisión. Es sorprendente que ahí aparece lo que quiere realmente el corazón. Las decisiones en nuestro interior no se toman por mayoría, como en el sistema democrático. No es un cálculo de puntos de vista. Una vez que la inteligencia, la voluntad y los sentimientos han dictado sus *veredictos*, está la instancia del “yo” que decide, con todos esos datos.

Por ese motivo, somos los dueños de ese diálogo interior entre nuestras potencias. Somos *nosotros* quienes decidimos qué argumentos considerar y qué objetivos quiero seguir, aunque nuestra inteligencia, por ejemplo, no sepa bien cómo lo logrará. Esa es la gran revelación de nuestra libertad, que podemos ampliar y hacer fecunda si enriquecemos y moldeamos a nuestras potencias para que nos ayuden a decidir bien, a querer lo bueno, a apasionarse por lo que le conviene.

Lo que se decide y se cristaliza en ese diálogo interior es crucial, y mucho tiene que ver con las grandes decisiones de la vida, entre ellas la de la vocación. Es un *espacio sagrado* como lo es el lugar donde una familia se reúne para compartir, conversar y decidir. Allí se define lo importante, la visión de la vida se unifica y la libertad gana todo su impulso porque lo bueno se ve más claro, se busca con ilusión y con todas las capacidades *-en familia y no sólo individualmente-*. Esos diálogos y decisiones van *amueblando* el interior de vivencias e impresiones que nos ayudan a ver la realidad y apreciar el amor de Dios, de los demás y la fecundidad de la vocación.

Es necesario, por tanto, que...

- Intentemos *advertir esos diálogos interiores* sobre cosas importantes: poco a poco, darnos cuenta de que estamos dialogando o juzgando sobre *eso...*
- Ser conscientes de que la *opinión* de los sentimientos es una más: así podremos pensar y elegir sin ser *atropellados* por ellos
- Compartir ese diálogo interior con Jesús, en la oración y, si es necesario, también en la ayuda espiritual con la que contamos.

El resultado de un *diálogo interior* maduro no es concluir en una sentencia intelectualista, como sería la respuesta de un manual frío y

distante. Tampoco es un mandato voluntarista: *debo hacer* eso y listo... El diálogo interior maduro nos lleva a una *mayor sintonía afectiva* con lo bueno, lo que trasciende, a evaluar la situación con los datos de la fe - sin olvidar que la fe es *realismo*- la esperanza, y el amor de Dios presente en nosotros.

La madurez de los sentimientos consiste en *llegar a sintonizar con la realidad objetiva* que tiene delante y *reaccionar adecuadamente*. Así, también los afectos podrán conquistar su propia libertad y ser impulso lleno de vida para lo bueno que deseamos.

Educar el *deseo*

Es maravilloso ver un velero que avanza ágilmente en el mar impulsado por el viento: es una excelente imagen del hombre que vive a sus anchas, caminando feliz, hacia el puerto de su felicidad. Cada persona tiene ese mismo desafío: ser capaz de *recoger* las fuerzas de que dispone y orientarlas hacia su objetivo. Vivir en plenitud tiene mucho que ver con eso. «Es verdaderamente buena la vida del sujeto que no sólo sabe elegir rectamente, sino que también participa emotivamente en la buena conducta: se apasiona por el bien y por el mal moral; desea uno y rechaza el otro también apasionadamente; siente amor u odio, placer o tristeza, esperanza o temor, etc.»⁴¹.

El *deseo* es ese impulso que sentimos hacia lo que nos gusta y apetecemos. Surge de la dinámica sensible. El deseo es apetito, anhelo, ansia, apetencia, tener como objeto algo que vemos o imaginamos y que nos atrae. Es un mecanismo que se dispara de forma más o menos inmediata y que nos impulsa. Es una inclinación que impulsa a la acción⁴². El Papa Francisco explica que ese movimiento es como «la brújula para entender dónde me encuentro y dónde estoy yendo, es más, es la brújula para entender si estoy detenido o estoy caminando, una persona que jamás desea, es una persona estática, tal vez enferma, casi muerta»⁴³.

El Papa Benedicto XVI se refería a este aprendizaje diciendo que es necesario siempre «*aprender o re-aprender el gusto de las alegrías auténticas de la vida*. No todas las satisfacciones producen en nosotros el mismo efecto: algunas dejan un rastro positivo, son capaces de

pacificar el alma, nos hacen más activos y generosos. Otras, en cambio, tras la luz inicial, parecen decepcionar las expectativas que habían suscitado y entonces dejan a su paso amargura, insatisfacción o una sensación de vacío. Educar desde la tierna edad a saborear las alegrías verdaderas, en todos los ámbitos de la existencia —la familia, la amistad, la solidaridad con quien sufre, la renuncia al propio yo para servir al otro, el amor por el conocimiento, por el arte, por las bellezas de la naturaleza—, significa ejercitar el gusto interior y producir anticuerpos eficaces contra la banalización y el aplanamiento hoy difundidos. Igualmente los adultos necesitan redescubrir estas alegrías, desear realidades auténticas, purificándose de la mediocridad en la que pueden verse envueltos. Entonces será más fácil soltar o rechazar cuanto, aun aparentemente atractivo, se revela en cambio insípido, fuente de acostumbamiento y no de libertad. Y ello dejará que surja ese deseo de Dios del que estamos hablando»⁴⁴.

Querer y desear...

Cuando el *deseo* es algo libremente elegido, entonces estamos ante el *querer*. El *querer* es el paso consciente y voluntario que muchas veces se inicia en el *deseo*. Por ejemplo, a alguien celíaco tal vez se le despiertan *deseos* de comer un plato de pastas (las ve apetitosas, se siente atraído) pero *no quiere* comerlo porque sabe que no le conviene, le hará daño. *Deseo* y *querer* –o decisión- están en *dos niveles distintos* aunque son parte del mismo impulso hacia lo que queremos conseguir⁴⁵.

Es muy importante en nuestra vida ser dueños de nuestro *querer*. Sabemos que la voluntad debe elegir bien y ser tenaz para lograr los objetivos. Pero muchas veces olvidamos que también los *deseos* han de aprender a querer lo bueno. Nuestra dimensión más espontánea y sensible puede educarse –al menos en parte- para *saborear lo sensible e impulsarnos* a lo que nos viene bien.

Es más fácil desear que querer. Desear es más superficial e inmediato. Querer es más profundo y lejano. Para tener un querer fuerte y firme es necesario tener la capacidad de retrasar lo que nos recompensa. El pago del deseo es siempre más inmediato aunque fugaz. La retribución

del querer libre es siempre más lejano en el tiempo, aunque llega mucho más profundo.

Parte de nuestro caminar hacia la santidad consiste en *aprender a apasionarnos* con lo bueno. Esto se logra trabajando para construir una *armonía interior*.⁴⁶ Necesitamos «aprender a amar lo que es realmente bueno -afirma P. Wadell- y a odiar el verdadero mal, y hacer ambas cosas con pasión y entusiasmo. La gente virtuosa –es decir, que *ha desarrollado esa capacidad*- siente fervor para lo realmente bueno. Del mismo modo aborrece apasionadamente el mal y la falsedad. Su virtud no es insulsa, sino inspirada. Estas personas no hacen el bien por un sentido del deber ni por temor, sino porque realmente aman el bien, de la misma manera que evitan el mal porque lo desprecian. (...) Sólo podemos ser buenos cuando hacemos el bien por amor al bien mismo; no somos virtuosos si hacemos el bien por temor o interés, lo somos cuando lo hacemos porque hemos desarrollado una pasión de amor por él. Crecer en bondad requiere aprender a amar lo bueno y a odiar lo malo. (...) Llegar a ser una persona virtuosa depende de cultivar los afectos correctos»⁴⁷.

Esa armonía sólo es fruto de una paciente auto-educación personal, que nos acaba dotando de capacidades estables positivas (llamadas clásicamente *virtudes*) para actuar *sintonizando* inteligencia, voluntad y afectos para dirigirnos hacia lo que nos hace bien. No hay armonía en la personalidad sin virtudes, del mismo modo que no se puede tocar el violín en una orquesta si no se *tiene la capacidad* de ejecutar armónicamente ese instrumento. Daremos algunas pautas para educar los deseos y, hacia el final, lo aplicaremos a una posible situación en el celibato.

Querer... con *buen gusto*

Los *deseos* se educan como el *paladar* o el *oído*. En primer lugar hay que orientarlos para *abrirse* a una nueva realidad en la que *encontrarán motivos positivos* que los atraerán. Quien comienza a recibir lecciones de música clásica las aprovechará si tiene *expectativas positivas*. Si no hay cierta *ilusión* por lo que se va a descubrir los deseos no se encenderían. De algún modo hay que pasar por un proceso donde se

busca *algo mejor* que desear. El afán de *superación*, un sano inconformismo está también en la base de mejorar nuestros deseos.

Luego, hay que *dejarse contagiar por la buena experiencia de otros*. En el diálogo con personas que viven los valores y virtudes que buscamos, hay una sintonía afectiva que se despierta. Conocer la vida de los santos y, sobre todo, la experiencia de los ideales que Jesús nos muestra en la oración son ventanas a *deseos* más grandes.

El paso siguiente es *ponerse a trabajar*, dando por supuesto que *hace falta tiempo y constancia -paciencia-*, para gustar nuevas realidades. Educar los deseos requiere aprender a esperar hasta que el querer, movido por la libertad, decida correctamente. Esta espera supone fuerza y temple para resistir el ímpetu del momento.

Hace años se realizó un experimento en una Universidad de USA. Consistía en que los encuestadores preguntaban a un grupo de niños pequeños qué preferían: si recibir un dulce inmediatamente o esperar quince minutos y recibir dos. Años después, los investigadores encontraron una relación estrecha entre mejores logros -estudios, posición económica- en los chicos que supieron resistir a sus *deseos* inmediatos que en aquellos que pidieron el dulce inmediatamente. Como un niño, los deseos no logran mejorar sin una razonable *disciplina*. La ansiedad de lo instantáneo es una gran enemiga para educarlos.

La voluntad es la fuerza que mantiene la dirección y permite a los deseos que estén orientados y encendidos. Es una fuerza que necesita el *temple de la lucha*, indispensable para la madurez. Como en una ascensión de montaña, todo ha de ser ocasión para subir, aunque sea un poco, para avanzar a pesar de que el progreso sea lento o con dificultad. Esta misma *lucha en acción* educa no sólo la voluntad sino al *paladar* de los deseos. Nos pasa algo similar que a los apasionados montañeros: la experiencia del ascenso es bien pagada por la sensación de libertad y la belleza del paisaje que se va descubriendo, poco a poco, a base de no dejar de escalar.

Manos a la obra...

Apliquemos ahora lo tratado a algunas situaciones directamente relacionadas con el celibato. ¿Cómo compaginar el *deseo* que surge espontáneo del amor humano y de la intimidad con otra persona, y el *querer* ser fiel a Dios respondiendo a su llamada, guardando nuestro corazón y nuestro cuerpo sólo para Él? O también, ¿cómo armonizar los *deseos* sobre nuestra proyección profesional y la entrega completa que *queremos* vivir en la vocación? Evidentemente son ejemplos de órdenes distintos y, por otra parte, no existe una *receta automática*. Estamos hablando ni más ni menos que del *amor*, el gran secreto de la realización del hombre. Proponemos algunas pautas.

Una primera actitud que parece importante, como decíamos arriba, es no *instalarnos en nuestros deseos* –en cuanto gustos y preferencias– identificándolos como la *verdadera versión de mí mismo*. Es fácil pensar que lo más auténtico de nosotros es el deseo corporal o afectivo inmediato, dirigido a una persona concreta. Junto a eso puede venir el pensamiento de que, por eso mismo, la vocación al celibato no la queremos realmente desde el fondo del corazón. Esa falta de sintonía nos desconcierta o a veces nos hace pensar que el celibato no es para nosotros.

Esa falta de sintonía entre deseo y querer es experiencia de todos, no sólo del celibato. Amar –como ya explicamos– no es seguir el impulso de los deseos sino responder a la entrega de Jesús con amor y fidelidad. Esa misma actitud acabará también modelando los deseos, aunque no inmediatamente.

También es necesario *ponernos a trabajar* –con una actitud proactiva y abierta– en los *ideales buenos* que hay en el camino vocacional. No sólo *hacer*, cumplir, sino buscar *sintonizar*: descubrir el gusto por querer y hacer el bien a las personas, por supuesto, pero fundamentalmente el gusto de estar cerca del Corazón de Jesús de modo especial. Muchas veces las personas *esperan* la respuesta de sus *deseos* para volcarse a la vocación con totalidad. Y la lógica es inversa. Volcarse a lo bueno –siendo reflexivos para poder *disfrutarlo*– también *arrastra los gustos*, no los ahoga sino que los eleva. Para mostrarlo con un ejemplo, entre tantos otros: la vida generosa de la Madre Teresa da de por sí una sensación de plenitud, donde el *deseo* de un amor humano

queda superado por la *alegría* del servicio y del amor volcado en tantas personas⁴⁸.

Es natural, por otra parte, la necesidad de una *templanza* positiva que nos ayude a no dar rienda suelta a los deseos de la atracción corporal y afectiva. Sin embargo, nunca puede tratarse de una acción de *ahogo* o *sofocamiento*. Así no se lucha por amar: si apartamos algo que nos saca de nuestro camino es por un motivo superior, y por eso, en las *motivaciones* ha de estar muy presente el *amor*. En algunos momentos puede requerir una fuerza de voluntad que se imponga sobre el impulso, pero eso no es el corazón de la castidad, sino el amor. La ruptura interior se da con frecuencia en la persona que *siente deseos* afectivos o sexuales hacia otra persona y *los sofoca* desde el deber, el miedo o la ley.

Finalmente, como antes decíamos, dejarnos proteger por la *paciencia*. Los derrumbes vocacionales ocasionados por los *deseos* afectivos y sexuales generalmente han sido procesos donde las personas no supieron o pudieron *esperar* a que la tormenta pase. Porque siempre *pasa*, si se espera y se trabaja para reconstruir el amor.

La vocación es como una *paleta de un pintor*, que ofrece una multiplicidad de ilusiones, proyectos y horizontes: todos ellos están orientados también a *seducir nuestros deseos* proponiéndonos las *verdaderas alegrías*. Así nuestro querer y nuestro sentir permiten que la vocación sean lo que Dios pensó: una aventura superadora y apasionante.

[Volver al índice](#)

6. CELIBATO: PILOTOS DEL PROPIO VIAJE

En el corazón humano está el poderoso motor para ir hacia la felicidad. Es importante decirlo porque vivimos en un mundo fuertemente desilusionado, desencantado, con el corazón del hombre. Muchas personas, casi sin darse cuenta, sufren una tensión entre el deseo de felicidad y la sospecha o la experiencia demasiado negativa con el propio corazón. Parecería que llevamos dentro el enemigo que siempre amenaza con frustrar lo más importante.

Y es muy esperanzador darnos cuenta de que no es así. Hemos sido creados por Dios, venimos del Amor mismo, y hemos sido creados *para amar*. Esto no sólo significa que amar es la tarea más importante en la vida, sino que estamos *diseñados*, hemos *sido pensados* para amar.

El corazón humano es fuente de esperanza para vivir el camino vocacional en plenitud. Es verdad que requiere ser sanado, ayudado y muchas veces reorientado por Dios, junto a nuestro esfuerzo y la lucha. Pero eso no quiere decir que la vocación sea un deseo imposible, que vivir por amor sea una *pasión inútil*, como Sartre decía del hombre mismo.

Conocer cómo somos, cómo nos comportamos, cómo hemos sido diseñados -¡a imagen del mismo Amor!- nos ayuda a vivir el camino vocacional con confianza y, a la vez, con una lucha inteligente y positiva, ya que es nuestra parte para hacer realidad ese proyecto de Dios y nuestro.

Un piloto que conoce el barco como a sí mismo

Para llegar a puerto es necesario, entre otras cosas, contar con un buen capitán con experiencia y conocimiento de la ruta. A la vez, es fundamental que también conozca el mismo barco y, mucho mejor, si conoce la nave *como a sí mismo*⁴⁹.

La madurez afectiva requiere buscar el *conocimiento propio*, que trae como una de sus consecuencias poder vivir en un sano realismo que nos hace más *dueños de nosotros mismos*. Podemos así *auto-conducirnos* con más libertad: saber lo que podemos y lo que no, lo que logramos

con facilidad y lo que nos resulta más arduo, cómo se integra nuestro mundo espiritual, afectivo y corporal, etc.

El conocimiento propio nos aleja tanto de las utopías como de las frustraciones que, en bastantes ocasiones, nacen de no saber cómo *navegar*, de proponernos objetivos que no son para nosotros o no buscar las metas que verdaderamente nos enriquecen. Es fácil que el *mapa* de la vida se nos complique con señales falsas o secundarias - juicios y conclusiones parciales, impresiones, opiniones de otros, etc.-.

Una navegación que dura toda la vida

El conocimiento propio es tarea de toda la vida. Aunque la edad de la juventud tenga una importancia principal para que este aspecto se consolide, toda la existencia personal siempre tiene una parte de auto-descubrimiento. Cada persona es un misterio -también para sí mismo-, no sólo porque no siempre actuemos de modo coherente, sino porque podemos descubrir siempre fuerzas nuevas, horizontes nuevos, circunstancias nuevas en las que se pone en juego nuestro proyecto como personas.

Conocerse a sí mismo requiere, entre otras cosas, un deseo de adquirir una cierta *sabiduría* sobre el hombre y el mundo. No se trata de estudiar tratados abstractos de filosofía o de psicología, sino de saber detenernos para escuchar las buenas inquietudes que nacen en nosotros y tener el deseo de buscar sus respuestas.

Las respuestas se van perfilando en nuestro interior, en el aprendizaje de las personas que tenemos cerca, en la experiencia de la vida y, de un modo muy revelador, en el conocimiento y la experiencia del encuentro con Jesús⁵⁰. El conocimiento de sí requiere dar prioridad a enriquecerse interiormente y no vivir volcados hacia fuera, de modo superficial, consumista o sólo pendientes de lo sensible. Invita a saber aprovechar los canales para auto-formarnos: pensar, descubrir, profundizar y poder elaborar las propias respuestas a las inquietudes de fondo.

La importancia de la propia *selfie*

Del buen conocimiento propio nace una adecuada *imagen de sí mismo*: es importante que la *selfie* interior que tenemos sobre nosotros mismos sea realista y positiva.

El autoconocimiento más auténtico lo proporcionan dos elementos: lo que pensamos y sentimos nosotros mismos sobre nuestro modo de ser, y lo que perciben los demás⁵¹. Los sentimientos son también como un *acceso directo* a la propia identidad. La opinión que tenemos de nosotros mismos no es algo banal, secundario. Por el contrario, es el aspecto del conocimiento propio que más influye en la vida diaria: la *autoestima* no es un *sentimiento más*. Es una parte importante del conocimiento propio.

Conocerse adecuadamente significa también auto-apreciarse adecuadamente. La *interpretación afectiva* sobre nosotros mismos es vital, acompaña todos nuestros actos y juicios, y es un motor potente – para impulsar o también frenar- hacia el ideal que deseamos. Un maduro *conocimiento propio* requiere ser consciente de las propias capacidades y habilidades, sin magnificarlas, y también de las propias limitaciones, sin tampoco exagerarlas⁵².

El conocimiento propio se alimenta también de lo que los demás piensan y conocen de nosotros. Es importante una sana relación con las valoraciones ajenas. No es adecuada una excesiva dependencia de la opinión de los demás como tampoco una ausencia total de lo que nos rodean pueden hacernos conocer de nosotros mismos. Para eso, es bueno preguntarnos *qué autoridad* tienen las personas de las que esperamos o recibimos valoraciones. No se trata de la autoridad formal de esas personas, sino de la madurez, sintonía de valores y ponderación del juicio con la que puedan enriquecer nuestra auto-experiencia. La madurez es también *elegir buenos referentes*, sabiendo que sus puntos de vista serán inspiradores para nuestras elecciones personales.

La madurez nos lleva a que ese conocimiento sobre nosotros mismos sea realista, serenamente aceptado y asumido como parte de nuestro proyecto vital. De algún modo, *quererse rectamente* a sí mismo supone *elegirse* y valorarse como cada uno es, y asumir esa realidad como la base del propio proyecto. Si la apreciación sobre nosotros mismos está

distorsionada, es fácil que sea frágil la relación con los demás, ya que puede llevar a un continuo desencanto, enojos, irritación. Con frecuencia no nos satisface la aprobación de los demás porque, en definitiva, carecemos sobre todo de la propia *aprobación*.

Una golondrina no hace verano

Para vivir con plenitud la vocación célibe es especialmente importante que la *apreciación afectiva* que se tiene sobre uno mismo sea *realista, serena y equilibrada*. Esa madurez permite también *leer e interpretar* serenamente nuestros estados de ánimo, poder distinguir en qué medida representan la realidad y así situarlos en su contexto. Cuando falta conocimiento propio con facilidad se puede confundir un sentimiento con una conclusión (o juicio). Por ejemplo, pasar por una etapa de *insatisfacción consigo mismo* no implica concluir que *la vocación no nos hace felices*. Es evidente que hay una gran diferencia, aunque en la realidad de la vivencia personal no sea tan fácil distinguir y, sobre todo, saber cómo actuar. A partir de ese conocimiento propio, podemos tener más claro que, como dice el refrán, *una golondrina no hace verano*: un momento, una experiencia, no define lo que somos o hemos dejado de ser.

La *luz que recibimos de Dios* especialmente en la oración es una ayuda muy valiosa para el conocimiento propio positivo y equilibrado. En Dios hemos de buscar las *opiniones* o los *juicios* importantes sobre nosotros. Si vienen de Él, esos juicios serán tan realistas como misericordiosos, tan consoladores como exigentes. El examen de conciencia personal también ayuda a conocernos y saber qué *enemigos interiores* hemos de combatir. El *acompañamiento espiritual* buscado y seguido libremente es otra fuente de madurez. Y todo ello contribuye a la formación de la *conciencia*, logrando así un juicio propio realista y maduro sobre nuestros actos y capacidades.

La raíz más profunda de mi yo

Conocerse como un buen capitán conoce su barco implica, sobre todo, conocer cuál es la realidad más profunda que nos sostiene y nos afirma: el Amor de Dios.

Refiriéndose a la alegría que surge de esa realidad, decía el Papa Benedicto XVI: «¿De dónde viene (la alegría)? ¿Cómo se explica? Seguramente hay muchos factores que intervienen a la vez. Pero, según mi parecer, lo decisivo es la certeza que proviene de la fe: yo soy amado. Tengo un cometido en la historia. Soy aceptado, soy querido. Josef Pieper, en su libro sobre el amor, ha mostrado que el hombre puede aceptarse a sí mismo sólo si es aceptado por algún otro. Tiene necesidad de que haya otro que le diga, y no sólo de palabra: “Es bueno que tú existas”.

Sólo a partir de un “tú”, el “yo” puede encontrarse a sí mismo. Sólo si es aceptado, el “yo” puede aceptarse a sí mismo. Quien no es amado ni siquiera puede amarse a sí mismo. Este ser acogido proviene sobre todo de otra persona. Pero toda acogida humana es frágil. A fin de cuentas, tenemos necesidad de una acogida incondicionada. Sólo si Dios me acoge, y estoy seguro de ello, sabré definitivamente: “Es bueno que yo exista”. Es bueno ser una persona humana.

Allí donde falta la percepción del hombre de ser acogido por parte de Dios, de ser amado por él, la pregunta sobre si es verdaderamente bueno existir como persona humana, ya no encuentra respuesta alguna. La duda acerca de la existencia humana se hace cada vez más insuperable.

Cuando llega a ser dominante la duda sobre Dios, surge inevitablemente la duda sobre el mismo ser humanos. Hoy vemos cómo esta duda se difunde. Lo vemos en la falta de alegría, en la tristeza interior que se puede leer en tantos rostros humanos. Sólo la fe me da la certeza: “Es bueno que yo exista”. Es bueno existir como persona humana, incluso en tiempos difíciles. La fe alegra desde dentro»⁵³.

No sorprendernos: ¡somos sorprendentes!

No hay que desanimarse: ¡somos verdaderamente sorprendentes! Nos desconcertamos a nosotros mismos. Madurar nos pide mantener la calma mientras nos vamos conociendo, aceptando y encontrando el modo de dar lo mejor a partir de lo que somos.

Es normal que en la vida de cada persona los sentimientos se muevan, como una nave se mueve sobre el agua, casi constantemente. El movimiento natural de los afectos es parte de lo que somos. Somos sorprendentes: ¡y los primeros sorprendidos somos nosotros mismos! Queremos amar, pero elegimos egoístamente; vemos claro una meta, pero no nos movemos para lograrla; nos embarcamos en un proyecto ambicioso y, sin saber muy bien por qué, nos desanimamos; prometemos apasionadamente un amor eterno y después de algunas dificultades parece apagarse ese fuego y quedar en nada.

Nuestras capacidades fundamentales –inteligencia, voluntad y afectividad- están desintegradas. Cada una *tiende* hacia objetivos que no siempre coinciden y, a veces, son opuestos. Nuestros deseos y apetitos no siempre nos impulsan a lo que nos viene bien, a lo que vemos como bueno. Y otras veces lo bueno no nos deslumbra ni nos atrae, aunque sabemos que lo *queremos*.

Somos un lío por dentro... Estamos un poco *desintegrados* por el pecado original. Eso significa que lo que *entendemos* que nos hace bien no siempre lo *sentimos* como atractivo; y muchas veces *deseamos* lo que nos perjudica, o no sabemos *gustar y disfrutar* lo que tenemos de más grandioso en nuestra vida. En fin: ordenar, integrar ese lío, es parte de una tarea: una tarea nuestra y de Dios. Una *tarea* que ya es, en sí misma, *dejarnos amar y amar*. Una tarea que es también parte de la Redención que Jesús viene a traernos.

No sorprendernos de que somos sorprendentes. No desanimarnos cuando cabeza y corazón tiran para lugares diferentes. Somos libres –¡gracias a Dios!- y eso significa que podemos ser los protagonistas de nuestro propio proyecto. Madurar es aprender a vivir inmersos en el misterio que es cada uno. Y madurar también es confiar en que nos abraza el misterio de que Dios nos ama personalmente, con un Amor imposible de abarcar. ¡Somos sorprendentes! Pero la sorpresa no puede dar lugar al desencanto por lo que somos, porque el Amor de Dios puede todo, todo lo abarca y todo lo transforma.

Conquistar la transparencia

El corazón es el centro de nuestras decisiones, juicios y deseos. Es el núcleo más propio del *yo*: lo mejor y lo peor de nosotros nace allí y allí se consolida. El corazón es el principal artista de nuestro proyecto y también donde fabricamos los más complejos complots contra nuestra felicidad. Por eso, la transparencia de lo que *sucede* verdaderamente en el corazón es una parte importante del conocimiento propio y condición para crecer en libertad. Necesitamos examinar las propias vivencias, conclusiones y elecciones, sin confiar ciegamente en que son buenas solamente porque surgen de nuestro interior.

Hay un suceso bíblico en la vida del Rey David, que deja muy al descubierto que la *transparencia* es una tarea y, a la vez, una condición para la libertad. Narra el Segundo libro de Samuel⁵⁴ que, habiendo enviado su ejército a la guerra, David se quedó en Jerusalén. Una tarde, paseando por la terraza de su palacio a primera hora de la tarde, vio una hermosa mujer bañándose. Se hizo informar sobre quién era: se trataba de la mujer de Urías, uno de sus más fieles oficiales, que estaba en la guerra. La hizo traer y tuvo relaciones con ella, dejándola embarazada. Queriendo tapar su adulterio, David hizo llamar a Urías a Jerusalén e intentó de que pasase unos días con su propia esposa; pero él –fiel a lo mandado para los soldados en guerra- no quiso intimar con ella en esa visita.

Viendo David que no lograba su cometido, volvió a enviarlo al frente de batalla ordenando que lo pusieran en el punto donde la pelea era más intensa y lo dejaran solo. Así fue y Urías murió. David, entonces, se quedó con Betsabé y su hijo. Pero Dios le envió a Natán, un profeta, para que lo hiciera caer en la cuenta de sus pecados. Natán le relata una breve historia: le cuenta que un rico, para dar de comer a unas visitas, robó y mató la única oveja que su pobre vecino alimentaba y cuidaba con mucho cariño. Entonces David montó en cólera, jurando venganza contra el que haya hecho tal acción. Ahí es cuando el profeta le dice: “¡Ese hombre eres tú!”. Y le explica que es una figura de lo que ha hecho con Urías y su mujer. David lo reconoce, hace penitencia y se arrepiente. Así Dios lo perdonó.

Es una historia paradójica: el Rey David, un hombre de Dios puesto para guiar a su pueblo, cae tan profundamente en el engaño de su

propio corazón. No es un momento puntual de pasión. El hecho muestra todo un *proceso* en el que David va engañándose y parece sólo *gestionar* esos grandes pecados. Su corazón perdió la transparencia para reconocer lo que estaba haciendo.

La serena madurez que da la verdad

La transparencia del corazón es uno de los ingredientes de la madurez. Transparencia ante Dios, ante los demás y ante uno mismo, que suele ser lo más difícil. Esa *sinceridad* es valentía para reconocer la realidad. Esa capacidad también permite ir sintonizando poco a poco el mundo afectivo. Cada hombre necesita conquistar permanentemente esa transparencia de sus deseos, sus intenciones y sus elecciones y confrontarlas con lo que ha elegido como verdaderamente valioso para su vida. Esa capacidad muchas veces requiere que nos ayuden a ver, percibir, razonar, porque el juicio propio no sabe conservar la objetividad sobre todo cuando lo asaltan pasiones, sentimientos o simplemente caemos en la curiosa capacidad de auto-engañarnos.

La falta de transparencia acarrea frecuentemente dificultades. Los problemas se agrandan con facilidad cuando no se comparten. La emotividad pierde equilibrio; la conciencia se desorienta especialmente en aquello que los sentimientos presentan con más ímpetu; fácilmente nos planteamos recorridos y soluciones complejas; nos bloqueamos o desbordamos en actividades cuyo objetivo quizás no nos llevan a lo que realmente deseamos, y así podríamos seguir con un largo etcétera. Si no buscamos la transparencia hablando de nuestro interior con alguien que pueda ayudarnos, fácilmente se entorpece nuestro caminar y, en ocasiones, quizás también la vocación.

El corazón necesita siempre renovar su sinceridad y su transparencia. Y diríamos que es una necesidad especial para vivir con amplitud toda vocación. Ante todo, consigo mismo: algo que parece una obviedad, pero es francamente arduo. Luego con Dios, del que solemos escondernos cuando tomamos decisiones que nos alejan de Él, como pasó en el paraíso con Adán y Eva después del pecado original. Y para ese proceso de constante conquista de la transparencia es muy recomendable la ayuda del acompañamiento espiritual. Ser sinceros

con quien ayuda a nuestra alma a luchar es una necesidad que facilita y allana notablemente nuestra lucha.

Los afectos maduros son los que *sintonizan armónicamente* con la realidad, los que nos ayudan a *ser sinceros*. Los afectos –como la persona en su totalidad– son libres cuando captan y conectan con la realidad. Esa es la piedra de toque de su madurez: reconocer la verdad y sintonizar con ella. La madurez afectiva requiere buscar esa verdad constantemente: llegar a captarla, admitirla y asumirla es tan fundamental como para el navegante saber dónde está el norte y cuál es su posición en el mar.

[Volver al índice](#)

7. SENTIDO DE LA SEXUALIDAD EN EL CELIBATO

La sexualidad es un regalo del Creador para cada persona. Es una dimensión fundamental y enriquecedora, destinada a integrar lo corporal con lo espiritual, haciendo posible que la persona en su unidad se realice en su vocación al amor. Ser sexuado es una capacidad humana orientada a la vocación de transformarse en un don. Y ello, aunque de modo diverso, tanto en el matrimonio como en el celibato. La sexualidad de la persona célibe tiene un sentido noble y un llamado a la plenitud, ya que pleno está llamado a ser quien se entrega por amor.

La plenitud de la sexualidad

La sexualidad tiene su plenitud cuando la persona ama y es amada. La sexualidad no se dirige a ser satisfecha en sus impulsos, sino más bien a ser una forma de expresar amor de la persona. Por eso la sexualidad comparte esa vocación al amor que tiene cada persona, porque es ni más ni menos que un *modo de vivir y de querer* de la persona. Ser sexuado es un modo de ser-para-donarse, que no sólo identifica el cuerpo, sino los afectos, el espíritu y, de alguna forma, nuestro modo de estar en el mundo.

Explica San Juan Pablo II que el cuerpo tiene una *estructura donal*, es decir, está creado para la donación. Eso mismo puede decirse de la persona en su totalidad: tenemos *una naturaleza donal*. Es lo que le da sentido a cada aspecto de la persona, también la sexualidad. La

existencia humana se vive *sexuada*. Esa dimensión «afecta a todos los aspectos de la persona humana, en la unidad de su cuerpo y su alma. Conciérne particularmente a la afectividad, la capacidad de amar y de procrear y, de manera más general, a la aptitud para establecer vínculos de comunión con otro»⁵⁵.

Por eso, ante la pregunta ¿es la sexualidad sólo una fuerza que el célibe debe reprimir? ¿Por qué Dios nos da un impulso al que luego nos pide renunciar? A esas dudas respondemos que todo se explica por la comunicación de la intimidad que se da una relación de exclusividad entre personas. En cada vocación hay una invitación a la entrega de lo íntimo, como expresión más profunda de lo que cada persona es.

La dimensión sexuada está llamada a ser un cauce para compartir intimidad, como expresión de una donación por amor. El celibato es una relación de amor con Dios que tiene exclusividad: eso es lo que define esa vocación. Lo más propio del celibato no es la *ausencia* del uso de la sexualidad, sino la relación exclusiva entre Dios y la persona. Y esa es la modalidad que la sexualidad está llamada a acompañar, de modo distinto en el matrimonio que en el celibato. En efecto, el matrimonio es un modo de donación donde lo íntimo se dona también sexualmente, y el celibato es un camino donde la donación de lo íntimo supera y engloba lo sexual.

Grandes expectativas de la sexualidad

Es claro que la expresión de donación por medio de la sexualidad es distinta en el casado y en el célibe. Sin embargo -y ya que estamos enfocados en el celibato- ello no significa que la sexualidad del célibe es sólo negación y, menos aún, represión. La sexualidad del célibe tiene sentido en su donación al Señor y, su modo de vivirla, también se relaciona con la especial libertad que tiene para donarse a una multitud de personas.

El contexto cultural muchas veces nos lleva a esperar de la sexualidad sólo *poder saciarla*. Dicho de otro modo, la expectativa que se tiene de la propia intimidad corporal es que sea calmada o satisfecha, dándole el placer corporal que espontáneamente reclama.

No advertimos fácilmente que esta perspectiva empobrece a la misma sexualidad.

De la sexualidad hay que esperar mucho más, ayudarla a aspirar a mucho más: hemos de tener grandes expectativas. Es muy pobre esperar de la sexualidad sólo una satisfacción a un impulso, o proponerse que aporte un poco de placer a la experiencia cotidiana. De la sexualidad hemos de tener horizontes más altos: aspirar a que sea parte del movimiento de toda la persona a amar, dándose.

En el célibe la sexualidad *también* está para ser canal de *donación personal*. No significa esta donación sólo *sacrificio* o renuncia, sino que es también despliegue de lo personal, de lo afectivo y de la realización de la fecundidad (maternidad o paternidad espiritual).

El célibe no ejerce biológicamente la capacidad de procreación, en la que la sexualidad tiene una misión específica. Sin embargo, eso no implica que su sexualidad quede *inutilizada* o sin un sentido pleno. Como *persona sexuada*, todo lo que una persona vive -sus afectos, su modo de estar en el mundo, en su trabajo, en sus relaciones, hasta su mundo interior- se vive como *varón* o como *mujer*, y así es como se dona exclusivamente a Jesús. La realización de la persona en su totalidad lleva a la plenitud de sus capacidades. Si una persona se siente realizada amando y siendo amada, no hace falta que ejercite todas sus facultades biológicas para sentirse pleno⁵⁶.

No pedirle peras al olmo

La cultura en la que vivimos nos lleva casi inconscientemente a una confusión que puede ser peligrosa: *esperamos del sexo lo que sólo el amor nos puede dar*. Vivimos en una implícita expectativa de que la vida humana es plena sólo si experimenta el éxtasis sensible de la sexualidad. Esta perspectiva tiene una parte de espontánea -la naturaleza humana es sexuada- y otra parte -hoy desorbitada- de influjo cultural.

No nos manejamos, por eso, sólo en el mundo de las ideas. La imaginación se alimenta, en buena parte, de lo que el modelo del ambiente estimula y exalta. Así, debemos centrar primero las *expectativas* sobre qué esperamos de nuestra sexualidad y purificarla

de *fantasías* que, en definitiva, tampoco nos hacen felices. Como dice el refrán, *no hay que pedir peras al olmo*. La erotización de las relaciones parece crecer día a día. Los medios, la publicidad, el cine, la televisión, las redes sociales parecen ser a veces un llamado a sacar todo el placer posible del sexo, sin más límites que el de la propia libertad. Es bueno tener un sentido crítico ante la *inflación de lo sexual* que afecta nuestra cultura y a cada uno personalmente.

Impulso y deseos: ¿plenitud o frustración?

La sexualidad humana está comprendida por diversas dimensiones que forman como una estructura piramidal y están llamadas a integrarse⁵⁷. Esas dimensiones son:

- *Biológica y corporal*: el aparato reproductor, con su propia dinámica instintiva.
- *Psicológica y afectiva*: hay modo propio de *sentir* que caracteriza y enriquece al varón o a la mujer, en particular, para relacionarse con los demás y con el mundo. Junto a una elasticidad cultural hay también una herencia emocional que es parte de lo sexuado.
- *Espiritual*: es evidente que no hay un *alma* de varón y otra de mujer, pero podemos decir que la masculinidad y feminidad, de algún modo, *enriquecen el mundo espiritual* y, a su vez, son enriquecidos por el espíritu humano.

Cada una de estas dimensiones -desde la más alta hasta la inferior- puede *elegir y enriquecer* a la anterior. Y al elevarlo, de alguna manera lo hace pleno, permite su satisfacción. Lo orgánico es enriquecido por el afectivo, y éste, a su vez, es elevado por el espiritual. Esta *pirámide* no es teórica, se observa en la experiencia personal: por ejemplo, quien se siente sanamente querido, no experimenta especial necesidad de compensaciones sexuales fuera de su camino; o quien se siente espiritualmente alegre y pleno, percibe que también su necesidad afectiva está satisfecha. No se anulan los impulsos corporales, pero de algún modo, *el alma* -y la gracia de Dios- *tiran para arriba* del cuerpo. Podemos comprender entonces que *desplegar la sexualidad* no significa necesariamente usar el sexo biológico⁵⁸. La sexualidad supone un *modo*

de sentir, de relacionarse, de ver el mundo, vivir la amistad que, en buena parte, se plenifica cuando lo relacional está bien encauzado.

¿Cómo hacer entonces para que, al no satisfacer impulsos y deseos sexuales, el celibato no produzca frustración? Para ello es necesario buscar una madurez afectiva que, en buena parte supone sensatez en las expectativas –la satisfacción corporal tampoco es la clave del amor matrimonial-; un dominio de sí que dé libertad –templanza, fortaleza, una emotividad *trabajada...*-; una castidad positiva y motivada en el amor a Dios; un proyecto de vida generoso, dirigido a servir a los demás y, sobre todo, una relación personal con Jesús, afectuosa y personal. Con estas *cuerdas del alma* afinadas, la sexualidad en el celibato es una fuerza que ayuda al amor⁵⁹.

Integración, equilibrio y libertad

Como venimos diciendo, la fuerza sexual es una energía *reconducible* al amor a Dios, ya que es parte de la dinámica personal destinada a la donación⁶⁰. No se trata de un mero mecanismo que pide una satisfacción, sino una *fuerza humana* que tiene un destino alto y noble, que lo alcanza cuando se la integra en el amor personal.

Esta dimensión es una fuerza que necesita ser integrada. «La *castidad* significa la integración lograda de la sexualidad en la persona, y por ello en la unidad interior del hombre en su ser corporal y espiritual. La sexualidad, en la que se expresa la pertenencia del hombre al mundo corporal y biológico, se hace personal y verdaderamente humana cuando está integrada en la relación de persona a persona, en el don mutuo entero y temporalmente ilimitado del hombre y de la mujer. La virtud de la castidad, por tanto, entraña la integridad de la persona y la integralidad del don»⁶¹.

Por eso, la sexualidad se hace verdaderamente humana y personal cuando se disciplina y orienta a *la relación personal*. Esa *capacidad* de integración de los impulsos que llamamos *castidad* es necesaria para todos, cualquiera sea el estado de vida y vocación. Sin embargo, es especialmente necesaria en el celibato apostólico⁶². Esta vocación requiere un equilibrio particular de los afectos y las pasiones, que den a

la persona el *dominio de sí* haciendo vivir la entrega como expansión de la libertad y no principalmente desde la negación⁶³.

Hiperinflación sexual

Años atrás, aparecían noticias sobre algunos países asiáticos que mostraban cómo la competitividad imperante en la cultura había llevado al suicidio a varios estudiantes que no habían logrado ingresar en la universidad. La sociedad les había transmitido implícitamente un mensaje: sin un título universitario no tiene sentido vivir. Claramente, una dura distorsión de la realidad.

Algo parecido sucede actualmente en nuestra sociedad erotizada. Más allá del uso inhumano del sexo para el placer, a veces se percibe como una voz sorda que, de modo subliminal, parece decir: *sin alguien con quien compartir la intimidad sexual, serás alguien frustrado...* En ocasiones esas opciones vocacionales pueden percibirse como una meta *casi imposible* porque la sexualidad está impregnada de *expectativas* falsas, de mentiras sobre lo que el sexo puede dar si nos entregamos a su disfrute y su relación con la felicidad.

Basta un poco de experiencia y el testimonio de matrimonios fieles y alegres para poner los pies sobre la tierra. La intimidad sexual de las personas casadas es muy importante, pero en un sentido muy distinto al que la *inflación sexual* sugiere. El aspecto físico del sexo no tiene, de por sí, el poder de satisfacer los deseos más profundos del espíritu. En el matrimonio, la intimidad sexual es la oportunidad de entregarse exclusivamente como un sublime acto de caridad en el que la corporalidad comparte la entrega del espíritu. En el matrimonio, lo sexual no está en *primer lugar* ni tampoco es el motor principal de la unión conyugal. Esa intimidad es más bien *consecuencia* del amor generoso que los une. Lo que hace plenos y felices a los esposos no es la intimidad sexual en cuanto tal, sino la generosidad con la que se aman cada día más.

El secreto de la felicidad, por tanto, es el amor fecundo cualquiera sea la vocación por la cual se realiza, y no el placer o la *experiencia* de lo sexual. Parece una afirmación demasiado obvia, pero a la hora de las

elecciones vitales se demuestra que no es algo para dar por descontado tan fácilmente. En momentos de discernimiento vocacional, o en circunstancias especiales donde se prueba la fidelidad, la influencia *implícita* de este *mercado negro de expectativas* de la sexualidad puede ser fuerte. Debemos volver a recordar la promesa de Jesús: *recibirán el ciento por uno* en sus corazones, en sus deseos de dar y recibir afecto, dentro de los cuales el rico mundo de la sexualidad también recibe la alegría de la Redención.

Complementariedad, afecto y *corazón* en el celibato

En el celibato, ¿cómo vivir la relación con las personas cercanas – mujeres o varones, según sea el caso- sin comprometer aspectos del corazón que son de Dios y, a la vez, ser personas *afectuosas y amables*?

La cercanía y el afecto con personas del otro sexo surgen con una adecuada espontaneidad cuando la propia intimidad está *trabajada*, cuidada, llena... El corazón siempre pide, de algún modo, ser elegido y elegir; ser querido y querer. En el celibato esa necesidad-deseo se encauza primero en el trato con Jesús. Desde la solidez del amor al Señor, los demás afectos no son riesgosos ni debemos verlo como algo *prohibido*. Lo fundamental es, por tanto, tener puesto el corazón en Jesús. Eso nos lleva a una libertad afectiva, que evita una actitud de la que habla San Josemaría: «Me das la impresión de que llevas el corazón en la mano, como ofreciendo una mercancía: ¿quién lo quiere? –Si no apetece a ninguna criatura, vendrás a entregarlo a Dios. ¿Crees que han hecho así los santos?»⁶⁴.

Una persona célibe ha de valorar y apreciar las cualidades y bondades de las personas del otro sexo. Cabe en ellos una cierta amistad sincera que excluye lo que lleva a la intimidad exclusiva –no sólo corporal sino afectiva-. Por eso el celibato vivido desde el corazón prescinde de cualquier trato encaminado a amores humanos más cercanos, y no sólo a los actos específicos de la sexualidad sino todo lo que pueda favorecerlos o, de alguna forma, a prepararlos: la intimidad afectiva, los gestos de atracción, manifestaciones que, en definitiva, muestran preferencia, inclinación, invitación a la cercanía. Un tipo de

amistad o de relación que no sea adecuada en una persona casada, tampoco es propia de un célibe.

Esa libertad permite a la persona célibe vivir con el corazón pleno, y no con una constante tensión o *miedo* a enamorarse o a desbordarse sexualmente. Es evidente que en este camino no está –como sucede en el matrimonio- la inmediatez sensible del cónyuge. El don del celibato –apoyado en una adecuada madurez afectiva- hace posible vivir enamorados de Dios, sin experimentar un vacío afectivo o una tensión frustrante. Se puede decir que una persona célibe puede tener una *presencia afectiva* de Dios tanto o más fuerte que las casadas respecto a su cónyuge. El Señor lo hace posible porque el celibato es un don que impulsa a toda la persona, elevando la afectividad y la sensibilidad.

Decía San Josemaría: «A mí no me asusta el amor humano, el amor santo de mis padres, del que se valió el Señor para darme la vida. Ese amor lo bendigo yo con las dos manos. (...) Por eso me gustan todas las canciones del amor limpio de los hombres, que son para mí coplas de amor humano a lo divino. Y, a la vez, digo siempre que, quienes siguen el camino vocacional del celibato apostólico, no son solterones que no comprenden o no aprecian el amor; al contrario, sus vidas se explican por la realidad de ese Amor divino –me gusta escribirlo con mayúscula– que es la esencia misma de toda vocación cristiana»⁶⁵.

Con el celibato no se pierde nada de lo humano. Las notas esenciales de lo femenino y lo masculino brillan de un modo nuevo y se ordenan a la donación, y se integran en el *dar y recibir* afecto. *Ser solamente para Dios* da la posibilidad de ofrecer un amor generoso y humano a los demás, con una dimensión más *universal*. Así se quiere mucho a *todos* sin buscar la *exclusividad* de ninguno, porque tiene en exclusiva al Señor.

[Volver al índice](#)

8. EL CORAZÓN DE JESÚS, SENTIDO Y VIDA DEL CELIBATO

El modelo más nítido de un corazón pleno y profundamente humano es el Corazón de Jesús. Ese Corazón es el centro de Dios Encarnado donde lo humano y lo divino se unen sin diluirse. Él es *perfecto hombre*⁶⁶ y, por tanto, enteramente humano y pleno. En Jesús, el celibato por el Reino de los Cielos encuentra el fundamento más sólido y el modelo más inspirador. Él es el más claro testimonio de que la plenitud del corazón no depende de un determinado estado de vida, sino de la unión a Dios por amor en cuerpo y alma. Jesús es el *para Quién*, el *con Quién* y el *hacia Quién* de todo camino vocacional y, por eso el amor exclusivo hacia Él constituye el sentido central en el celibato.

La plenitud afectiva de Jesús

Revoluciones ha habido muchas en las historias de la humanidad, y las seguirá habiendo. Pero podemos pensar que la única verdadera *revolución* de la historia humana es la Encarnación. Dios se hace hombre para que el hombre pueda *entrar* en Dios. Su ingreso al mundo y a la historia ha cambiado radicalmente la realidad humana. Y no lo hizo de cualquier manera, ni como un Todopoderoso lejano, ni como el Ser Omnipotente y autoritario... Dios se *hizo hombre*: esa es la verdadera transformación de la historia. A partir de la Encarnación «el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado»⁶⁷.

Si lográsemos que la fe en la Encarnación ilumine realmente nuestra realidad personal, cambiaríamos muchas cosas de nuestra vida, tendríamos otras expectativas y, sobre todo, un paradigma de nuestro ideal como persona mucho más libre y ambicioso a la vez. Gracias a esa *gran revolución* todo lo humano puede participar de la vida divina, sin excluirse y en plena comunicación. Lo humano puede ser divino, sin dejar de ser lo que es.

Es elocuente que, en la liturgia de la Iglesia, no haya una fiesta dedicada a la Inteligencia de Jesús ni tampoco a su Omnipotente Voluntad: en cambio, sí celebremos la solemnidad del Sagrado Corazón

de Jesús. «El amor de la Humanidad Santísima de Cristo es el más fiel reflejo del Amor divino, pero sigue siendo un amor humano que conlleva sentimientos como los nuestros».⁶⁸ Jesús encarnó el modo más pleno de vivir la afectividad que es válido para *todo* hombre. También en Él se expresó, sin rarezas ni actitudes *angelicales*, el modo de vivir que da sentido a la corporalidad y hasta la misma sexualidad. La persona célibe puede descubrir en la afectividad y la sexualidad plenamente humanas de Jesús, el modo real y tangible de desplegar y realizar esas mismas capacidades en sí mismo.

Con una donación exclusiva, Jesucristo, siendo Él todo uno para su Padre, muestra que esa exclusividad está llamada a ser una verdadera relación de Amor, que también hace pleno a quien la vive vocacionalmente.

Jesús, inspirador del celibato cristiano

En Jesús, el celibato tiene su plena identidad, su sentido más cabal. Él es el motivo y el modelo de todo celibato cristiano. Jesús es célibe por una razón totalmente diversa y novedosa que todos los modos anteriores a vivir de esa manera: Él es célibe «por el Reino de los Cielos». Es una novedad que se desprende de la Encarnación, donde la humanidad se unió a la divinidad. A partir de esa realidad, el celibato inaugurado por Jesús lleva en sí «el dinamismo interior del misterio de la redención del cuerpo, y en este sentido posee también la característica de una semejanza particular con Cristo»⁶⁹, explica San Juan Pablo II.

Ese fundamento apoyado en la persona de Cristo define radicalmente la vocación al celibato. Se trata de una llamada que es acogida, cultivada y mantenida por amor a la persona de Jesús. Esa es la principal respuesta a la pregunta por el *sentido* del celibato. Ser célibe no consiste primariamente en una *renuncia*; menos aún es una renuncia al amor o a sentirnos amados: sería contradictorio renunciar a la felicidad para la que Dios nos ha creado. Tampoco es fruto de la elección de mayor perfección o un mayor heroísmo. Dar a Dios el corazón *íntegro y exclusivo* sólo puede ser una respuesta al amor a Jesucristo.

La exclusividad del Corazón de Jesús, que ama a su Padre de modo único, está también reflejada en el amor único y exclusivo de quien vive en celibato. Por eso, para este camino vocacional la *contemplación de la Santísima Humanidad de Jesús* es un excelente atajo para educar y madurar en los afectos. Aprender de Jesús a querer, sufrir, ser templados y alegres, a ilusionarnos y amar a nuestro Padre Dios: es la mejor escuela, ya que Él no es sólo un modelo cercano, sino la misma fuente de gracia que impulsa al corazón *desde dentro*. Una contemplación que no es sólo admiración o consideración atenta, ni siquiera una búsqueda de conmoverse por el misterio: se trata de una contemplación que lleva a la unión, a la identificación, a vivir todo *por Él, con Él y en Él*.

Una fecundidad totalmente nueva

La felicidad se puede entender como *fecundidad*. Así lo muestra Dios, en Quine la plenitud de felicidad se traduce en un movimiento de *fecundidad eterna*: la generación de las Personas Divinas es el misterio más profundo de nuestra fe que, a la vez, nos dice que el Amor es esencialmente fecundo.

En la Trinidad, la fecundidad no requiere una *fuerza externa* para cumplirse. Dios tiene en sí mismo la fuerza suficiente para generar eternamente su misma Vida y para dar vida. Dios no necesita ninguna cooperación para engendrar, como tampoco le fue necesario ninguna materia previa para crear. En la Trinidad descubrimos el origen *virginal* de la *fecundidad*: sólo el Amor íntimo de la Santísima Trinidad basta para generar. San Gregorio Nacianceno dice, con audacia, que «la primera virgen es la santa Trinidad»⁷⁰.

Jesús, María y José, cada uno en el lugar propio, se apartan de la idea negativa sobre la continencia, y de la condena social que caía sobre esa situación en Israel. Así «se convirtieron en los primeros testigos de una fecundidad diversa de la carnal, esto es, de la fecundidad del Espíritu Santo»⁷¹. De hecho, por este misterio, el matrimonio de María y José encierra al mismo tiempo, la perfecta comunión del hombre y la mujer en el pacto conyugal, y a la vez, esa «*singular continencia por el Reino de*

los Cielos (...). En cierto sentido, era la absoluta plenitud de la fecundidad espiritual»⁷².

El celibato de Jesús es reflejo de la íntima fecundidad espiritual de la vida de la Trinidad. Por eso la Vida que lo impulsa lo hace inmensamente fecundo, sin necesidad de ninguna cooperación externa -como sucede en la unión conyugal-. Esa *fecundidad íntima de Dios* enriquece abundantemente la vivencia subjetiva de la vida del célibe, a través de la fe y de la dedicación comprometida con su misión.

La armonía de la sexualidad en la persona de Jesús

Romano Guardini ofrece una profunda reflexión sobre la realidad de la sexualidad en Cristo. A partir del pasaje sobre el matrimonio y la virginidad de Mt 19, 1-12, plantea con total reverencia «el significado que tuvieron para Jesús mismo esas potencias vitales de las cuales Él nos habla: ¿qué fue para Él la mujer?»⁷³. El autor hace un rápido repaso de las actitudes que diversas figuras religiosas han sostenido ante la sexualidad. Para algunos -sostiene- parece que lo sexual no existiese: se lo ha expulsado o mortificado totalmente. Mientras otros *luchan* contra ello hasta el final de sus días.

Pero si ponemos ahora la mirada en Jesús -sigue diciendo el autor- ninguno de estos extremos puede aplicarse a Él. En sus deseos y conducta personales, la relación de los sexos no supone ningún condicionante. Jesús se presenta ante esa realidad con una libertad paradigmática, que no es indiferencia ni menosprecio, sino una armonía que surge del Amor al Padre. «Tampoco hallamos en Jesús nada de lucha, Jesús no teme lo sexual; no lo odia; no lo desprecia; no lo combate. Jamás se encuentra algún indicio de que Él haya debido vencerlo. De tal manera que se plantea la pregunta de si quizás era insensible; así como existen personas que no saben de luchas ni de superación precisamente porque son indiferentes. ¡Ciertamente no! La manera de ser de Jesús da testimonio de profunda calidez... Todo en Él vive, está despierto y lleno de fuerza creativa»⁷⁴. «Al evocar la figura de Jesús, hallamos que toda ella está transida de riqueza y vitalidad; pero que todas sus fuerzas se arraigan en el corazón, se han convertido en

fuerza del corazón, están orientadas hacia Dios y fluyen en continuo movimiento hacia Él»⁷⁵.

Lo que a nosotros los hombres nos sorprende de Jesús es esa natural armonía de sus potencias vitales –que era también corporal-, que acompaña las fuerzas de su Corazón. En Jesús vemos que la integración en la vitalidad que impregna el Amor es el destino de la sexualidad y, de algún modo –junto a la gracia y a nuestro esfuerzo- ya se vive esa dimensión liberadora en la vida célibe.

«Tengan los mismos sentimientos de Cristo Jesús»

Esta invitación que nos hace el Espíritu Santo a través de San Pablo (cfr. Fil. 2, 5) no es sólo una llamada a la caridad, sino una excelente síntesis del *ideal afectivo* que lleva consigo la santidad y, de modo particular, el celibato. La identificación con los sentimientos de Jesús es un proceso que se va dando en la persona que busca la santidad. Ese proceso de unificación y armonía interior es resultado de la acción de Dios en los cristianos que buscan realizar por Amor su Voluntad, desde dentro, desde el corazón.

¿Cómo son los *sentimientos de Cristo Jesús*? Cada uno ha de descubrirlos como experiencia propia en la relación con el Señor. Sin embargo, los Evangelios nos permiten captar algunas características de su Corazón. Proponemos algunos de esos rasgos que nos parecen principales:

- *Plenamente humanos*: «Nos narran los Evangelios –observa san Josemaría- que Jesús no tenía donde reclinar la cabeza, pero nos cuentan también que tenía amigos queridos y de confianza, deseosos de acogerlo en su casa. Y nos hablan de compasión por los enfermos, de su dolor por los que ignoran y yerran, de su enfado ante la hipocresía. Jesús llora por la muerte de Lázaro, se aíra con los mercaderes que profanan el templo, deja que se enternezca su corazón ante el dolor de la viuda de Naím»⁷⁶. Esas muestras no son, por supuesto, una *representación* externa sino expresión del mismo ser de Jesucristo. Sus sentimientos humanos muestran sus *sentimientos* divinos, ya que su Humanidad es revelación de su Divinidad.

- *Maduros, armónicos con la realidad y orientados a la donación:* Jesús muestra lo que son los sentimientos realmente maduros. Él *llora* por Jerusalén, al ver la condición espiritual del pueblo (Lc 19, 41); eleva su corazón *agradecido* al Padre (Mt 11, 25); se *alegra* mucho más por un pecador que se convierte que por muchos que no necesitan de su misericordia (Lc 15, 10). Se trata de una madurez afectiva que Jesús no finge ni actúa. Esa sintonía es un ideal para todo corazón humano. Apasionarse fuertemente con lo muy bueno; dolerse realmente por lo malo; apegarse a lo que nos eleva y no girar en torno a afectos pobres e insignificantes.
- *Misericordiosos: afectos entregados a querer:* Jesús no es una Persona distante y fría, con cierto *miedo* a poner su Corazón en las personas o en la misión de la Redención. La exclusiva relación de Hijo con su Padre le da una libertad para un cariño universal y generoso con todos.
- *Comprometidos con su misión:* Su misión redentora la abrasó con una *fidelidad apasionada*, poniendo en ello toda su ilusión humana. Su cariño y sus afectos hacia las personas fueron también redentores y, a la vez, sincero y profundamente humanos. Su misión salvadora no fue *burocrática*, externa y funcional. Todo Él, también sus sentimientos, estuvieron volcados a ese proyecto de salvar a todos los hombres y renovar todas las cosas (cfr. Apoc. 21, 5).
- *Probados en la Cruz:* Así como el Corazón de Jesús estuvo plenamente comprometido con lo bueno, también probó su amor pleno al Padre pasando por la prueba misteriosa del dolor. Jesús sabe que sus afectos no pueden sentir agrado ante la inminencia de la muerte. Pero también sabe que debe guiarlos a través del sufrimiento hacia el Cielo. Jesús recorre ese aprendizaje afectivo que da la libre obediencia a la voluntad llena de Amor de su Padre-Dios.

Para quien vive esa particular identificación con Jesús en el celibato, el diálogo vivo de la oración y la búsqueda de los sentimientos redentores de Cristo, revelados especialmente en el Evangelio, son

caminos indispensables para ayudar a los afectos a *contagiarse* del Corazón de Jesús, sintonizando cada día más con Él.

«Corazón, corazón en la Cruz»

Jesús se identificó plenamente con la Voluntad del Padre a través de la Cruz. San Josemaría, meditando la 5ª estación del Vía Crucis en la que Simón ayuda a llevar la Cruz de Jesús comenta: «A veces la Cruz aparece sin buscarla: es Cristo que pregunta por nosotros. Y si acaso ante esa Cruz inesperada, y tal vez por eso más oscura, el corazón mostrara repugnancia... no le des consuelos. Y, lleno de una noble compasión, cuando los pida, dile despacio, como en confidencia: corazón, ¡corazón en la Cruz!, ¡corazón en la Cruz!».».

Esta frase, que para muchos puede sonar hoy escandalosa tiene, sin embargo, mucho que ver con la madurez y la armonía del corazón. Está, además, intrínsecamente relacionada con la identificación con Jesús, meta de la vida cristiana. Los cristianos nos identificamos plenamente con Jesús cuando aceptamos y abrazamos su Cruz. Y éste es también un itinerario que han de hacer el corazón y los afectos. No se trata de sufrir, sino de Amar, inclusive cuando hay que pasar el límite del dolor.

Para la sensibilidad actual suena un consejo muy duro, tal vez excesivamente rigorista. ¡Pedirle al corazón que sufra! Es una de las *herejías* del mundo actual. Se puede sufrir con el cuerpo (operaciones o dietas para estar en forma...), se pueden sufrir limitaciones que nos imponemos para crecer profesional o socialmente..., pero parece que bajo ningún aspecto le podemos pedir al corazón y a los sentimientos que alguna vez sufran por algo más valioso. Parece que la última palabra la tiene el bienestar. Quizás para muchos el objetivo de la vida se reduce a *sentirse bien*, por eso una etapa o una circunstancia que lleve a poner el *corazón en la Cruz* no es admisible. Tantas veces sobre el altar del *bienestar de los sentimientos*, se sacrifican tesoros muchos más valiosos: el amor de años, la fidelidad, un proyecto personal sólido y fecundo, etc.

En los afectos, como en las demás capacidades humanas, no se logra *madurar* si no se pasa por la escuela del dolor. No se trata de que *nos guste* sufrir. Simplemente admitir lo que es experiencia: para crecer,

madurar, curarse... hay que estar dispuesto a sufrir. No se trata de *sufrir por sufrir*, sino sufrir para crecer, para amar.

Jesús en su Pasión pasó primero por esta *escuela*. En la oración en el Huerto de los Olivos, después de celebrar la Última Cena y ante la conciencia de lo inminente de su muerte, la voluntad humana de Cristo siente la dificultad de *quererla* y los sentimientos sufren una conmoción hasta *sudar sangre*⁷⁷. Una emoción más angustiante no se puede pensar. Sin embargo, la unión de Jesús con su Padre Dios, en quien reconoce toda la Bondad, lo ayudan a superar ese rechazo de la sensibilidad y a sobreponerse. Jesús nos enseña que, para llegar a la gloria, en ocasiones hay que saber *reencauzar* los sentimientos como hizo Jesús. Es el precio de la verdadera libertad.

¡Corazón, en la Cruz! Abrazar la Cruz se traduce tantas veces en recorrer el camino vocacional *sin sentir* nada especial, pero con esfuerzo e ilusión; rechazar con sinceridad y claridad lo que enfría el amor de Dios en nuestro corazón; cumplir los compromisos de nuestra vocación, por momentos *sin sentirlo*, aunque sabiendo que estamos transitando por el *camino bueno* que alguna vez vimos claro... Así, aunque muchas veces debamos sugerirnos *¡Corazón, en la Cruz!...* lo haremos con la seguridad que ése es el camino para encontrar al Señor y, con Él, la gloria y la felicidad que buscamos.

[Volver al índice](#)

9. LA PALABRA DE DIOS SOBRE EL CELIBATO

¿Qué dice la Revelación sobre el celibato? La Palabra de Dios y el Magisterio tienen un amplio abanico de textos sobre la vocación al celibato. Por una razón de brevedad nos detendremos en este artículo en cuatro pasajes del Nuevo Testamento que podrían considerarse centrales para la identidad de este camino.

Es necesario leerlos y releerlos con la frescura de quien busca en las palabras del Señor y una fuente de luz y de riqueza para la propia vida. Intentaremos hacerlo así en los párrafos que siguen.

Por el Reino de los Cielos (Mt 19, 12)

Es un pasaje paradigmático sobre el celibato⁷⁸. Jesús, dirigiéndose a los fariseos, reafirma el carácter indisoluble del matrimonio. Aludiendo a ese carácter de la unión entre varón y mujer, les recuerda que la indisolubilidad es una nota que está radicada en el *principio*, es decir, en el designio de Dios en la creación⁷⁹.

Quienes le escuchaban se sorprendieron por la fuerza con que Jesús acentuó la indisolubilidad del matrimonio. Esa exigencia había sido mitigada con la venia de Moisés a causa de la dureza de los corazones del pueblo judío. Por eso alguno saca como consecuencia que, si es así, entonces es mejor no casarse⁸⁰.

En ese momento Jesús explica que ese «no casarse» puede tener varios motivos. «Algunos no se casan⁸¹, porque nacieron impotentes del seno de su madre; otros, porque fueron castrados por los hombres; y hay otros que decidieron no casarse a causa del Reino de los Cielos. ¡El que pueda entender, que entienda!»⁸². Antes de esta declaración, ciertamente revolucionaria, aclara el Señor que «no todos entienden este lenguaje, sino sólo aquellos a quienes se les ha concedido»⁸³.

Jesús explica que se trata de un camino vocacional posible a quien se les ha dado el don de *comprenderlo*. No se trata de poder entenderlo de modo teórico, meramente intelectual: la comprensión a la que Jesús se refiere *es parte de ese don*, un regalo que Dios concede y *hace capaz de vivirlo* y elegirlo como camino de donación de la propia existencia. Es

una *comprensión* similar a quien encuentra en su camino una persona y se enamora, sin saber muy bien por qué, pero *comprendiendo* que es la persona con quien aspira a compartir su vida. Es una comprensión que nace del amor casi descubierto, vislumbrado de modo algo incierto, en medio del misterio de una elección gratuita de Dios.

El Reino de Dios es un reino del Amor, que se asienta principalmente en el interior de la persona. No es un *plan universal* para hacer el bien en el mundo, aunque esa también será una consecuencia. El celibato es para el cielo, pues es en el cielo donde Dios muestra la plenitud de su amor. Mediante el don del celibato, Dios concede al hombre un anticipo de la plenitud de su amor, permitiendo que su reino se aloje, ya en la tierra, en su corazón. Este reinado de Jesús transforma, en primer lugar, en *la persona* para, luego difundirse por el mundo.

«El don del celibato apostólico manifiesta una predilección divina, una llamada a una especial identificación con Jesucristo, que comporta también, incluso humanamente, pero sobre todo sobrenaturalmente, más capacidad para querer a todo el mundo. De ahí que el celibato, que prescinde de la paternidad y de la maternidad físicas, haga posible una maternidad o paternidad espirituales mucho más grandes. Pero, en cualquier caso, estará de hecho más identificado con Cristo quien ame más al Señor, ya sea célibe o casado, pues también el matrimonio es un «camino divino en la tierra»⁸⁴.

«En el principio»: el proyecto de Dios

Jesús remite al *principio*, es decir, al proyecto originario de Dios en la creación. Allí encontramos que, según el Génesis, Dios afirma que *no es bueno que el hombre esté solo*. Se refiere a toda persona y a *soledad original* que forma parte de su misma estructura: una carencia, de falta de plenitud, una cierta vivencia de desamparo. Viendo esa soledad, Dios crea a la mujer en la que el hombre encuentra *alguien como él*, que es una *ayuda adecuada* para esa soledad original.

La *soledad original* no es una situación negativa, sino una invitación a buscar la plenitud humana por el camino vocacional que cada uno ha de recorrer, teniendo en cuenta que sólo la llenará el amor pleno de Dios en la vida eterna.

El cónyuge, tanto sea varón como mujer, es para el otro una *ayuda adecuada* para su soledad. Sin embargo, no es la solución definitiva a esa falta de plenitud. Esa ayuda mutua es un camino hacia una plenitud, que sólo Dios puede saciar. La que encierra el hombre en su corazón es una plenitud de infinito, y sólo el Infinito puede llenarla. El amor humano, por muy alta vocación que tiene el plan de Dios, no puede llenar el infinito que sólo colma Dios.

Sólo la exclusividad con Dios llena el corazón humano (Mt 22, 23-33)

En este pasaje del Evangelio Jesús dialoga con los saduceos, que niegan la resurrección de los muertos. Le exponen a Jesús una situación hipotética relacionada con una ley judía por la que la viuda sin descendencia debía casarse con el hermano de su marido muerto para asegurar la descendencia. En el planteo que le dirigen a Jesús, una viuda lo fue siete veces y ninguno de sus maridos le proporcionó descendencia. La pregunta que le dirigen pretende poner en ridículo la fe en la resurrección pues, de modo capcioso, le apremian para que conteste a cuál de todos los maridos reconocerá como esposo.

Jesús les explica pacientemente que, con ese razonamiento, muestran que «están equivocados porque desconocen las Escrituras y el poder de Dios». Y les revela una verdad muy luminosa: «en la resurrección ni los hombres ni las mujeres se casarán, sino que todos serán como ángeles en el cielo»⁸⁵.

Jesús, en esta frase tan breve, revela aquello que colma el corazón de toda persona en la eternidad. ¿Qué llena ese corazón inquieto que todos tenemos? ¿Qué es lo que satisface plenamente? No es un amor humano, aunque sea el camino hacia el Amor divino. Jesús les explica que la relación *exclusiva* entre esposo y esposa ya no tendrá vigencia. La unión íntima que Dios dispuso para el matrimonio, que incluye la intimidad sexual, es una realidad para *este mundo*, no es el destino definitivo del que gozaremos en el Cielo.

La plenitud del amor de Dios del que gozaremos en el Cielo tiene una característica intransferible: su exclusividad que abarca, también todos nuestros afectos y sentimientos.

Invitados a *reconocer y gustar* una exclusividad

Jesús nos invita a comprender que, en cierto modo, el celibato es un *anticipo* de nuestra condición definitiva, un estado que nos permitirá abordar de modo *exclusivo* el amor de Dios. El celibato supone *reconocer y gustar* de algún modo, ya aquí en la tierra, esa exclusividad divina que será plena en el Corazón de Dios.

Todo lo de esta tierra es *preparación y camino* hacia ese estado, que es sobre todo *vida*. Esta verdad nos permite no absolutizar ninguno de los caminos vocacionales. Evitaremos así suplantar a Dios por otros sucedáneos del corazón que, tanto en el celibato como en el matrimonio, no podrán satisfacerlo eternamente. Es el Corazón de Dios lo que buscamos con exclusividad.

Recibirán cien veces más (Mc 10, 29-30)

Esa es la respuesta de Jesús a los Apóstoles cuando le preguntan *qué será de ellos*, ya que lo han dejado todo y lo siguieron. El Señor responde que quien lo haya seguido en el celibato, «recibirá el ciento por uno en casas, hermanos y hermanas, madres, hijos, campos, en medio de las persecuciones; y en el mundo futuro recibirá la Vida eterna»⁸⁶. Las palabras de Jesús nos revelan que, dentro del ámbito de la entrega del celibato, se encuentra el desprendimiento de las relaciones afectivas, que han de vivirse de un modo particular.

Él lo sabe y por eso sus palabras se detienen en esos elementos, que no son una enumeración aleatoria. Jesús se refiere a la entrega de una casa -el lugar donde somos queridos por ser lo que somos, nos sentimos en familia-, hermanos y hermanas -quienes nos quieren y a quienes queremos por compartir lo esencial de la vida-, madres, hijos -ser queridos, querer...- y campos -el lugar en el mundo donde ser fecundos-.

Es verdaderamente sorprendente y consoladora la respuesta del Señor. Les dice que Él los colmará sobradamente -el ciento por uno- respondiendo a esas *expectativas afectivas* que toda persona tiene y que han sabido entregar por el Reino de los Cielos. Buena parte del *regalo* del celibato consiste en esa acción de Dios para colmar *a su modo* y a

través de un *don* esas necesidades afectivas de la persona. Lo hará, y será de un modo que contempla plenamente el aspecto humano. Dios no es un ser que nos haya creado humanos, pero diseñando una felicidad *angelical*. Dios también se ha hecho hombre y conoce mejor que nadie las necesidades de cada persona.

San Josemaría expresaba esa verdad, que se apoya en la fe, cuando decía que «quienes siguen el camino vocacional del celibato apostólico, no son solterones que no comprenden o no aprecian el amor; al contrario, sus vidas se explican por la realidad de ese Amor divino –me gusta escribirlo con mayúscula– que es la esencia misma de toda vocación cristiana. No hay contradicción alguna entre tener este aprecio a la vocación matrimonial y entender la mayor excelencia de la vocación al celibato *propter regnum coelorum*, por el Reino de los Cielos. Estoy convencido de que cualquier cristiano entiende perfectamente cómo estas dos cosas son compatibles, si procura conocer, aceptar y amar la enseñanza de la Iglesia; y si procura también conocer, aceptar y amar su propia vocación personal. Es decir, si tiene fe y vive de fe»⁸⁷.

Una relación única y personal (1 Cor 7, 8)

Al inicio del capítulo 7 de la Primera carta a los Corintios, San Pablo responde a algunas preguntas de esa comunidad⁸⁸. Se daban allí simultáneamente casos de laxismo y rigorismo en lo referente a la intimidad sexual y al matrimonio⁸⁹.

En ese contexto aconseja a las viudas y a los no casados mantenerse en el estado en el que él vive, es decir, célibe (cf. 1 Co 7,8). Esto ha hecho preguntarse a muchas personas cuál es el *estado mejor*: ¿el matrimonio o el celibato?

Explica el Papa Francisco que San Pablo recomendaba en ese pasaje el celibato «porque esperaba un pronto regreso de Jesucristo, y quería que todos se concentraran sólo en la evangelización: “El momento es apremiante” (1 Co 7,29). Sin embargo, dejaba claro que era una opinión personal o un deseo suyo (cf. 1 Co 7, 6-8) y no un pedido de Cristo. Al mismo tiempo, reconocía el valor de los diferentes llamados: “cada cual

tiene su propio don de Dios, unos de un modo y otros de otro» (1 Co 7,7).

En este sentido, san Juan Pablo II explica que «más que hablar de la superioridad de la virginidad en todo sentido, parece adecuado mostrar que los distintos estados de vida se complementan, de tal manera que uno puede ser más perfecto en algún sentido y otro puede serlo desde otro punto de vista»⁹⁰. Lo importante es discernir, acoger y ser fiel a la *propia* vocación: eso es *lo mejor* para cada uno, porque la relación con nuestro Padre Dios supone una relación de amor única y personal.

Es importante lo de vivir la vocación como un camino *propio*: aunque sea propuesto por Dios, el celibato tiene otro brillo cuando se vive no como la aceptación de un sacrificio por un pedido ajeno, sino como un *proyecto propio*, abrazado e internalizado por amor, confiando en que el Señor lo ha pensado como un sendero que conduce -anticipándolo- a la plenitud del amor. «El celibato debe ser un testimonio de fe: la fe en Dios se hace concreta en esa forma de vida, que solo puede tener sentido a partir de Dios. Fundar la vida en Él, renunciando al matrimonio y a la familia, significa acoger y experimentar a Dios como realidad, para así poderlo llevar a los hombres»⁹¹.

[Volver al índice](#)

10. CRISIS: LA OPORTUNIDAD DE UN NUEVO NACIMIENTO

Emprender un camino vocacional es una aventura. Hay mucho por descubrir, grandes sueños y deseos y a veces el temor de que se presenten momentos difíciles. Puede surgir el miedo a que sucedan cosas que nos lleven a echar por la borda lo construido o apaguen la ilusión que nos inspiró. Puede aparecer el temor a que la ilusión se devalúe en desencanto y el camino elegido se convierta en una experiencia pesada, quizás difícil de soportar.

Cuando estos temores se presentan, es bueno no olvidar que, como en cualquier proyecto humano, puede haber momentos difíciles e inesperados, pero no por eso totalmente negativos: las crisis pueden ser oportunidades para volver a afianzar la decisión inicial, no apartar la mirada del objetivo elegido y renovar la esperanza de alcanzarlo. Estos conflictos, tantas veces brindan la oportunidad de enriquecerse: las crisis, una vez superadas, dan la oportunidad de conquistar una libertad más plena y permiten encauzar la vida, con una decisión purificada, con la dinámica propia de quien se sabe en manos de su Padre Dios.

Las crisis: ventanas por las que la vida se abre paso

Las crisis aparecen sin elegir las. Nos toman por sorpresa, generan incertidumbre, sufrimiento y una necesidad profunda de conocer qué nos pasa. Es fácil que surja la intuición de no estar siguiendo el camino tal como Dios nos lo pide, aunque no siempre una crisis es signo de falta de correspondencia: muchas veces es indicio de estar delante de un nuevo escalón de madurez, para conquistar y subir.

Crisis es una palabra que deriva del verbo griego “*krinein*”, que significa *juizar para tomar una decisión*; su sustantivo “*krisis*” significa *juicio, decisión*. Una crisis es una invitación a un nuevo protagonismo de la libertad, una nueva oportunidad de ser autores de nuestra biografía. Las crisis son dolorosas porque nos desplazan de nuestra *zona de confort*, nos llevan a tomar decisiones con las que quizás no queríamos

encontrarnos, pero son necesarias ya que pueden abrir a una convicción más honda, a una nueva elección que hace más firme el propio caminar.

Podríamos decir que, de algún modo, los pasos decisivos de la existencia de toda persona se dan en *crisis*: el nacimiento es una crisis, la experiencia de descubrir el mundo y distinguirlo del yo es crítica, la elección de un camino para la propia vida es una gran decisión, y finalmente el pasar a la vida sin fin es una fuerte crisis para cada uno. Junto a ellas, los demás desafíos de mayores elecciones que se dan en la vida.

Es verdad que también existen algunas crisis que podrían evitarse: son aquellas situaciones a las que no se habría llegado si se hubiesen tomado las decisiones adecuadas. Aún en esos casos, en que obramos con negligencia y tal vez nos sentimos “culpables”, hay escondida una ganancia que está a nuestro alcance conquistar. Inclusive cuando anteriormente hayamos elegido mal, queda espacio para una nueva elección que no es saludable evadir ni delegar en otros.

Son oportunidades para volver a arriesgar y lanzarnos a ejercer nuestra libre voluntad, que es el único camino para convertirnos en aquello que no somos pero que queremos ser. Es un cambio parecido al de la crisálida, que pasa por el trauma de romper su capullo con esfuerzo para poder volar. Son momentos cruciales en la vida que, enfrentados con sentido sobrenatural, resultan muy ricos para enriquecer la propia biografía, confiar más en Dios y adquirir una capacidad purificada de valorar lo que *vale la pena*.

En el inicio del camino vocacional –en la búsqueda de Dios– se conjugan tres experiencias: encontrar al Amor, entregarse al Amor y tomar conciencia de que todo lo grande en nuestra vida proviene del Amor. Luego, ya avanzada la vida, cada uno de estos aspectos tienen su propio tiempo de maduración que hacen que la elección se renueve, se haga más profunda y sólida. Son tres etapas que suelen coincidir con los cambios en las “etapas” de la vida.

Encontrarse con el Amor: la crisis de la primera madurez

La primera crisis *de maduración* que puede aparecer en el camino vocacional suele tener lugar entre los 30 y 40 años. Es la crisis del “*encuentro con el Amor verdadero*”. Se siente la necesidad de tomar una nueva decisión para dirigir la propia vida, aunque ya haya transcurrido un tiempo razonable desde haber comenzado el camino. Se suele percibir que el impulso originario ya no alcanza, que hay proyectos hasta entonces ignorados, que ahora se descubren y parecían no tener cabida en los *sueños* que acompañaron el comienzo de la vocación. En cierto modo, ahora el futuro ya no está tan lejos, sino que se lo reconoce como algo inevitablemente inmediato. El tiempo de la propia vida vale y hay que hacer con él algo importante.

Se siente con más fuerza la conciencia de ser dueño y responsable de la propia vida: nuestra biografía se torna algo mucho más serio y ya no se puede relegar hacerla real a un futuro imaginario. Se ha caminado un poco desde la ingenuidad de los 20 años, pero no lo suficiente para tener la experiencia de cómo seguir. Hay incertidumbre e inquietud, que sorprenden porque parecía que habían sido despejadas al decir el primer *sí*. Suele acentuarse en este momento la inseguridad sobre el futuro (el trabajo, la profesión, las relaciones afectivas valiosas, etc.), y surgen de nuevo las preguntas fundamentales: quién soy realmente y quién quiero ser.

La valoración de las relaciones afectivas se hace, ahora, con un nuevo enfoque. El amor humano –la natural atracción de la complementariedad de los sexos- se insinúa como un proyecto posible, más cercano y deseable, que reclama no dilatar una decisión en su favor. Parece que antes no se había logrado *sentir* lo que en ese momento despierta y que, lejos de ser algo brusco y corporal, tiene el sabor del amor noble y afectivo.

Puede parecer como que se caen las escamas de los ojos; la impresión de cierto engaño candoroso en el que se ha incurrido por inexperiencia y del que se ha tomado una decisión quizás precipitada. Se puede pensar que nos hemos dejado seducir por *ideas y sueños* demasiado grandes, sin ponderar la importancia de otro amor distinto y que se experimenta ahora como necesario.

Clave #1: «me dejé seducir»

En esta crisis hay una fuerte necesidad de reconocer -de nuevo y de un modo nuevo- al verdadero Amor. Hay un riesgo en dejarse deslumbrar por la apariencia de experiencias novedosas o de pensar que recién ahora -porque ya se ha madurado un poco más- somos capaces de juzgar con certeza otro modo de vida posible, en el cual el amor ya no se percibe en sueños o proyectos sino en personas. En el caso del celibato es el momento para redescubrir, con nuevas luces, el amor de Jesús por cada uno, la fecundidad de nuestro afecto por tantas personas y el cariño que recibimos de ellas. Es el momento en el que el celibato toma más fuerza como *proyecto afectivo*, y no sólo como ideal de conquistas y buenas acciones. Para eso es necesario un nuevo descubrimiento del amor personal de Jesús y a Jesús.

Podríamos decir que la *expresión clave* con la que se pasa la puerta de esta crisis es «me dejé seducir». Esa expresión profunda que aparece en Jeremías (20, 7), es la gran decisión necesaria en este momento de la vida. Y es una decisión de fe y, a la vez, de confianza desde el corazón. Es el momento de dejarnos envolver nuevamente por una cierta *seducción* de parte del Amor del Señor que requiere la libertad de *dejarlo* seducirnos, atraernos. Una confianza que se traduce en creer que su Amor es *todo lo que buscamos*. Este paso no es exclusivo de la crisis en el celibato: algo similar sucede en el proyecto matrimonial y suele coincidir con el sí definitivo, el casamiento. Allí se comúnmente se llega ya desprovistos del impulso ingenuo y sensible del enamoramiento, con el realismo de conocerse un poco más y de saber que el otro es *compañero de camino* no sólo por atracción, sino por haberlo elegido.

La fe tiene, en esta crisis, la gran misión de ser como la ventana por donde ingrese la luz que nos permita discernir ese *nuevo Jesús*, con quien es necesario encontrarse para renovar nuestra relación personal. A ello pueden también contribuir, además de un *estilo* de oración más cercano, el diálogo confiado con un acompañante y dejar iluminarse nuevamente por las vidas de otras personas que inspirarán y reforzarán la confianza: viendo lo que Dios hizo en ellos estaremos más confiados en lo que aún no se puede descubrir plenamente en la breve experiencia propia.

Esta crisis podría verse ilustrada en la experiencia que sufrió el joven rico en su encuentro con Jesús (Mc 10, 17-30). Es necesario reconocer a un Jesús inspirador del propio corazón, aunque pida todo. No sólo como un líder de ilusiones. La nueva “decisión” a la que esta crisis lleva, por tanto, es la de reconocer y volver a elegir al verdadero Amor en nuestra vida. Es un paso que requiere prescindir, de algún modo, de los impulsos, el ambiente, los arrebatos sentimentales y abrirse, en cambio, a esa realidad sobrenatural desde la cual todo es iluminado.

El momento de la entrega: la crisis de la mitad de la vida

La crisis de la mitad de la vida o “crisis de los 40” es un momento decisivo por el que podemos llegar a Dios, de un modo más libre y profundo, con todo lo que somos. Se presenta en el momento de la vida en que ya ha pasado algunas décadas desde el *sí* inicial. Sin embargo, el transcurso del tiempo otorga la oportunidad de responder con un “sí” más libre y hondo, precisamente, porque en todo ese período se ha tenido ocasión para descubrir el Amor, restando importancia a las expectativas sobre cuestiones secundarias que podrían opacarlo.

En esta etapa suele aparecer un nuevo cuestionamiento sobre la propia vida, lo que ha transcurrido hasta entonces con normalidad. También se abre una revisión por el sentido de la propia existencia, los propósitos perseguidos, los logros alcanzados y los que anhelamos. Es frecuente sentir que no se ha logrado todo lo que se esperaba y que muchos sueños ya no serán posibles. Puede surgir la sensación de verse insatisfecho o frustrado y, por eso, podría brotar una nueva urgencia que pide resolver el dilema, como si fuera la “última oportunidad” para convertir la propia vida en algo valioso.

En esos momentos es necesario decidir si el valor de la propia vida se apoya en el Amor recibido y al que se desea corresponder o, por el contrario, preferir un cambio radical para diseñar otro proyecto distinto. Esta disyuntiva, por tanto, después de haber *descubierto el Amor* en lo ya recorrido hasta este momento, es una ocasión inmejorable para “volver a entregarse” a Él, aunque requiere una motivación más profunda y purificada.

Clave #2: «reconocer»

La dinámica de esta crisis podemos verla representada en el encuentro de Jesús con los discípulos de Emaús (Lc 24, 13-35)⁹². Como resultado de ese encuentro -que se da después de la *decepción* de la pasión y muerte del Señor-, los discípulos *reconocen* a Jesús de un modo nuevo, no ya como esperaban verlo triunfar y vivir. «Entonces los ojos de los discípulos se abrieron y lo reconocieron, pero Él había desaparecido de su vista». Esta crisis es la de decidirse a «reconocer» al Dios que buscábamos, pero de un modo más genuino, desprendido de mesianismos y de aferrarnos al modo de *éxito* que esperábamos por seguirlo. Se les abren unas perspectivas que les permiten creer dejando que Dios ame y actúe como Él quiere. Por eso vuelven a la misión con un nuevo entusiasmo enraizado en la fe, más realista, libre de las mediciones humanas y conscientes de que las limitaciones son parte de la historia de Amor.

Algunos llaman a esta crisis, la *vocación dentro de la vocación*. Es una maduración a la que también se enfrentan los esposos en una edad similar, seguramente ya con hijos crecidos que absorben muchas energías, algunas heridas en el camino de la relación y un poco de cansancio. Aparece aquí la oportunidad de descubrirse en un proyecto fecundo y *volver a elegirse*. La tentación es optar por otra alternativa más atractiva y deslumbrante, un cambio radical de proyecto.

Aquí la *decisión* ante la que la crisis nos pone es la del fundamento de lo que creo valioso: si el valor de la propia vida se apoya en el Amor recibido y que se desea corresponder o, por el contrario, en otra opción donde la vida se construirá más a la *propia medida*. Después de *descubrir* el Amor, este es el momento de *entregarse* a Él.

Esta crisis es valiosa porque conduce a la mayor libertad. Nos permite apreciar el motivo que sostiene la propia vida: haber recibido un Amor grande que es superior a los buenos y nobles sueños que se aspiraba alcanzar. Es una *crisis de renovación*: la novedad surge después de un nuevo “morir al yo” y a una excesiva confianza en su *propuesta*. Si evadiéramos esta transformación, el camino se transitaría tal vez con inercia e, incluso, con algo de cinismo: se podría optar por seguir, pero desistiendo de las grandes metas que se descubrieron al comienzo.

El balance de la vida: la oportunidad de reconocer la fecundidad

Este es un momento de la madurez, no ya como plenitud de fuerza, sino como la oportunidad para reconocer que *la verdadera riqueza de nuestra vida está en lo recibido*, en lo que por Amor se nos ha dado y no en los frutos contabilizables obtenidos.

Suele tener lugar a partir de los 60. Es tiempo de balance. Aparece la conciencia de que en la vida “ya se hizo todo lo importante que se podía hacer” y que no queda ni tiempo ni oportunidad para cambiar lo hecho. Se perciben con más claridad las limitaciones físicas y emocionales. Se vive con la riqueza de la experiencia, aunque añorando quizás una agilidad y dinamismo de la madurez joven. Puede aparecer una cierta sensación de “aparcamiento”, donde se atenúa el ritmo vital, se percibe un poco que el paso ya no es tan enérgico como antes. Podría suceder que lo valioso que se ha vivido y realizado ya no se disfrute precisamente por una especie de sordera que produce el no verse ya con protagonismo, ni con fuerza, ni con margen para grandes proyectos.

Es posible que irrumpa el contraste y la incompreensión con los ideales y actitudes de los más jóvenes. Quizás se hace algo más difícil el *diálogo* con esa nueva cultura y se siente tal vez la amenaza de ver la nueva generación con desencanto: cuesta comprenderla y desear *dialogar*, y no perder la oportunidad de enriquecer a las nuevas generaciones, de saberse portadores del tesoro de una vida ya vivida.

Esta etapa demanda una decisión importante, de cuya maduración surgirá el poder acabar la vida con gratitud y optimismo. Pero, lo que es aún más importante, porque se está ante la *última “lección”* que hay que aprender: la que permitirá disfrutar en la eternidad de la sinfonía del Amor verdadero en el Corazón de Dios porque habremos aprendido a valorar, sobre todo, el Amor dado gratuitamente. Es el momento, por tanto, de agradecer, pero a la vez relativizar el peso excesivo que solemos dar a las propias conquistas.

Clave #3: «revalorar»

Puede que parezca una etapa oscura. Pero no es sólo una etapa de decadencia. Es la gran oportunidad para “reconocer” aquello que el

Amor de Dios ha sembrado y fructificado en la propia historia, incluso, a pesar nuestro. Es el momento de una nueva comprobación que, por la fe, nos brinda la posibilidad de prescindir de una mirada demasiado humana o utilitarista, una cuenta muy centrada en lo que “yo he hecho”.

Una analogía de esta crisis se encuentra en el relato en el que Jesús Resucitado, antes de su Ascensión, pide a Pedro que le reafirme su amor (Jn 21, 15-19) a pesar de haber experimentado la debilidad y el fracaso: justamente para que sea *su Amor* lo único que lo sostenga y haga fecundo.

Como le sucedió a Pedro, es una época para dejar que la misericordia cure las heridas –experiencias e historias no sanadas–, lleve a revalorizar lo fundamental, y dé la oportunidad de contagiarlo y transmitirlo. ¡Cuánto poder tiene el entusiasmo que comunica una persona madura y agradecida por su vida fiel a la vocación! Y cuánta pena da ver a veces a personas que se han abnegado mucho, pero no han sabido reciclarse, tomarse un poco menos en serio y mirar, sobre todo, la bondad de Dios derramada en su propia historia. De este reciclarse depende una vejez alegre y agradecida, que no es sólo una actitud inteligente para esperar el final, sino la última lección para sintonizar con la sinfonía que llenará el Cielo: la del Amor regalado.

Dinámica de la crisis y la oportunidad para la fe

En las crisis vitales se vuelven a plantear cuestiones fundamentales: “¿cuál es el propósito de mi vida?”, “¿quién soy yo realmente?”, “¿qué es lo que realmente importa?”. Esos momentos, vividos en el camino de una vocación sobrenatural -como es el celibato- reclaman una apertura más profunda a lo que Dios es, muestra y propone. Ese desafío no puede evadirse ni reemplazarse con recursos emocionales o compensaciones que, aunque pueden ayudar, no van al fondo y acaban siendo calmantes ineficaces. *Estas crisis mundiales son crisis de santos*, decía San Josemaría⁹³. Lo mismo podemos aplicar a las crisis existenciales de cada individuo: son crisis que requieren más fe, que reclaman transformarse en hombres y mujeres más de Dios, menos dependientes del yo.

Como antes decíamos, la escena del encuentro de Jesús con los discípulos de Emaús tiene un mensaje muy rico para las crisis existenciales. Ayuda a ver el rol fundamental de la fe para renovar una visión y una experiencia que permitirán seguir el camino, con un sentido nuevo. Los discípulos primero reciben de Jesús una *nueva lectura* del fracaso y de las dificultades, de la aparente derrota. Dialogando les enseña a mirar la realidad desde la fe.

Es indispensable contar con el *oxígeno* que proporciona una fe robusta y una esperanza cultivada. El *oxígeno* que sólo pueden dar una mayor fe y una mejor esperanza son fundamentales. «Nosotros necesitamos tener esperanzas -más grandes o pequeñas-, que día a día nos mantengan en camino -explica el Papa Benedicto XVI-. Pero sin la gran esperanza, que ha de superar todo lo demás, aquellas no bastan. Esta gran esperanza sólo puede ser Dios, que abraza el universo y que nos puede proponer y dar lo que nosotros por sí solos no podemos alcanzar. De hecho, el ser agraciado por un don forma parte de la esperanza. Dios es el fundamento de la esperanza; pero no cualquier dios, sino el Dios que tiene un rostro humano y que nos ha amado hasta el extremo, a cada uno en particular y a la humanidad en su conjunto. Su reino no es un más allá imaginario, situado en un futuro que nunca llega; su reino está presente allí donde Él es amado y donde su amor nos alcanza. Sólo su amor nos da la posibilidad de perseverar día a día con toda sobriedad, sin perder el impulso de la esperanza, en un mundo que por su naturaleza es imperfecto. Y, al mismo tiempo, su amor es para nosotros la garantía de que existe aquello que sólo llegamos a intuir vagamente y que, sin embargo, esperamos en lo más íntimo de nuestro ser: la vida que es "realmente" vida»⁹⁴.

A los discípulos de Emaús les devuelve la fuerza reconocerlo a Jesús presente en la Eucaristía, es decir, el Dios-con-nosotros que realmente comparte nuestra historia, camina con nosotros. Aunque *haya desaparecido de su vista*, Él está. Desapareció del modo en el que ellos lo esperaban presente. Pero les amplió la visión porque los llevó a mirar todo con una nueva fe. Ese cambio, ese crecimiento en la fe les permitirá volver con su propio testimonio -apoyado en una nueva fe- y anunciar el poder “desconcertante” de Jesús Resucitado.

Bien resumía este camino San Josemaría, cuando se preguntaba «¿cuál es el secreto de la perseverancia? -El Amor. – Enamórate, y no "le" dejarás»⁹⁵. Y que D. Álvaro del Portillo comentaba, proponiendo a su vez: «no le dejes, y te enamorarás»⁹⁶.

[Volver al índice](#)

11. CELIBATO: UN PROYECTO DE VIDA ATRACTIVO

«*Ciento por uno*» en esta vida, y luego la felicidad eterna. Es la promesa que Jesús hace en el Evangelio a quien lo deja todo para seguirlo exclusivamente, entregándole todo el corazón. «*Ciento por uno*»: es la respuesta de Jesús a tantos que recibieron el don del celibato apostólico, cuando le preguntaron: *¿qué será de nosotros?*

Es muy luminosa la respuesta de Jesús a sus discípulos. Habla el Señor a quienes hayan dejado *padre, madre, hermanos, hermanas, esposa, esposo o hijos...* Jesús sabe que las relaciones afectivas son muy importantes para un corazón pleno. Y su respuesta es comprensiva y esperanzadora: recibirán el *ciento por uno* precisamente en esos afectos: *padre, madre, hermanos, hermanas, esposa, esposo o hijos...* También les habla de *campos*, que es el símbolo del lugar en el mundo para hacer fecundo el propio proyecto de vida.

El Señor quiere decirnos que Él colmará ampliamente el espacio de las relaciones afectivas del corazón que se le entregan, no de un modo espiritualista y angelical, sino con un cariño real y genuino. Esa es la ilusión de Dios: llenar plenamente el corazón del que corresponde a su llamada. También les dice que, por ese camino, la vida tiene un horizonte de fecundidad: el celibato es un *proyecto de vida* destinado a colmar esos deseos de todo corazón. En estas líneas buscamos responder a la pregunta: *¿por qué es atractivo el celibato como proyecto de vida?*

¿Es un proyecto de vida atractivo?

Para responder esa pregunta tal vez deberíamos empezar por hacernos otra anterior: *¿qué debe reunir un proyecto de vida para que resulte atractivo, deseable y motivador?* Y para no presentar sólo una teoría como respuesta, hemos hecho una pequeña encuesta a algunos jóvenes. Las respuestas podrían sintetizarse diciendo: *Un proyecto de vida atractivo es el que me permita:*

- *Dar y recibir amor*

- *Que me proponga dejar una huella en este mundo, hacer algo fecundo con mi vida. Que mi existencia tenga sentido. Un espacio donde mi aporte sea, de alguna manera, “irremplazable”*
- *Que pueda desplegar mis capacidades y dones*
- *Que sea desafiante: que le dé a mi vida un tono de aventura*
- *Que me haga feliz*

Por supuesto, es una lista que podría completarse y matizarse mucho más. En el fondo, estamos ante la pregunta sobre el modo de vida que nos hará felices... Por eso no pretendemos una enumeración taxativa ni precisa.

Una vocación determinada no hace *automáticamente* feliz a quien la recorre: hay casados que son felices, y otros que no lo son; hay célibes que son felices, y hay otros que no lo son. Podemos decir, por eso, que la felicidad en la vocación depende más bien del *modo* en el que cada persona la vive o, al menos, de circunstancias más personales que exteriores.

Sin embargo, aquí estamos preguntándonos si el celibato es un camino que responde a esos deseos de un *proyecto de vida atractivo*. Por lo que ya hemos ido descubriendo y reflexionando sobre el celibato, Dios se propone precisamente un modo de vida que *encauce* esos deseos: *dar y recibir amor, ser querido y querer; ser fecundos, dejar algo valioso en los demás, tener una vida con motivación, con sentido; un proyecto desafiante, en el que comprometer todas las capacidades y aptitudes...*

En eso piensa Dios cuando llama a un camino; por supuesto que en eso piensa Dios cuando llama al celibato. Como un buen padre, piensa para su hijo un camino que responde a esos *requisitos*. Por eso, si se lo descubre desde esta propuesta, el celibato es un *proyecto de vida atractivo*, desafiante, que vale la pena no sólo *aceptar*, sino también *elegir*.

Por supuesto, *elegir* el celibato no es elegir la soltería como modo de vida: el celibato es un proyecto sobrenatural, propuesto por Dios para vivir en una relación exclusiva con Él y desplegar en este mundo la

fecundidad del amor. No se trata de *resignarse* a una carencia del cónyuge, a sacrificar la posibilidad de vivir afectivamente con otro...

Por eso, si el celibato se lo entiende como una propuesta superadora y ambiciosa de Dios que quiere responder a los grandes deseos que Él mismo conoce... entonces se descubre que ¡es un camino atrayente, estimulante, inspirador!

El celibato como *proyecto afectivo*

El celibato es un camino realmente atractivo por diversas razones: una de las principales es que se trata de un *proyecto afectivo*. Es decir, es una forma de vida destinada a *recibir y dar amor*. Dios ha concebido el celibato, al igual que cada vocación, como una *historia de amor personal*. Se trata de una *relación de exclusividad afectiva con Jesús* que se despliega a lo largo de toda la vida y se proyecta hacia el Cielo.

Por tanto, el celibato va más allá de ser simplemente una elección generosa para llevar a cabo muchas buenas acciones y realizar un programa de cosas santas y beneficiosas para muchas personas. Tampoco es un plan para *héroes* o gente llamada a *grandes sacrificios* por los demás. Si bien esas motivaciones pueden ser una parte, en primer lugar, se trata de un camino que colma la dimensión afectiva personal cuando se vive como una entrega mutua por amor entre Jesús y quien vive el celibato.

Podemos comprender mejor la idea de *proyecto afectivo* si lo comparamos con el matrimonio. En ese camino puede resultar más evidente que dos personas se casan porque están enamoradas y desean compartir sus vidas, para *amarse cada día más*. Lo fundamental en el matrimonio no son los logros profesionales, las metas, la cantidad de hijos que tendrán o la casa, los viajes, la educación... Todo eso ciertamente importa, pero es secundario. La razón central es *el amor y la intención de amarse mutuamente*, lo cual lo convierte en un proyecto afectivo. Todo lo que suceda, todo lo que se busca como objetivo, todo lo que se vive -de modo esperado o inesperado-, es todo como un *pentagrama* sobre el que se escribe la sinfonía, el proyecto afectivo de amor mutuo.

Aventura, no limitación

El *celibato*, como el matrimonio, es un *proyecto afectivo*. Por ello, no es apropiado considerarlo principalmente como un sacrificio, una entrega o una limitación. Estos aspectos estarán presentes, sin duda, pero solo como consecuencias naturales del amor. Ver el celibato como un proyecto afectivo también nos aleja de pensar que se elige esta vocación principalmente para realizar buenas acciones o servir a los demás.

La razón principal es que *Dios nos ama y nos elige para mantener una relación de amor exclusiva*, que comienza para el célibe en este mundo de un modo especial, personal podemos decir. Así, el celibato se entiende desde la perspectiva de *recibir y abrazar ese amor*, y responder al Señor con amor, entregándose también a los demás.

De esa forma se gana una importante *libertad*, que es la de precisar las expectativas, lo que se busca y lo que se espera. No se vive entonces como si siempre hubiese que *da un examen* alcanzando ciertos objetivos (la conversión de muchas personas, brindar ayudas o servicios, o asistir a otros, tener *éxito* en las iniciativas evangelizadoras, etc...). Con esa libertad se puede vivir más *abierto* a lo que la Providencia del Señor proponga, sin atarse a un programa de éxito que deba cumplirse para que *valga la pena*.

Algunos ingredientes del proyecto

Basado en ese amor, el celibato puede ser también *ofrecido a los demás como amor genuino, cariño y afecto sincero*. Esta entrega nace del corazón satisfecho de una persona que, en su camino vocacional, encuentra el Amor de Dios *que lo amó primero*⁹⁷ y, como correspondencia, se vuelca en los demás por amor. A modo de resumen, podemos decir que el celibato como *proyecto afectivo* se caracteriza por:

- Una entrega total a Dios *por amor*, que va más allá de las emociones pasajeras y se convierte en una dedicación constante y duradera. Apoya en el amor a Dios el fundamento de la vocación al celibato, buscando una *unión íntima con Jesús*.

- El amor al prójimo como una motivación para servir desinteresadamente, mostrando afecto, compasión y solidaridad, siguiendo el ejemplo de Jesucristo. Una realización particular se da en la fraternidad, permitiendo vivir la vocación en un ambiente de apoyo mutuo, compartiendo experiencias y desafíos, y creciendo juntos en el amor de Dios.

- El amor a las personas concretas a las que la misión dirige para transmitir *el Reino de los Cielos*. Esa dimensión invita a que la *totalidad* de la persona, con *todo su corazón*, se entregue a los demás. Vivir la *misión con todo el corazón* aleja del vacío que produciría reducirla a una *función*.

Leyendas negras del celibato

A veces pueden existir prejuicios o ideas algo distorsionadas sobre el celibato, algo así como *leyendas negras* que se transmiten o comentan como si fuesen la pura realidad. Es bueno conocer que detrás hay, muchas veces, sólo un *mito* o una especie de imagen distorsionada que es muy bueno *desarmar...* Proponemos algunos:

- **«*Es una vida solitaria, porque no tendré un amor*»**. La razón principal del celibato es una relación de amor personal y exclusivo con Jesús. Supone, es verdad, un modo distinto de concretarse al del matrimonio, donde la exclusividad por una persona concreta es inmediata y tangible. Pero el don de celibato es un regalo que consiste precisamente en hacer pleno en el corazón esa necesidad de *amar y ser amado*, no a través de un intermediario, sino directamente por Jesús. Este amor *donado* por el celibato *hace plena* la necesidad afectiva por un camino diverso del amor físico matrimonial. Pero eso no significa una *soledad* de corazón, una ausencia de amor.

Por otra parte, también la vida de célibe por el Reino de los cielos frecuentemente está llena de personas, historias y corazones que lo acompañan en su camino y a los que su misión llega con una especial maternidad/paternidad. Son una buena parte de ese *no estar solo* en el camino.

- **«Es un camino difícil: ¿cómo sé que no me estoy equivocando?».** Todo proyecto importante tiene incertidumbres y riesgos. Es un condimento de la vida, cuando se desea hacerla fructificar. Nadie puede tener certeza *matemática* (o *física*) de una decisión vocacional: dos novios se casan *seguros* el uno del otro por amor, no es una seguridad que garantiza el éxito, sino un amor que los lleva a la confianza. Lo mismo sucede con el encuentro personal con Jesús. Por otra parte, si el discernimiento se hace de modo adecuado, con oración y el consejo de quien puede acompañar, Dios hace el resto y -no hay que olvidarlo- *nunca juega con las almas*.
- **«Es muy costoso entregar toda la libertad, comprometerse para toda la vida».** El compromiso no es algo exclusivo del celibato. También para el matrimonio hace falta un compromiso total, para toda la vida. Por eso es bueno situar esa dificultad en el campo adecuado, no en la entrega exclusiva a Dios.

Vivimos en tiempos donde cuesta especialmente el compromiso, quizás porque entendemos mal la libertad. Pensamos que somos libres si mantenemos la capacidad de decidir. En realidad, somos más libres cuanto más vayamos logrando lo que queremos para nuestra vida. Es más libre quien más hace realidad su proyecto. Y para eso hace falta *invertir* la libertad: sin libertad no hay proyecto realizado, del mismo modo que sin semilla no hay nueva planta ni cosecha.

- **«Y cuando madure, me encontraré ¡sin hijos!».** La fecundidad espiritual que tiene el celibato por el Reino de los Cielos es muy grande. No es una fecundidad como la propia del matrimonio: no tendrá hijos biológicos, herederos de su sangre y sus genes. Se trata de una fecundidad *espiritual*, que no es menos verdadera, ya que consiste en dar la propia vida para *dar vida* en el espíritu. Se puede pensar, en ese sentido, que tendrá muchos hijos del espíritu, que se acercarán a Dios como Padre común, a través de su oración, su amistad, su testimonio o su trabajo evangelizador. Por ese carácter espiritual tiene la posibilidad de una extensión muy numerosa y profunda, que

sólo podrá ser medida en el Cielo. Por eso el celibato es camino abierto a una gran fecundidad.

- **«Es más seguro tener “alguien concreto” a quien entregarme, a quien querer, de quien recibir amor».** Esa es una seguridad *relativa*: puede verse como más *segura*, en cuanto a concreta y determinable (tangibile, podemos decir), pero no podemos negar que el amor más *seguro* sólo es el de Jesús. Se comprende que se quiera *asegurar* percibir el cariño o la compañía con gestos concretos, sensibles y humanos. Sin embargo, como ya lo dijimos, un corazón lleno del amor de Jesús se encuentra colmado y puede vivir *sin* esas expresiones sintiéndose a la vez verdaderamente amado y acompañado: eso es, como lo dijimos antes, el *don* del celibato.
- **«Tengo un corazón muy emotivo: me influyen mucho los sentimientos. No creo que sea para mí el celibato».** Es un gran error pensar que el celibato es para personas *frías* o con una afectividad muy *controlada*. Una de las *leyendas negras del celibato* es pensar que este camino está hecho para personas que son excepcionalmente equilibradas y hasta frías en sus emociones y afectos. Pareciera que la afectividad viva o inquieta es un peligro o un impedimento... El celibato está hecho para *grandes corazones*, para personas abiertas al Amor, sensibles a las grandes aventuras de la vida. Una de las tantas muestras de esto es la experiencia de San Agustín, que se reconoce con un *corazón inquieto, hasta que descansa* en el Amor de Dios, y que le hubiese gustado volcarlo sólo en Él antes: *¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! / Tú estabas dentro de mí, y yo fuera, y por fuera te buscaba, y deforme como era me lanzaba sobre las cosas hermosas por Ti creadas. / Tú estabas conmigo, y yo no estaba contigo...*

Rostros y vidas, más que teorías

¿Es el celibato un *proyecto de vida atractivo*? Es decir, ¿puede colmar esa vocación los deseos que llevamos en el corazón para nuestra vida?

Las respuestas más motivadoras y contundentes a esa pregunta no están en los manuales o en las teorías sino en vidas concretas, de carne

y hueso, que nos podrían responder con un *alegre y seguro ¡sí!*

Muchos de ellos son *famosos*: en primer lugar, y como modelo de modo único, ¡el mismo Jesús!; los Apóstoles; muchos santos que han sido grandes aventureros, apasionados de su camino: Agustín, Catalina de Siena, Francisco de Asís, Juan Pablo II, Teresa de Calcuta, Josemaría Escrivá y una larguísima lista difícil de completar. Hay también muchas historias encantadoras de laicos célibes por el Reino de los Cielos.

El testimonio de personas alegres y entregadas libremente a la misión es un impulso irremplazable para sostener la vocación. *Ven y verás*⁹⁸, le dijo Felipe a Natanael, que dudaba de que Jesús sea realmente el Mesías. Para las generaciones jóvenes -que buscan encontrar su vocación o han comenzado a transitarla hace poco tiempo- el testimonio de los más grandes, de su experiencia de fidelidad agradecida es una muestra especialmente poderosa de que *vale la pena*.

En ocasiones, puede ser una prueba -a la que Dios ayuda especialmente- cuando ese entusiasmo encendido no siempre se encuentra en aquéllos que debían inspirar e invitar a proyectarse. En los jóvenes también hay un deseo de *renovar* el mundo, abrir nuevos caminos de formas a veces un poco solitarias y aventureras: puede ser ese impulso apoyado en *la juventud de Dios* que también ayude a *releer* lo entusiasmante del testimonio vocacional, aunque en ocasiones -por muy diversos motivos- no sean mayoritarios o muy numerosos. Vale la pena decir, como invita el Salmo: *Tú, Señor, eres mi esperanza y mi seguridad desde mi juventud*⁹⁹.

Seguramente en la vida de quien lee estas notas muy probablemente puedan surgir varios nombres de personas concretas y conocidas, que son ejemplos luminosos y cercanos y que proclaman silenciosamente: *¡este modo de vida me ha llenado el corazón! Si Dios lo eligió y te lo propone: ¡vale la pena elegirlo!*

Respuestas genuinas e inspiradoras

La riqueza de la vocación es algo tan personal -y por eso difícil de teorizar- que queremos compartir al final de este artículo, algunas

respuestas de personas concretas, que en su espontaneidad nos parecen inspiradoras:

[Preguntamos a “TLL”: ¿por qué razones pensás que una persona joven podría ver en el celibato un proyecto de vida atractivo?]

Y nos responde: *Porque quiere lo que Jesús quiera, porque sabe que quiere lo mejor para ella. Para que entregando la vida a los planes de Jesús pueda devolver un poquito de su amor.*

Porque el matrimonio no es la única forma de ser feliz. Mientras nuestra vida sea una donación a Dios y los demás podremos ser felices. Siendo solteros, casados, viudos, separados, perseguidos, secuestrados, enfermos, con hijos, sin hijos, siendo viejos, jóvenes o en las circunstancias que Dios nos pida. Pienso que la clave es ser magnánimos porque Dios es grande, nos regala mucho, confía en nosotros más que nosotros mismos, y todavía tiene un mundo al que depositarle la gracia de su pasión, muerte y resurrección. Dentro de todos los soldados que tiene en la Tierra, seguro necesita algunos más liberados para llevarlos y traerlos donde el disponga. Que podamos estar como Jesús estuvo para los demás.

[Preguntamos a “AC”: ¿cómo te ves en tu celibato? ¿cómo lo explicás?]

Su respuesta: *Soy una apasionada de las historias, de todo tipo de historias, pero sobre todo de historias reales. Por eso, una de mis mayores pasiones, es escuchar a las personas contarme su propia historia, la historia de sus vidas: de sus ilusiones, miedos y desencantos; de sus sueños, alegrías y temores; de sus heridas, luchas y amores. Y las que más disfruto, sin duda, son estas últimas: las historias de amor.*

Así, como es de imaginar, después de escuchar tantas historias, crecí con la ilusión de algún día poder escribir la mía. Pero lo que nunca pensé, era que el protagonista de esa, mi historia de amor ¡iba a ser Dios!

[Preguntamos a “FF”: ¿Por qué razones una persona joven podría pensar que el celibato está bueno, como proyecto de vida?]

FF nos respondió: *El celibato es algo bueno, porque viene de Dios. Si el Señor nos regala esa vocación, es porque es el camino que nos da para ser*

felices. Tener bien en claro que Él no se deja ganar en generosidad, nos da un poco más de seguridad al momento de decidir.

Naturalmente todos tendemos a un amor en la tierra. Por eso es importante ver el celibato como un camino de Amor. Una persona célibe, es una persona que sabe encontrar el amor de Dios en todos los aspectos de su vida, llenando su corazón de Él. De este modo, se sacian los afectos a los que estamos inclinados naturalmente, ya que no hay amor más grande que ese. El celibato sin Amor no tiene sentido.

[Preguntamos a "MD": ¿Por qué razones una persona joven podría pensar que el celibato está bueno, como proyecto de vida?]

Su respuesta: Creo que lo que más moviliza es la misión de ser mediadores entre Dios y las almas, ser brazos para el Señor. Es bueno verlo como una llamada a una relación muy especial y profunda con el Señor, un proyecto afectivo de dos, que lleve a vivir todo en función de Él, y que luego se encauza esa relación en una misión que consiste en mostrar a las almas el amor de Dios.

Dios necesita algunas almas que de manera exclusiva y directa experimenten su paternidad para ser altavoces de ese cariño. Una orientación de la vida como servicio muy marcada. Pasar ocultos para sostener a otros. Celibato como una oportunidad especial para servir a muchas almas y acercar el Amor de Dios a todos, no sólo desde el hacer sino sobre todo desde el ser.

[Preguntamos a "CS": ¿Cómo puede colmar el celibato el deseo de fecundidad de una persona?]

CS nos responde: El amor es tan grande que es capaz de dar vida, y en el sentido espiritual eso no tiene límites. No hay límites para la maternidad en el celibato, porque por amor a Dios podemos dar vida eterna a otros. Podemos agrandar alma y corazón para que siempre entren más personas; para acoger, cuidar, hacer crecer y dejar volar a cuantas personas encuentren en nosotras un hogar. Eso es lo más propio de la mujer y lo he visto increíblemente vivido por personas célibes. Es conmovedor ver que el corazón, cuando tiene por único "dueño" a Dios, se

sabe dar a todos sin exclusividad a nadie más que a Él, y justamente por eso no deja a nadie afuera.

La fecundidad del alma y del corazón traspasan cualquier expectativa más humana o física, porque no tienen límites.

[Preguntamos a “CS”: ¿Cómo aceptar la vocación al celibato ante la incertidumbre que se presenta y no estar seguros?]

Nos responde: Todo lo bueno empieza con un salto al vacío, por lanzarse a lo desconocido, aunque sea llenos de vértigo. Ningún proyecto de vida que vale la pena está en mi zona de confort.

Es normal buscar seguridades para atenuar miedos, pero tarde o temprano, tenemos que aprender a vivir bailando con Dios.

Buscar garantías en lo conocido, en nuestras seguridades afectivas, es lógico pero un poco errado. Porque la única verdadera garantía es Dios. Casados o célibes, el único capaz de llenar mis anhelos es Él.

[Finalmente preguntamos al ChatGPT: ¿Por qué hoy sería atractivo el celibato apostólico para un joven de la generación Z?]

Y nos sorprendió con una respuesta muy acertada...: El celibato apostólico es una fuente de alegría y de fecundidad espiritual que brota de la unión con Dios y con la Iglesia. Un joven de la generación Z que siente el vacío y la angustia de una vida sin Dios podría encontrar en el celibato apostólico una vía de realización personal y de felicidad auténtica, que nace de la comunión con Dios y con los hermanos, y que se manifiesta en el servicio generoso y desinteresado a los demás.

[Volver al índice](#)

12. INTIMIDAD Y AFECTOS DE LA PERSONA CÉLIBE

Allí donde tengan su tesoro, tendrán también su corazón (Lc 12, 34), dice Jesús a los discípulos. La plenitud del corazón dependerá de que el tesoro que lo colme sea el verdadero tesoro. San Agustín nos recuerda, con su conocida oración: *nos hiciste Señor para Ti, y nuestro corazón estará inquieto hasta que descanse en Ti*. El Amor de Dios es lo que colma el corazón del hombre, lo que lo hace *descansar*; y junto con Su amor, todos los demás amores de esta tierra, en la medida que nos conduzcan a Él y resalten su Amor. Ese es el secreto del corazón de una persona célibe y de su intimidad. Es la perspectiva que lleva a fomentar y enriquecer los afectos que han de llenarlo, los amores que vale la pena cultivar en la propia intimidad.

La intimidad

¿Qué es la intimidad? Lo íntimo es lo más interior, lo interno, es decir: el centro del corazón de la persona. Cuando se refiere a la comunión entre personas, la intimidad «es un tipo de relación que refleja, por un lado, una necesidad fundamental de apego, de conexión segura y estable con otro»¹⁰⁰. En ese sentido, tiene como componente central la cercanía, una cierta inmediatez con el otro. Y, por otro lado, también supone que esta proximidad esté coloreada por una experiencia afectiva. La intimidad se enriquece por medio de la capacidad de una persona para confiar en otra y compartir con ella aspectos profundos y personales de su vida, sintiéndose comprendida y valorada.

La riqueza de la intimidad tiene mucho que ver con la libertad y la aceptación que resultan de sentirse amado y poder corresponder a ese amor personal. Eso genera un espacio de confianza y valoración que son fundamentales. «Disfrutamos de intimidad con otra persona cuando somos capaces de estar ante ella sin nuestras habituales defensas y máscaras, vulnerables y, sin embargo, con plena confianza. No sólo nos sentimos libres para compartir nuestros más profundos miedos y ansiedades, sino que nos atrevemos a revelar lo que es aún

más personal: nuestros más profundos ideales y sueños, los pensamientos más nobles de nuestro espíritu»¹⁰¹.

Esta experiencia de unión, cuando es realmente madura en quien vive el celibato, le permite descubrir que en el fondo de su corazón sólo existe Dios, el único que puede llenar su deseo radical de comunión. Al mismo tiempo, le permite vivir con serenidad y expectativas realistas las relaciones de mayor o menor intimidad con las demás personas.

Dimensiones de la intimidad

La intimidad personal tiene múltiples dimensiones, por ejemplo: intimidad sexual, física (no sexual), intelectual (compartimos ideas o perspectivas), emocional (se comparten sentimientos y empatía), social (compartir tiempo, inquietudes), espiritual (compartimos aspectos de nuestro vínculo con Dios), entre otras. Esas dimensiones no pueden ser completamente satisfechas por una única persona, sino por una red relaciones. Cada persona -inclusive Dios- accede y complementa algunas de esas dimensiones de la intimidad, según la exclusividad y centralidad en el proyecto personal. Como antes hemos explicado, en el célibe, la intimidad de la sexualidad se completa por superación, desde la armonía del corazón y los sentimientos con Dios y la fecundidad espiritual de la propia vida.

La auténtica riqueza de la intimidad siempre tiene que pasar -en algún momento de la vida- por una fase de cierta desilusión, una caída parcial de las idealizaciones, fruto quizás de una imagen poco realista del camino del celibato o del matrimonio. La intimidad verdadera sobrevive al encantamiento inicial, se profundiza y se vuelve más auténtica si supera esta purificación¹⁰².

¿Amar a un Dios *invisible*?: la exclusividad con Jesús

Si nadie ha visto jamás a Dios, ¿cómo podremos amarlo? Respondiendo a esa inquietud, dice Benedicto XVI: «Dios no es del todo invisible para nosotros, no ha quedado fuera de nuestro alcance. Dios nos ha amado primero, dice la Carta de Juan (cf. 1Jn 4, 10), y este amor de Dios ha aparecido entre nosotros, se ha hecho visible, pues "Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él" (1Jn

4, 9). Dios se ha hecho visible: en Jesús podemos ver al Padre (cf. Jn 14, 9). De hecho, Dios es visible de muchas maneras. En la historia de amor que nos narra la Biblia, Él sale a nuestro encuentro»¹⁰³. Dios se ha hecho especialmente *visible* -y, de alguna manera, también *sensible*- en Jesucristo. Por eso el encuentro personal con Él es esencial para abrazar el Amor de Dios, para que el corazón colme su intimidad en primer lugar del único Amor en el que realmente *descansa*.

Es esencial el cariño sincero a Jesús. Para el célibe es fundamental centrar la intimidad en la exclusividad de Su amor. Lo es para todo cristiano, pero de un modo radical y mucho más inmediato, para el célibe. La vida de piedad es el *alma* de la relación personal con Jesús. Por eso debe ser la prioridad, lo que se debe renovar y profundizar. Esa dinámica es la que colma el corazón: «el reconocimiento del Dios viviente es una vía hacia el amor, y el sí de nuestra voluntad a la suya abarca entendimiento, voluntad y sentimiento en el acto único del amor. No obstante, éste es un proceso que siempre está en camino: el amor nunca se da por "concluido" y completado; se transforma en el curso de la vida, madura y, precisamente por ello, permanece fiel a sí mismo»¹⁰⁴.

El secreto de un celibato *saludable*

Mientras el cariño a Jesús esté vivo, percibido y manifestado en lo pequeño, en una *búsqueda contemplativa* de Su presencia, la vocación estará saludable y se podrá vivir con alegría. Dice F. Sheen: «si un hombre renuncia a su libertad por una mujer que ama, entonces también es posible que un hombre renuncie a una mujer por Cristo. El amor, en el celibato, aumenta y disminuye con el amor a Él. En la medida que Cristo ya no reina en los corazones, algo debe ocupar su lugar y llenar el vacío»¹⁰⁵.

Por eso, también «el celibato cuesta más cuando nos *desenamoram*os de Cristo. Allí se convierte en una pesada carga. (...) *Si lo vemos en relación con Cristo, deja de ser un problema y pasa a ser una cuestión de amor.* (...) Podría dibujar -sigue diciendo Sheen- una curva de mi propia vida -y estoy seguro de que cada sacerdote tendría una parecida- y mi actitud respecto del celibato siempre se vería en relación directa con mi

amor personal a Cristo. Una vez que nuestras pasiones ya no se encienden por Él, comienzan a encenderse por las creaturas. *El celibato no es la ausencia de pasión; es más bien la intensidad de una pasión*. Toda pasión tiene un objeto que la despierta: una montaña de oro, una mujer, “un mechón de pelo” -como dijo Kipling-, o Cristo»¹⁰⁶.

Un corazón lleno de rostros y de nombres

La libertad particular que brinda el celibato da una amplitud de corazón que permite ofrecer un cariño grande y puro a muchas personas: el corazón del célibe necesita estar *lleno de rostros y de nombres*¹⁰⁷. Se aplica especialmente en el célibe lo que dice Machado: «Poned atención: / un corazón solitario / no es un corazón». El amor primero y exclusivo es para Jesús. Es justamente ese amor a Él lo que permite amar, por Él y con Él, a muchísimas personas que Dios pone en el camino de la vida.

De algún modo, *sentirse amado y amar a Dios* pasa en buena parte por las personas con las que compartimos nuestra vida¹⁰⁸. El afecto personal, la amistad, son importantes *lugares* en los que Dios *expresa* su Amor y, de algún modo, *llega* a tocar nuestra sensibilidad. «Esa caridad -afirma San Josemaría-, se llena de matices más entrañables cuando se refiere a los hermanos en la fe, y especialmente a los que, porque así lo ha establecido Dios, trabajan más cerca de nosotros (...). Si no existiese ese cariño, amor humano noble y limpio, ordenado a Dios y fundado en Él, no habría caridad»¹⁰⁹.

Esta dimensión de un corazón generoso lleva, por tanto, a luchar y distanciarse de un modelo de vida individualista, solitario o reservado a un cumplimiento externo de los deberes. Amar supone comprometer el corazón, abrirse y acoger la realidad del otro en su riqueza y diversidad.

«Amare in Deum»

«Por mucho que ames, nunca querrás bastante -afirma San Josemaría-. El corazón humano tiene un coeficiente de dilatación enorme. Cuando ama, se ensancha en un "crescendo" de cariño que supera todas las barreras. Si amas al Señor, no habrá criatura que no

encuentre sitio en tu corazón»¹¹⁰. Esa es la clave: amar mucho y a todos, *en Jesús y por Jesús*. Y así el corazón estará lleno y será libre.

El corazón de una persona célibe está especialmente llamado a participar de la *universalidad del amor* de Dios a todas las personas¹¹¹. Es precisamente la entrega *exclusiva* a Dios –corporal y espiritual- que se vive en ese camino, la que hace posible luego su entrega *universal* a los demás¹¹². Es importante entender que Dios no pide al célibe *querer menos* a las personas, para reservarse a Él. Lo que se entrega sólo a Jesús es el amor de *exclusividad*, que lleva a afectos y manifestaciones únicas que son consecuencia de compartir la intimidad con el Señor. Ese mismo corazón, lleno de Dios, se hace así capaz de un amor real y generoso que puede querer sin miedo a muchos y quererlos de verdad. Amar a muchas personas *en Cristo y por Cristo* es signo y refuerzo del amor a Él. La *universalidad* que tiene el corazón de quien vive el celibato es un reflejo fuerte y nítido del amor que él mismo recibe del Señor¹¹³.

«Ningún amor humano verdadero es incompatible con la plena entrega a Cristo *con tal de que se integre y se incorpore a esa entrega y esté impregnada por el espíritu de Cristo*. Y nuestra identificación con Cristo no priva a ninguno de nuestros amores de su carácter afectivo. (...) Ahí está la clave: en amar las cosas [y las personas] *en Dios*»¹¹⁴. Así se vive sin miedo y alejados del peligro de enredarse en inmaduros apegos, preferencias y, en definitiva, deformaciones propias de la *pequeñez* del amor genuino. Querer mucho y a todas las personas *en y a través del Corazón de Jesús*, «amare in Deum», es el modo propio de tener el corazón pleno del verdadero amor.

La misión con pasión

El corazón de una persona encuentra también sus grandes amores en su misma *misión*: comprometer el corazón con las personas, el proyecto evangelizador, la institución en la que se trabaja, las iniciativas que promueve... Todo eso ha de ser expresión del deseo de fecundidad que encuentra, por la fe, el campo adecuado para desplegarse. Así es posible distanciarse de la actitud que podrían reducir la vocación a una

mera *función* que cumplir. Para el célibe, de un modo particular, «la misión es el oxígeno de la vida cristiana»¹¹⁵.

La entrega y disponibilidad de los esposos en el matrimonio puede de ser un buen modelo para el *compromiso* que un célibe ha de fomentar en su vida. «La virginidad -explica el Papa Francisco- es una forma de amar. Como signo, nos recuerda la premura del Reino, la urgencia de entregarse al servicio evangelizador sin reservas (cf. 1Co 7, 32).»

«El celibato corre el peligro de ser una cómoda soledad, que da libertad para moverse con autonomía, para cambiar de lugares, de tareas y de opciones, para disponer del propio dinero, para frecuentar personas diversas según la atracción del momento. En ese caso, resplandece el testimonio de las personas casadas. Quienes han sido llamados a la virginidad pueden encontrar en algunos matrimonios un signo claro de la generosa e inquebrantable fidelidad de Dios a su Alianza, que estimule sus corazones a una disponibilidad más concreta y oblativa»¹¹⁶.

En la misión, la cercanía personal con Jesús y la riqueza de la propia vida se encuentran, tejiendo una unidad en el proyecto de vida que llena el corazón. «El verdadero misionero, que nunca deja de ser discípulo, sabe que Jesús camina con él, habla con él, respira con él, trabaja con él. Percibe a Jesús vivo con él en medio de la tarea misionera. Si uno no lo descubre a Él presente en el corazón mismo de la entrega misionera, pronto pierde el entusiasmo y deja de estar seguro de lo que transmite, le falta fuerza y pasión. Y una persona que no está convencida, entusiasmada, segura, enamorada, no convence a nadie».¹¹⁷

Institución e intimidad

Pueden parecer dimensiones muy separadas, independientes. Sin embargo, tienen una estrecha relación. El celibato por el Reino de los cielos se vive en la Iglesia, insertados en una institución que, en parte, ha de proteger y promover la identidad de la misión recibida de Dios y, a la vez, transmitir la conciencia de hogar en la que sentirse queridos y valorados. De hecho, las dos dimensiones que definen la vida de una

persona tienen mucho que ver con eso: trabajo y familia; lugar donde sentirse valorado y el espacio donde hacer fecunda la vida.

En efecto, la salud de la intimidad personal necesita también de una vivencia de la vocación donde la dimensión institucional sea familia, se sienta como casa, como lugar seguro de pertenencia y envío. Esto sucede en buena parte cuando hay identificación con los gestos, palabras, objetivos (ritos, tradiciones, lenguajes, visiones, opciones, sensibilidades). El deseo de pertenencia se refuerza al sentirse cercanos, acogidos con calidez, reconocidos y apreciados. En este sentido, tanto la dimensión vertical de la autoridad, como la horizontal de la fraternidad tienen un rol de gran importancia para el reconocimiento y la valoración de cada persona.

Se trata de trabajar conjuntamente y buscar, en lo esencial, comunión de fe y misión. Y en lo accidental, diálogo respetuoso y abierto para acoger lo diverso como riqueza y no como amenaza. La *intimidad institucional* implica poder expresar asertivamente -con honestidad y respeto- la propia opinión, dolores, perplejidades, etc. Esa pertenencia lleva a una comunión de hermanos y aleja de la distancia diplomática¹¹⁸.

Tanto para la intimidad de la persona como para la institución, la confianza mutua es un valor fundamental. «La espiritualidad de la comunión -decía Juan Pablo II- da un alma a la estructura institucional, con una llamada a la confianza y apertura que responde plenamente a la dignidad y responsabilidad de cada miembro del Pueblo de Dios»¹¹⁹. Esa confianza es un valor irremplazable, frágil y siempre necesitado de un crecimiento en el que cada uno es indispensable, hecho de esfuerzo y donación, que se enriquece desde lo humano y lo sobrenatural.

[Volver al índice](#)

13. LA MISIÓN EN EL CELIBATO: MOTIVACIÓN QUE ENCIENDE LA PASIÓN

Soy una misión: identidad y propósito

Pedro, que llegaría a ser la roca firme para la Iglesia, siente inquietud sobre el futuro, y pregunta al Señor: «*Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido. ¿Qué será de nosotros?*» (Mt 19, 27; Mc 10, 28). — Jesús le da una respuesta que supera todo lo que puede Pedro esperar: le dice que aquellos que lo sigan y dejen todo recibirán cien veces más en casa y en campos, en hermanos y hermanas, en madres e hijos, y en el mundo futuro, la vida eterna (cfr. Mt 19, 29; Mc 10, 29-30). La respuesta de Jesús nos brinda una visión profunda de la felicidad. ¿Por qué menciona *casa y campos*? Porque representan dos elementos esenciales para la plenitud: un lugar donde sentirse amado y amar (la *casa*) y un espacio en el mundo donde la vida pueda florecer, ser fecunda, dejar huella (*campos*).

Además de los afectos, mencionados como hermanos y hermanas, madres e hijos, en la *casa* y los *campos* encontramos las motivaciones que dan impulso a nuestro camino vocacional. Vivir el celibato por el Reino de los Cielos significa que en el *campo* encontramos nuestra *misión*. La misión, el propósito de toda nuestra vida, es aquello que deseamos construir, realizar y conquistar, y al mismo tiempo, nos transforma en la persona que aspiramos a ser, la que Dios nos invita a ser. Al cumplir con nuestra misión, respondemos a la llamada de nuestra vocación, transformando nuestra existencia por amor.

Por esta razón, la misión se convierte en un componente fundamental de nuestra existencia. El Papa Francisco nos enseña que la misión «no es una parte de mi vida, o un adorno que me puedo quitar; no es un apéndice o un momento más de la existencia. Es algo que yo no puedo arrancar de mi ser si no quiero destruirme. Yo soy una misión en esta tierra, y para eso estoy en este mundo».¹²⁰

Vocación y misión: un binomio inseparable

La vocación cristiana es el llamado personal que Dios nos hace a cada uno para seguir a Jesucristo, identificándonos con Él a través del

amor. Por otro lado, la misión es la tarea mediante la cual cada cristiano logra esa identificación específica con Cristo, difundiendo el Evangelio y contribuyendo a la transformación del mundo según el plan divino para cada persona.

Podemos entender la vocación como el motivo original de toda entrega y camino —causa eficiente y a la vez causa final de toda vida cristiana en unión con Cristo—, mientras que la misión es el camino que nos lleva a esa identificación con Cristo y el cometido o encargo particular que Jesús da cada uno. Tomemos ejemplos concretos, como María, cuya vocación fue el llamado por medio del Ángel Gabriel a dar vida al Hijo de Dios por amor, convirtiéndose así en una figura íntimamente unida a Dios; su misión, en este caso, fue la de ser la Madre de Jesús y Corredentora con Él. En el caso del apóstol Pedro, la vocación fue la invitación a seguir a Jesús entre los primerísimos e identificarse con Cristo por amor, y su misión fue hacer realidad ese proyecto al convertirse en la cabeza de la Iglesia. Como vemos, vocación y misión se entrelazan de manera inseparable.

«Nada hace entender mejor lo que en cada momento es un hombre o una mujer -afirma Julián Marías- que el mapa de sus ilusiones, con su verdadero relieve, con su intensidad, su carácter epidérmico o visceral, con la acumulación sobre cada una de ellas de más o menos dimensiones de esa biografía. (...) Lo que más puede descubrir a nuestros propios ojos quién somos verdaderamente, es decir, quién pretendemos ser últimamente, es el balance insobornable de nuestra ilusión. ¿En qué tenemos puestas nuestras ilusiones, y con qué fuerza? ¿Qué empresa o quehacer llena nuestra vida y nos hace sentir que por un momento somos nosotros mismos?»¹²¹.

Tener clara y viva nuestra misión es fundamental para mantener la motivación y conservar el sentido y la dirección de nuestra vida. Es en este propósito donde encontramos la perspectiva y la fuerza necesarias para mantener la mano en el arado, para tomar decisiones y para llevar a cabo los pequeños y grandes proyectos. Así nuestra vida se vive con entusiasmo e ilusión y, en gran medida, con pasión. Al mismo tiempo, todo lo que suceda a nuestro alrededor puede ser encauzado e integrado también hacia el cumplimiento de nuestra misión.

Misión: *pentagrama de la motivación*

Todos aspiramos a vivir una vida impregnada de amor, donde ese amor se haga tangible a lo largo del camino. El amor requiere manifestarse de manera concreta, permitiéndonos *tocarlo, saborearlo y disfrutarlo*. Podemos afirmar que el amor, en su forma más pura, no existe si no se expresa y se encuentra plasmado en el propósito que impulsa y da sentido a nuestras acciones y proyectos.

Imaginemos el amor como una partitura: las notas por sí solas no pueden componer una sinfonía si no están cuidadosamente escritas y situadas sobre el pentagrama. De manera similar, solo en una misión recibida, aceptada, elegida y renovada, concretada en proyectos, nuestras acciones y eventos adquieren significado, encontrando su razón de ser en el amor. Así como las notas musicales sólo concretan una pieza musical cuando están escritas sobre un pentagrama, de un modo semejante solo en la propia misión, las acciones, proyectos y desafíos —e incluso las dificultades— pueden ser vividas con entusiasmo.

El taller de las ilusiones

Para vivir la misión con auténtica ilusión, necesitamos dar un paso más. Este paso implica utilizar nuestra libertad y comprometernos con lo que somos, deseamos y los talentos que poseemos poniéndolos en juego en proyectos e iniciativas. Se trata de ir construyendo, día a día, la finalidad de nuestra existencia a través de planes y proyectos, grandes o pequeños, orientados a las personas.

La misión puede imaginarse así como un increíble catálogo de proyectos; estos proyectos están incoados como posibilidades abiertas, pero requieren ser elegidos y diseñados, soñar con ellos, elaborarlos y trabajar en ellos, poniendo en juego todas nuestras capacidades. Siguiendo con la comparación de la maternidad, la misión de ser madre requiere que cada hijo o hija sea un macro-proyecto: elegido, trabajado, querido y cuidado. Además, su misión de madre y esposa implica otros proyectos, grandes o pequeños, que hacen valiosa la contribución a la familia, como su profesión, sus hobbies, las amistades, el carácter, entre otros.

Vivir la vocación con ilusión implica elegir y entregarse a proyectos que se presentan en la vida o que vamos descubriendo, y nos llevan a hacer realidad con pasión la misión que buscamos cumplir. Cada persona necesita así abocarse a trabajar en su propio *taller de ilusiones*. Así como un artesano, en su taller, busca modelos, evalúa sus materiales, prueba, ensaya, aprende y, sobre todo, se compromete con lo mejor que puede dar, así la misión personal debe trabajarse con creatividad y entrega de corazón.

Disfrutar de la *pasión por lo bueno*

El amor actúa como un motor que es alimentado por las ilusiones, los proyectos. Ellos surgen de una fuente fundamental: la esperanza. Sin esperanza, las ilusiones se apagan, los proyectos pierden fuerza y el amor se debilita. Cuando la esperanza está encendida, la vida cotidiana se ilumina, adquiere sentido e impulso, y la misión personal nos llama a entregarnos con generosidad.

A su vez, el ir concretando esos planes y proyectos genera alegría y felicidad, que para Tomás de Aquino son el fruto de la posesión del bien antes anhelado, deseado¹²². Además, estos proyectos implican personas, implican el bien y la felicidad de otros. Por eso, en la misión vocacional se da de manera paradigmática *la pasión por lo bueno*, pasión por lo realmente bueno, por lo mejor: lo que Dios quiere de cada uno de nosotros y de los demás a los cuales se dirigen nuestros desvelos.

«La felicidad -dice E. Rojas- consiste sobre todo en ilusión. Con ellas la vida se vive sobre todo como anticipación. Nos adelantamos, la vamos diseñando y cuando llega lo anticipado, lo saboreamos lentamente, paladeando lo que trae consigo. La felicidad está basada en encontrar un programa de vida atractivo, satisfactorio, capaz de llenar y que sea el acompañante esencial de la existencia, de nuestra biografía»¹²³. La tarea de rediseñar y mantener esas *ilusiones* activas y renovadas es una tarea personal, es una de las *tareas del amor*.

La *materia prima* de los proyectos

Aquí hemos llamado *taller de ilusiones* a una actitud que nace de confiar y hacer propia la misión y lleva a diseñar proyectos en nuestra

vida, para hacer realidad ese ideal que Dios nos ha propuesto con la vocación. Proyectos grandes y otros pequeños, a veces obvios y otras veces muy novedosos, donde ponemos toda nuestra creatividad e impulso, que se construyen con lo que somos y vivimos cotidianamente, pero que tienen un sentido superador, más amplio y profundo: son expresión de lo que motiva y orienta nuestra vida.

¿Cuáles son los *materiales* con los que construir esas ilusiones, esos proyectos? ¿Qué aspectos de la realidad considerar para diseñarlos?

- En primer lugar, la vocación y la misión específica que hemos recibido de Dios.
- Mis capacidades, habilidades, talentos y deseos.
- Las circunstancias que hoy tengo en mi existencia.
- Lo que Dios y los demás necesitan de mí.

Aunque habrá muchos otros factores, ser conscientes de esas realidades y adoptarlas como una invitación a ser fecundos, llena la vida y le da elementos para vivirla con pasión. Nos hace pensar en esto la actitud que podemos ver en quien recibió los cinco talentos de la parábola evangélica (Mt 25, 14-30). Él salió a negociar, pensando, arriesgando, probando, quizás perdiendo y luego ganando: pero en su vida no eligió ser un *funcionario*, sino alguien llamado a implicarse, a poner todo de sí para realizar su misión.

Como *actitud*, el diseño de las ilusiones requiere grandes horizontes, magnanimidad: tener metas grandes y a la vez el realismo de concretarlas en lo pequeño, en lo inmediato, es una combinación propia de la madurez. Así la vocación se vive con motivación.

Los demás: un *altavoz* de Dios para ser fecundos

Por otra parte, la misión no es un propósito vago y difuso que se limita a una orientación genérica hacia alguna actividad. Implica tanto el cuadro completo, como los detalles. Además, es importante tener en cuenta que la misión se hace vida cuando nos encontramos con las necesidades de los demás, en el servicio y en la amistad; el encuentro con la vida de los amigos, de los que nos rodean, y de sus necesidades y

de lo que necesitan de nosotros. El *entorno* es frecuentemente un altavoz de Dios, que nos llama en las necesidades de los demás. Así, el encuentro entre las necesidades de los demás y los propios talentos, se convierte en misión: «La fidelidad —el servicio a Dios y a las almas—, que te pido siempre -afirma San Josemaría-, no es el entusiasmo fácil, sino el otro: el que se conquista por la calle, al ver lo mucho que hay que hacer en todas partes»¹²⁴.

Un ejemplo palpable de misión se revela en la maternidad: esta no define a una madre de manera genérica, sino que cada madre es única, con características propias y circunstancias específicas relacionadas con sus hijos. Aunque haya muchas madres, cada una lo es y lo vive de una manera exclusiva, irrepetible, tanto en su llamado global a entregarse a su familia, como en la concreción de esto en cada momento con cada uno de sus hijos e hijas.

Puede afirmarse que la maternidad ofrece un paradigma para descubrir y comprender toda misión: ella transforma la existencia, otorga un profundo sentido de fecundidad, se convierte en un canal para dar vida en un sentido *vital* (más allá de lo biológico), proporciona una posición en la vida, implica una motivación trascendente y permite que la madre se perpetúe de alguna manera en el hijo, otorgando un valor trascendental a su propia existencia. Muchos de estos elementos, también se encuentran —en una forma diferente, pero también muy real, exigente y plenificante— en la elección del celibato por el Reino de los Cielos, cuando se vive la existencia como una misión.

San Pablo: vocación que lleva a vivir la misión con pasión

Demos un vistazo a la apasionante vida de San Pablo. Es conocido el momento crucial en el que el Señor lo llama de manera intensa. Mientras perseguía a los cristianos, experimenta un resplandor envolvente que lo hace caer, y en ese instante, escucha la voz del Señor. Ante la pregunta de Pablo: «¿Quién eres tú, Señor?», resonó la respuesta: «Yo soy Jesús, a quien tú persigues» (Hch 9, 5). Este episodio es la iluminación vocacional fundamental en su vida.

Inmediatamente después, comienza un camino que lo guiará a descubrir su misión, es decir, al modo concreto o propósito específico

de su vocación incondicional a seguir al Maestro. A través de Ananías, y tras un período de aprendizaje, comprende que debe salir a «*predicar en las sinagogas que Jesús es el Hijo de Dios*» (Hch 9, 20). Pablo no recibió un plan minucioso y preciso de lo que debe hacer. Utilizando sus dones, conocimientos y asumiendo su responsabilidad, elige su actividad concreta con el objetivo de cumplir fielmente su misión. La vida de Pablo se llena de proyectos, sueños, ilusiones, riesgos y también errores, dolores y alegrías, todos ellos inspirados y elegidos en función de su misión.

San Pablo: proyectos e iniciativa

Entre sus numerosos proyectos, realizó cuatro viajes misioneros por Asia Menor, Grecia y Roma, fundando comunidades cristianas y enseñando la fe. Escribió trece Cartas a las iglesias que había fundado o visitado, así como a algunos de sus colaboradores, con el propósito de animarlos, instruirlos y corregirlos en la fe. Y en esas Cartas está el desarrollo más decisivo de la fe y la teología cristianas de la historia. A la vez, tuvo una vida de trabajo corriente —en Hch 18, 1-4 se cuenta que se dedicaba a la fabricación de tiendas—, que supo hacer compatible con los demás proyectos. También su trabajo cotidiano era uno de sus *proyectos* para la misión.

En cada uno de estos proyectos, Pablo no solo cumple un cometido, sino que también se realiza en su existencia, llevando a cabo sus sueños mientras concreta su propósito: de eso se trata precisamente la verdadera *misión*. Se siente libre y, al mismo tiempo, un colaborador obediente del Señor. Esa entrega en la misión es lo que le da sentido a su vocación. Así, puede afirmar que «*ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí*» (Gal 2, 20). De esta manera, vive su vocación con ilusión y pasión, incluso cuando las dificultades no son pequeñas y la cruz está presente en su camino. Y puede así terminar con esa frase de realización y plenitud, que ha atravesado los siglos: «*Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no solo a mí, sino también a todos los que aman su venida*» (2 Ti 4, 6-8).

Curar la desilusión

Como la ilusión es efecto de una motivación que enriquece el camino, en la vida también es posible encontrarse con momentos de desilusión. Aunque puede deberse a múltiples factores, resaltamos algunas situaciones en las que influye posiblemente una cierta *crisis de motivación*:

- *La falta de libertad*: Cuando la misión comienza a verse como una tarea que limita, una ocupación que condiciona, se pierde de vista la riqueza de la llamada vocacional y la potencia de la misión recibida y de las posibilidades creativas con que podemos concretarla, y se desdibuja la motivación verdadera, que quizás llegue a reemplazarse con una sacrificada abnegación, pero a la que no se le puede pedir entusiasmo y apasionamiento¹²⁵.
- *La crisis de fe en la vida práctica, concreta*: Esto lleva a una ruptura, una falta de unidad en la vida, y surge un relativismo práctico que lleva a actuar como si Dios no existiera, soñar como si los demás no existieran, trabajar como si quienes no recibieron el anuncio no existieran. Eso puede llevar a personas comprometidas a caer en un estilo de vida aferrado a seguridades económicas, o a espacios de poder y de gloria humana, en lugar de dar la vida por los demás en la misión¹²⁶.
- *Una identidad vocacional diluida*: Así —señala el Papa Francisco— surge «una preocupación exacerbada por los espacios personales de autonomía y de distensión, que lleva a vivir las tareas como un mero apéndice de la vida, como si no fueran parte de la propia identidad. Al mismo tiempo, la vida espiritual se confunde con algunos momentos religiosos que brindan cierto alivio pero que no alimentan el encuentro con los demás, el compromiso en el mundo, la pasión evangelizadora»¹²⁷.
- *Una excesiva influencia de la opinión del mundo*: Se ha llegado a esa situación quizás por vaciamiento interior o cierta superficialidad. «Como consecuencia, aunque recen, muchos agentes pastorales desarrollan una especie de complejo de inferioridad que les lleva a relativizar u ocultar su identidad cristiana y sus convicciones. Se produce entonces un círculo

vicioso, porque así no son felices con lo que son y con lo que hacen, no se sienten identificados con su misión evangelizadora, y esto debilita la entrega. Terminan ahogando su alegría misionera en una especie de obsesión por ser como todos y por tener lo que poseen los demás. Así, las tareas evangelizadoras se vuelven forzadas y se dedican a ellas pocos esfuerzos y un tiempo muy limitado»¹²⁸.

«Yo hago nuevas todas las cosas»

Esta frase del Apocalipsis (21, 5) nos invita a poner nuestra esperanza de renovar la ilusión en Jesús Resucitado, victorioso sobre la muerte y el pecado. Así, la “reilusión” surge de volver a buscarlo a Él como el motivo principal y la fuerza para recuperar el sentido de la vida y su plenitud. En esos momentos de la vida, son especialmente oportunas las palabras del Señor en el Evangelio: *«Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida»* (Jn 14, 6), sobre todo cuando necesitamos purificarnos, sanar y recomenzar.

Retornar al origen, a los motivos que nos llevaron a abrazar nuestra vocación, intentar redescubrir su vigencia, volver a centrarse en la necesidad y urgencia de la propia misión para el bien de los demás y examinar nuestras disposiciones se convierten en tareas necesarias. En este proceso, descubrimos que la libertad se recupera cuando realizamos nuestras acciones por amor, y no simplemente siguiendo nuestros caprichos o deseos.

El Papa Francisco también utiliza la imagen del Resucitado, que en el primer encuentro con los discípulos los invita a ir a Galilea: *«Para resurgir, para recomenzar, para retomar el camino, necesitamos volver siempre a Galilea; no al encuentro de un Jesús abstracto, ideal, sino a la memoria viva, a la memoria concreta y palpitante del primer encuentro con Él. Sí, para caminar debemos recordar, para tener esperanza debemos alimentar la memoria. Y esta es la invitación: ¡recuerda y camina!»¹²⁹*

De esta manera, nuestra vida discurrirá en ese “comenzar y recomenzar”, y, como nos confirma el Papa, *«si recuperas el primer amor, el asombro y la alegría del encuentro con Dios, irás hacia adelante»¹³⁰.*

[Volver al índice](#)

Notas

[←1]

Fazio, M., *Historia de las ideas*, Rialp, Madrid (2007), 331-332.

[←2]

Fazio, M., *Historia de las ideas*, Rialp, Madrid (2007), 333.

[←3]

Cfr. Vial, W., *Psicología y celibato*, en Caballero, Juan Luis (Ed.), *El celibato cristiano. Una vida plena y fecunda*. Palabra (Madrid), 2019, 180.

[←4]

Papa Francisco, Enc. *Lumen fidei*, n. 52.

[←5]

S. Pablo VI, Exhort. ap. *Evangelii nuntiandi*, 8-XII-1975, n. 41.

[←6]

Cfr. Vial, W., *Psicología y celibato*, en Caballero, Juan Luis (Ed.), *El celibato cristiano. Una vida plena y fecunda*. Palabra (Madrid), 2019, 185.

[←7]

San Juan Pablo II, Encíclica *Redemptor Hominis*, 10.

[←8]

Ocáriz, F., *Sobre Dios, la Iglesia y el mundo*, Ed. Logos, Rosario (2013), 123.

[←9]

Ugarte Concuera, F., *¿Puedo elegir mi vocación?*, Ed. Logos, Rosario (2014), 22.

[←10]
Idem. Pg. 23

[←11]

Desde la primera época del cristianismo hubo hombres y mujeres que acogieron la vocación al celibato y siguieron ese camino. Los varones solían llamarse ascetas o continentes, y las mujeres recibían el nombre de vírgenes. Aunque fue una práctica originaria, con la aparición y difusión del monaquismo a comienzos del siglo IV, el celibato vivido por cristianos corrientes en medio del mundo prácticamente desapareció y dejó de ser considerado también teológicamente. Esta situación cambia en la primera mitad del siglo XX, con el movimiento general de vuelta a las fuentes del cristianismo. Allí comienza a establecerse nuevamente este camino del celibato laical en instituciones de la Iglesia, como es el caso del Opus Dei. Cfr. Touze, L., voz *celibato*, en *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer*, Ed. Monte Carmelo – Instituto Histórico San Josemaría Escrivá de Balaguer, 3ra ed., Burgos (España), 2015, 224.

[←12]

Nos referimos al rito latino. En la Iglesia Católica de Oriente el celibato no es un requisito exigido para los presbíteros. Pueden contraer matrimonio antes de recibir el orden sacerdotal. En cambio sólo acceden al episcopado los presbíteros que han optado voluntariamente por el celibato. Las razones de esta disciplina son multiseculares, y fundamentadas en diversas situaciones históricas.

[←13]

Para una consideración sobre la diferencia entre el celibato sacerdotal, religioso y laical, cfr. Leonardi, M., *Como Jesús*, Palabra, Madrid (2015), 79-93.

[←14]

Cfr. Jn 15, 16.

[←15]

Cfr. García-Morato, J. R., *Creados por amor, elegidos para amar*, Eunsa, Pamplona (2005), 51 y 52.

[←16]

Los esenios eran los seguidores de una secta judía que practicaban el ascetismo, el celibato y la comunidad de bienes y observaba celosamente los preceptos de la Torá, la Ley Mosaica.

[←17]

Es en una forma de consagración de una mujer o un hombre hebreo a Yahveh, mediante un voto de cumplir una serie de preceptos de vida. Al consagrado por medio de este voto se le llamaba *nazireo* o *nazareo*. Las prescripciones a seguir se narran en Num 6.

[←18]

Cfr. Leonardi, M., *Como Jesús*, Palabra, Madrid (2015), 93-98.

[←19]

Papa Francisco, Exhort. Apost. *Amoris laetitia*, n. 161.

[←20]

Para una breve síntesis histórica de los distintos modos de vivir el celibato, cfr. Leonardi, M., *Como Jesús*, Palabra, Madrid (2015), 75-79.

[←21]

Cfr. García-Morato, J. R., *Creados por amor, elegidos para amar*, Eunsa, Pamplona (2005), 53.

[←22]

Forja, n. 1005.

[←23]

Cfr. Mc 10, 28-31.

[←24]

Fromm, E. *El arte de amar*, Paidós, Barcelona (1990), 60-61.

[←25]

Para una reflexión más amplia sobre este tema tan importante, cfr. Benedicto XVI, Enc. *Deus Caritas est*, en especial, n. 7 y 8.

[←26]

Cfr. Philippe, J., *La libertad interior*, Ed. San Pablo, Buenos Aires (2005), Cap. III, 87-133.

[←27]

S. Tomás de Aquino, Suma Teológica, 1-2, 1. 112, a. 5.

[←28]

Philippe, J., *La libertad interior*, Ed. San Pablo, Buenos Aires (2005), 122.

[←29]

Philippe, J., *La libertad interior*, Ed. San Pablo, Buenos Aires (2005), 126.

[←30]

Vial, W., *Madurez psicológica y espiritual*, Ed. Palabra, Madrid (2016), 115.

[←31]

Benedicto XVI, *Discurso en Iglesia de la Santísima Trinidad-Fátima*, 12-V-2010.

[←32]

Covey, S. R., *Los 7 hábitos de la gente eficaz*, Paidós, México (1994), 91.

[←33]

Juan Pablo II, *Homilía en Córdoba, Argentina*, 8-IV-1987.

[←34]

Thibon, G. *Entre el amor y la muerte*, Rialp, Madrid (1997), 59-60.

[←35]

Benedicto XVI, *Homilía*, 17-IV-2011.

[←36]

Este tema se amplía en los cap. 3 y 4.

[←37]

Super Evang., S. Mat. lect., 22, 4.

[←38]

García-Morato, J. R., *Crecer, sentir, amar*. EUNSA, Pamplona (2002), 40.

[←39]

«La entrada en la contemplación es análoga a la de la Liturgia eucarística: "recoger" el corazón, recoger todo nuestro ser bajo la moción del Espíritu Santo, habitar la morada del Señor que somos nosotros mismos, despertar la fe para entrar en la presencia de Aquél que nos espera, hacer que caigan nuestras máscaras y volver nuestro corazón hacia el Señor que nos ama para ponernos en sus manos como una ofrenda que hay que purificar y transformar». Catecismo de la Iglesia Católica, n. 2711.

[←40]

1 Cor. 2, 9.

[←41]

Abbá, G., *Felicità, vita buona e virtù*, Lib. Ateneo Salesiano, Roma (1989), cap. IV, 19.

[←42]

Algunos autores distinguen esos impulsos diciendo que los *deseos* nos dirigen hacia lo placentero, mientras que los *impulsos* nos dirigen a lo que es bueno pero requiere sortear una dificultad. Por ejemplo, un *deseo* sería comer esta porción de pizza y un *impulso* sería ahuyentar a un perro que me amenaza con su ladrido.

[←43]

Papa Francisco, *Catequesis*, 12-X-2022.

[←44]

Benedicto XVI, *Audiencia general*, 7-XI-2012.

[←45]

Es necesario aclarar que no todo *querer* nace siempre de un *deseo sensible*. Eso demuestra que el hombre es capaz de aspirar a realidades más altas que las que nacen de la atracción de los sentidos. Sin embargo, aquí queremos detenernos sobre la educación de los *deseos*.

[←46]

Cfr., entre otros, Volpacchio, E., *Amar y sentir a Dios*, Ed. Logos, Rosario (2009), 111-121.

[←47]

Wadell, P. *La primacía del amor*, Palabra, Madrid (2002), 171-172.

[←48]

Dice San Josemaría: *Me das la impresión de que llevas el corazón en la mano, como ofreciendo una mercancía: ¿quién lo quiere? –Si no apetece a ninguna criatura, vendrás a entregarlo a Dios. ¿Crees que han hecho así los santos?* (Camino, n. 146)

[←49]

Dice Juan Pablo II: «La exhortación *Conócete a ti mismo* estaba esculpida sobre el dintel del templo de Delfos, para testimoniar una verdad fundamental que debe ser asumida como la regla mínima por todo hombre deseoso de distinguirse, en medio de toda la creación, calificándose como "hombre" precisamente en cuanto "conocedor de sí mismo"». Encic. *Fides et ratio*, n. 1.

[←50]

«En realidad el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir (*Rom 5, 14*), es decir, Cristo nuestro Señor. Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, *manifiesta plenamente al propio hombre* y le descubre la sublimidad de su vocación». «Él, que es imagen de Dios invisible (*Col 1, 15*), es también el hombre perfecto, que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina, deformada por el primer pecado. En él la naturaleza humana asumida, no absorbida, ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual. El Hijo de Dios, con su encarnación, *se ha unido en cierto modo con todo hombre*. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado». Conc. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, 22

[←51]

Cfr. Vial, W., Madurez psicológica y espiritual, Ed. Palabra, Madrid (2016), 82.

[←52]

«Para conocerse bien no es necesario reflexionar demasiado en el inconsciente, que por definición no está disponible a la conciencia. Lo realmente importante, al menos para las personas sanas, es la vida consciente, lo que hacemos o no hacemos, la fidelidad en las cosas pequeñas adecuadas para el *siervo bueno y fiel* (Mt 25, 21)». Vial, W., *Madurez psicológica y espiritual*, Ed. Palabra, Madrid (2016), 83.

[←53]

Benedicto XVI, *Discurso a la Curia Romana*, 22-XII-2011, n. 5.

[←54]

2 Sam 11, 1-12, 13.

[←55]

Catecismo de la Iglesia Católica, n. 2332.

[←56]

«La virtud de la castidad se desarrolla en la amistad. Indica al discípulo cómo seguir e imitar al que nos eligió como sus amigos (cf Jn 15, 15), se dio totalmente a nosotros y nos hace participar de su condición divina» Catecismo de la Iglesia Católica, n. 2347.

[←57]

Cfr. Palumbieri, S., *L'Uomo, questo paradosso. Trattato di antropologia filosofica*, Vol. II, Urbaniana Univ. Press, Roma (2000), 199.

[←58]

Si así fuese, la realización personal estaría subordinada a una función orgánica. La dignidad del hombre, su ser libre, se opone a esa esclavitud *funcional* (que, en cambio, sí se da en los animales irracionales). La sexualidad humana es parte de la dimensión relacional y que tiene unas potencialidades ordenadas a la relación varón-mujer, sin que esté condicionada a su ejercicio para realizarse.

[←59]

Recuerdo una entrevista que hace tiempo hicieron a un psiquiatra. Le preguntaban precisamente si el celibato era una posible causa de desequilibrio psíquico, ya que reprimía una fuerza espontánea. El especialista explicaba que lo que desequilibra a la persona es la falta de coherencia con su proyecto vital, no la sumisión de sus impulsos corporales. Si la motivación es noble y alta, esa privación no sólo no desequilibra, sino que brinda una armonía especial que también redunda en lo afectivo.

[←60]

«El impulso sexual –explica Fulton Sheen- es uno de los instintos más poderosos en el hombre. (...) La libido tiene un propósito más general que el que se dice; no se trata sólo de placer; ni siquiera sólo de reproducción; no es sólo un medio para intensificar la unidad de marido y mujer. Es también un *potencial de superioridad*. El impulso sexual es transformador. El carbón puede terminar en el fuego o ser un diamante. La libido se puede gastar o se puede guardar. Puede buscar la unidad con otra persona *por fuera*, pero también puede buscar la unidad con otra persona *por dentro*: Dios». Sheen, F., *Tesoro en vasija de barro*, Logos, Rosario (2015), 226.

[←61]

Catecismo de la Iglesia Católica, n. 2337.

[←62]

«No podemos olvidar que el celibato se vivifica con la práctica de la virtud de la castidad, que sólo se puede vivir cultivando la pureza con madurez sobrenatural y humana, en cuanto esencial a fin de desarrollar el talento de la vocación. No es posible amar a Cristo y a los demás con un corazón impuro. La virtud de la pureza nos hace capaces de vivir la indicación del Apóstol: «¡Glorificad a Dios con vuestro cuerpo!» (1 Cor 6, 20). Por otro lado, cuando falta esta virtud, todas las demás dimensiones se ven perjudicadas. Es verdad que en el contexto actual las dificultades para vivir la santa pureza son múltiples, pero también es verdad que el Señor concede su gracia en abundancia y ofrece los medios necesarios para practicar, con gozo y alegría, esta virtud». Congregación para el Clero, *Directorio para el ministerio y vida de los presbíteros*, 2013, 82.

[←63]

Afirma San Josemaría que «los cristianos estamos enamorados del Amor: el Señor no nos quiere secos, tiesos, como una materia inerte. ¡Nos quiere impregnados de su cariño! El que por Dios renuncia a un amor humano no es un solterón, como esas personas tristes, infelices y alicaídas, porque han despreciado la generosidad de amar limpiamente», *Amigos de Dios*, n. 183.

[←64]

Camino, 146.

[←65]

Escrivá, J., *Conversaciones*, n. 92.

[←66]

Cfr. Catecismo de la Iglesia Católica, n. 467.

[←67]

Concilio Vaticano II, Const. dog. *Gaudium et Spes*, n. 22.

[←68]

Esparza, M., *Sintonía con Cristo*, Rialp, Madrid (2011), 49.

[←69]

Juan Pablo II, *Audiencia general*, 31-3 -1982, n. 3.

[←70]

San Gregorio Nacianceno, *Carm. in laud. virg.* 1,20: MG 37, 523

[←71]

Juan Pablo II, *Audiencia general*, 24-III-1982, n. 2.

[←72]

Juan Pablo II, *Audiencia general*, 24-III-1982, n. 3.

[←73]

Guardini, R., *El Señor*, Lumen, Buenos Aires (2000), 353.

[←74]

Guardini, R., *El Señor*, Lumen, Buenos Aires (2000), 353.

[←75]
Ídem.

[←76]

Es Cristo que pasa, n. 108.

[←77]

Cfr. Lc 22, 44.

[←78]

Remitimos a la catequesis de Juan Pablo II sobre el celibato en las *Audiencias generales* desde 10-III al 21-VII-1982.

[←79]

«Se acercaron a él algunos fariseos y, para ponerlo a prueba, le dijeron: «¿Es lícito al hombre divorciarse de su mujer por cualquier motivo?». El respondió: «¿No han leído ustedes que el Creador, desde el principio, los hizo varón y mujer; y que dijo: "Por eso, el hombre dejará a su padre y a su madre para unirse a su mujer, y los dos no serán sino una sola carne"? De manera que ya no son dos, sino una sola carne. Que el hombre no separe lo que Dios ha unido». Le replicaron: «Entonces, ¿por qué Moisés prescribió entregar una declaración de divorcio cuando uno se separa?». Él les dijo: «Moisés les permitió divorciarse de su mujer, debido a la dureza del corazón de ustedes, pero al principio no era así». (Mt, 19, 3-8)

[←80]

«Por lo tanto, yo les digo: El que se divorcia de su mujer, a no ser en caso de unión ilegal, y se casa con otra, comete adulterio». Los discípulos le dijeron: «Si esta es la situación del hombre con respecto a su mujer, no conviene casarse». (Mt, 9-10)

[←81]

Aquí usamos la expresión más coloquial de «no casados» aunque la Neo Vulgata usa otra palabra: «eunuco». Es el nombre dado al varón que ha sufrido la castración y que, por tanto, supone la imposibilidad física de procrear. Es un término fuerte, que impacta por su referencia a una carencia corporal fruto de una mutilación. Sin embargo, en este pasaje Jesús la usa en un sentido análogo aplicándola a diversas situaciones. Habla de los que han sido hechos eunucos sin elegirlo y de los que eligen privarse de esa capacidad por un motivo más alto: por el Reino de los Cielos.

[←82]

Mt 19, 12.

[←83]

Mt 19, 11.

[←84]

Mons. Fernando Ocáriz, *Carta Pastoral* (28-X-2020), n. 22.

[←85]

Mt 22, 29-30.

[←86]

Mc 10, 30.

[←87]

Conversaciones, n. 92.

[←88]

«Ahora responderé a lo que ustedes me han preguntado por escrito: Es bueno para el hombre abstenerse de la mujer. Sin embargo, por el peligro de incontinencia, que cada hombre tenga su propia esposa, y cada mujer, su propio marido. Que el marido cumpla los deberes conyugales con su esposa; de la misma manera, la esposa con su marido. La mujer no es dueña de su cuerpo, sino el marido; tampoco el marido es dueño de su cuerpo, sino la mujer. No se nieguen el uno al otro, a no ser de común acuerdo y por algún tiempo, a fin de poder dedicarse con más intensidad a la oración; después vuelvan a vivir como antes, para que Satanás no se aproveche de la incontinencia de ustedes y los tienta. Esto que les digo es una concesión y no una orden. Mi deseo es que todo el mundo sea como yo, pero cada uno recibe del Señor su don particular: unos este, otros aquel». 1 Cor 7, 1-7

[←89]

Remitimos también al análisis de S. Juan Pablo II en *Audiencia general*, 30-VI-1982.

[←90]

Papa Francisco, Exhort. Apost. *Amoris laetitia*, n. 152.

[←91]

Benedicto XVI, *Discurso*, 22-XII-2006

[←92]

Sobre la crisis de la mitad de la vida, recomendamos el libro de Damián Fernández, *Giro en U*, Ed. Logos, Buenos Aires (o titulado *La segunda conversión*, en la edición de Rialp).

[←93]

Cfr. *Camino*, n. 301.

[←94]

Benedicto XVI, Encíclica *Spe Salvi*, 31.

[←95]

Camino, n. 999.

[←96]

Carta, 19-III-1992, n 50.

[←97]

Cfr. 1 Jn, 4, 19.

[←98]

Cfr. Jn 1, 46.

[←99]

Sal 71, 5.

[←100]

Dreidemie, Juan Pablo. *Afectividad e intimidad en el célibe* [Sesión en conferencia en Curso de Actualización Teológica], 9/8/2023, Buenos Aires.

[←101]

Cfr. Cozzens, D., *La faz cambiante del sacerdocio*, Sal Terrae, 2004

[←102]

Cfr. *idem.*

[←103]

Benedicto XVI, Encíclica *Deus caritas est*, 17.

[←104]

Idem

[←105]

Sheen, F., *Tesoro en vasija de barro*, Logos, Rosario (2015), 231.

[←106]

Idem, 229-230.

[←107]

Papa Francisco, Exhort. Apost. *Evangelii gaudium*, n. 274.

[←108]

Jesús «siempre viene a nuestro encuentro a través de los hombres en los que Él se refleja; mediante su Palabra, en los Sacramentos, especialmente la Eucaristía. En la liturgia de la Iglesia, en su oración, en la comunidad viva de los creyentes, experimentamos el amor de Dios, percibimos su presencia y, de este modo, aprendemos también a reconocerla en nuestra vida cotidiana». Benedicto XVI, Encíclica *Deus caritas est*, 17.

[←109]

Amigos de Dios, n. 231

[←110]

San Josemaría Escrivá, *Vía Crucis*, 8º estación, punto de meditación n. 5.

[←111]

Cfr. García-Morato, J. R., *Creados por amor, elegidos para amar*, Eunsa, Pamplona (2005), 69.

[←112]

Cfr. *idem*, 89.

[←113]

Cfr. *idem*, 87.

[←114]

García-Morato, J. R., *Crecer, sentir, amar*. EUNSA, Pamplona (2002), 79-80.

[←115]

Papa Francisco, *Audiencia*, 11-I-2023.

[←116]

Papa Francisco, Exhort. Apost. *Amoris laetiae*, 159 y 172.

[←117]

Papa Francisco, Exhort. Apost. *Evangelii gaudium*, n. 266.

[←118]

Cfr. Dreidemie, Juan Pablo. *Afectividad e intimidad en el célibe* [Sesión en conferencia en Curso de Actualización Teológica], 9/8/2023, Buenos Aires.

[←119]

San Juan Pablo II, Carta Ap. *Novo millennio ineunte*, 297.

[←120]

Papa Francisco, *Exhort. Apost. Evangelii Gaudium*, n. 273.

[←121]

Marías, Julián. *Breve tratado de la ilusión*, Alianza Editorial, Madrid 1985. pp. 66-76.

[←122]

Tomás de Aquino, *De div. Nom.*, IV, 1.1.266; *S. Th.*, I, q. 5, a. 6, entre otros.

[←123]

Rojas, E., *La conquista de la voluntad*, Planeta, Buenos Aires (1994), 104.

[←124]

Surco, n. 298.

[←125]

El Papa Benedicto XVI lo dice con toda claridad meridiana: *«Para que hoy una llamada (...) pueda sostenerse fielmente durante toda la vida, hace falta una formación que integre fe y razón, corazón y mente, vida y pensamiento. Una vida en el seguimiento de Cristo necesita la integración de toda la personalidad. Donde se descuida la dimensión intelectual, nace muy fácilmente una forma de infatuación piadosa que vive casi exclusivamente de emociones y de estados de ánimo que no pueden sostenerse durante toda la vida. Y donde se descuida la dimensión espiritual, se crea un racionalismo enrarecido que, a causa de su frialdad y de su desapego, ya no puede desembocar en una entrega entusiasta de sí a Dios. Una vida en el seguimiento de Cristo no se puede fundar en esos criterios unilaterales; con entregas a medias, una persona quedaría insatisfecha y, en consecuencia, quizá también espiritualmente estéril.»* Discurso a los Monjes Cirtercienses de la Abadía de Heiligenkreuz, Austria, 9 de septiembre de 2007.

[←126]

Cfr. Papa Francisco, Exhort. Apost. *Evangelii Gaudium*, n. 80.

[←127]

Idem, n. 78.

[←128]

Idem, n. 79.

[←129]

Papa Francisco, *Homilía en la Vigilia Pascual*, 8 de abril de 2023.

[←130]

ibid.